Francisco Coloane

Cabo de Hornos



Catorce cuentos, entre los que están los más emblemáticos de este autor, considerado como «Jack London de Sudamérica». Todos ellos están situados en la Patagonia chilena, en donde abunda la violencia, y la soledad de la naturaleza. Sus protagonistas son cazadores de lobos marinos, ovejeros, fareros, buscadores de oro, prófugos del presidio de Ushuaia y aventureros de distintas nacionalidades, que pese a su dureza y crueldad, son descritos de manera amigable por el autor. Una novela en donde se destacan valores como la solidaridad, fraternidad y la amistad, y en donde —tal como señala Luis Sepúlveda respecto a las obras de Coloane—, se suele tomar partido «por el bando de los sufridos, de los humildes, de los condenados a la miseria pero que jamás serán miserables».

Lectulandia

Francisco Coloane

Cabo de Hornos

ePub r1.0
Titivillus 15.03.16

Título original: *Cabo de Hornos*
Francisco Coloane, 1941

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Cabo de Hornos

Las costas occidentales de la Tierra del Fuego se desgranan en numerosas islas, entre las cuales culebrean canales misteriosos que van a perderse allá en el fin del mundo, en La Sepultura del Diablo.

Los marinos de todas las latitudes aseguran que allí, a una milla de ese trágico promontorio, que apadrina el duelo constante de los dos océanos más grandes del mundo, en el Cabo de Hornos, el Diablo está fondeado con un par de toneladas de cadenas, que él arrastra, haciendo crujir sus grilletes en el fondo del mar, durante las noches tempestuosas y horrendas, cuando las aguas y las oscuras sombras parecen subir y bajar del cielo a esos abismos.

Hasta hace pocos años, solo se aventuraban por esas regiones audaces nutrieros y cazadores de lobos, gentes de distintas razas, hombres corajudos, que tenían el corazón nada más que como otro puño cerrado.

Algunos de estos hombres han quedado engarzados para toda la vida en esas islas. Otros, desconocidos, acorralados por el látigo del hambre que parece arrearlos de Oriente a Occidente, llegan de tarde en tarde a esas tierras inhospitalarias, donde pronto el viento y la nieve les machetean el alma, dejándoles solo los filos con dureza de carámbano.

Al final de los canales existe un lugar de tenebroso renombre: el presidio de Ushuaia. De las sangrientas evasiones de presidiarios también han quedado regados por las islas, entre los indios, a veces, hombres que han conquistado su libertad a tiro limpio y que no podrán asomar la cabeza por donde haya una luz de justicia.

Nada debe extrañar al hombre de esas tierras: que un barquichuelo se haga a la mar con cuatro marineros y regrese con tres; que un cúter haya desaparecido con toda su tripulación, etcétera. Nada debe extrañarle cuando las pieles y el oro son repartidos proporcionalmente entre los tripulantes…

Al final de esos canales, cercana al Cabo de Hornos, está situada la isla Sunstar.

Los dos únicos habitantes de la isla, Jackie y Peter, están sentados en el umbral del rancho en un inacabable anochecer de diciembre. El rancho es una construcción de dos piezas formadas con troncos rústicos, sobre cuyo techo los líquenes y musgos verdeamarillentos crecen, como una tiesa sonrisa de esa naturaleza agreste, hacia el cielo que, cargado de desgracias, deja caer sus nieves durante la mayor parte del año.

Los cazadores dicen que son hermanos, pero nadie sabe nada; ellos nunca lo han manifestado, como que no abren la boca, sino para la violencia y para engullir.

Jackie tiene la faz impersonal y vaga de un recién nacido. De regular estatura, con un chispeante reflejo en los ojos sumidos en párpados sin pestañas, enrojecidos y tumefactos, parece a veces un gran feto o foca rubia.

Peter es más interesante con sus rasgos de zorro, de felino hipócrita y cansado. A primera vista tiene una actitud apacible, pero en la cabeza de estopa asoleada hay unos mechones turbios, más oscuros, que advierten, sin saberse por qué, de algo

sórdido y agresivo que se esconde en su aparente mansedumbre.

Comentan que tienen algunas libras esterlinas guardadas y que están juntando más para irse a sus tierras… ¿A qué tierras? ¿De dónde han venido…?

Nadie sabe el origen de muchos hombres de esos lugares; nadie sabe adónde van a ir a parar. Parecen emergidos de la tierra misma, de esas aguas raras y perdidas en el extremo del orbe.

Hablan una mezcla de español e inglés gutural. Su trato con los indios y la soledad les ha hecho perder el don de hilvanar pensamientos y frases largas. Son entrecortados en su decir y difíciles de entender para los hombre un poco más civilizados que bajan desde Magallanes a buscar las codiciadas pieles.

Después de haber comido un poco de pescado, se han sentado a la puerta a descansar, en medio de la tarde que ya va cayendo con los más extraños reflejos del crepúsculo austral.

Al frente, las aguas del canal están tranquilas y profundas; en el fondo de las ensenadas, circundadas de robles, tienen un color más oscuro, y parecen vagar sobre la tersa superficie vahos de negruras inquietantes.

El silencio es completo, estático y frío.

Jackie lanza un bostezo desde sus quijadas de foca, apoya la cabeza en la mano y mira una nevada montaña, a lo lejos, por detener los ojos en algo. Esa curiosidad no la produce, tan solo, un leve instinto de gozar la belleza.

De pronto, hace un movimiento inquieto y para la oreja en dirección de un ruido que advierte venir de la playa cercana. Primero es un chapoteo como el de una nutria que sale del mar, trepando por los acantilados; después es un suave y tierno despegar de remos en el agua.

Por costumbre de cazador, va a buscar un Winchester al interior de la choza y aguarda en medio de la puerta. Peter también se ha levantado en actitud de espera.

Al cabo de un rato, el mojado ruido cesa, y a poco se oye un abrir de malezas en el robledal que circunda, en parte, al rancho, y ya no les cabe duda: alguien avanza entre los robles bajos y tupidos.

Entre hombre y hombre, nadie allí usa armas. Jackie, con desgano, deja el rifle detrás de la puerta.

Nadie usa armas, porque un cartucho vale una piel de lobo o de nutria; y cuando alguien quiere evitar el molesto reparto de los cueros, se elimina al socio abandonándolo en un peñasco solitario en medio del mar, o basta con un pequeño empujón junto a la borda del celoso cúter, en una noche tranquila, mientras se navega.

Una mancha parda apareció entre el verde del ramaje, y un hombre echado hacia adelante, con la ropa desgarrada y empapada, avanzó al pequeño claro de pampa, como un animal apaleado surgido de una charca.

Los hermanos se miraron; el hombre de detuvo a unos pasos de ellos; alto, magro y noble, a pesar de que en él todo estaba desvalido; renegridos los poblados bigotes y

la barba. Levantó la cabeza, y con una extraña mirada de súplica, como si todo él se hubiera azotado contra el suelo, dijo:

—¡Un poco de comida! ¡Vengo arrancando de Ushuaia!

La voz salió rara, como si en todos los días de peripecias no la hubiera usado y ahora no tuviera timbre.

Peter, el de los mechones oscuros en la cabellera de lampazo, movió la cabeza negativamente y, con la mano levantada, indicando el camino por donde el hombre había llegado, dijo tropezando en las palabras:

—¡Vamos! ¡Andando! ¡Lárgate!

El hombre no rogó, sabía que estaba de más; y ya se disponía a volverse, cuando su vista se detuvo fijamente en un montón de cueros de lobeznos, estaqueados junto a las paredes de la choza.

Las pieles más codiciadas por los cazadores son las de lobos de dos pelos; pero los industriales europeos han imitado muy bien esta fina piel con los cueros de los lobitos de un pelo, muertos dentro de los ocho días de su nacimiento y descuerados antes de las veinticuatro horas de haberlos sacrificado.

Esas pieles se conocen con el nombre de popis, y los compradores en Magallanes pagan a razón de cuarenta a cincuenta peniques por cada una.

La abundancia de lobos de un pelo en las regiones antárticas es enorme. La dificultad está en los inaccesibles lugares en que paren las lobas y la duración de la caza, que debe ser, como dijimos, dentro de los ocho días del nacimiento.

—¡Ustedes cazan popis!… —dijo el prófugo con algo en la cara que no alcanzó a ser sonrisa, y continuó—: Yo conozco una caverna, una enorme lobería, donde abundan más popis de lo que se puede cazar.

La cara de Peter se ensanchó, y en los labios apareció una sonrisa, como el oscuro pantano que, en alguna noche plateada, se ilumina igual que la fuente.

—¡Pero, antes, un poco de comer!… ¡Estoy que caigo de hambre! —siguió el prófugo.

—Primero, dinos ¿dónde está la lobería? —exclamó uno.

—¿Han oído ustedes hablar de La Pajarera?…

—¡Sí! Vaya una novedad, ya sabemos que en su interior hay una lobería y que nadie ha podido entrar en esa isla endiablada, porque la boca de la caverna está en pleno océano, llena de peñascos y rompientes.

—¡Eso es!… —dijo el prófugo—. ¡Nadie ha entrado por ahí, pero donde hay pájaros hay lobos, y donde hay lobos, peces!… ¡Antes de salir mar afuera, en el recodo que tiene la isla en la mitad, allí donde nadan y juguetean las manadas de focas, hay una entrada oculta!…

—¡Vamos, quédese aquí! —sonrió Peter con su cara maligna.

El hombre comió un poco de pescado seco, restos de carne asada, y se acomodó para dormir sobre unos cueros, detrás de la mohosa y destartalada cocina.

Los gringos se echaron sobre sus camastros de toscas tablas de roble, apegados a

la pared, que en esta parte estaba calafateada de estopa y pedazos de cueros podridos, para guarecerse del viento y de la nieve.

Volvió a reinar de nuevo el silencio. La noche austral afuera, quieta y helada.

¡Todo es cuestión de precio, en esa tierra y en todas partes! Al amanecer, más o menos a las dos y media de la mañana, ya estaban a bordo del pequeño cúter con su chalana a popa, los tres hombres afanados en zarpar, como si se hubiesen conocido toda la vida.

El sol semipolar empezaba a iluminar el paisaje de soslayo, como un reflector paliducho y lejano, cuando las explosiones del motor a kerosene del cúter taladraron la paz de los lugares y la embarcación fue avanzando despaciosamente, rumbo al sur, canal abajo.

A las tres horas de navegación llegaron a la desembocadura del canal. Más allá se divisaban las grandes olas del océano, que iban menguando sus furias al acercarse a la pequeña angostura de la salida. Esta las transformaba en mar picado y correntoso, peligrosísimo cuando las mareas subían o bajaban.

El cúter inició un tenue balanceo por la amura de babor y, virando, fue a buscar el recodo de la isla, donde, después de buscar fondo, Jackie lanzó al mar la pequeña ancla.

La Pajarera es una isla alargada en forma de monstruo o lobo echado, cuya cabeza, cimbrada por los recios vendavales del cabo, parece agacharse desafiante y vomitar rocas despedazadas donde el mar va a romperse eternamente.

—¡Allí es!… —dijo el prófugo, señalando desde la proa del cúter una disimulada hendidura que penetraba en la isla, y que se perdía en tupido ramaje. Contemplando la pared grisácea de la isla, sintió escapársele un respiro desde el fondo del ser.

Esa era su «pajarera»: ocho años sin verla. La caverna que él solo conocía. Entre esos mismos recovecos estuvo escondido una vez, cuando en Ushuaia los malditos reflectores de los guardacostas le pescaron el contrabando de aguardiente… Hubo tiros y necesidad de acertar. ¡Quién sabe cuántos!… Todo quedó atrás.

La alta roca se cortaba en una línea pareja, inclinada hacia el mar. La sombra de su cumbre saliente robaba una zona de claridad en las aguas.

Hubiera semejado un trozo de un mundo extraño, muerto, si en las pequeñísimas grietas, como escalones formados por capricho natural, millares de pájaros no estuvieran constantemente apiñados. Balconeaban, cual habitantes de un curioso rascacielos, cuervos de mar, patoliles, caiquenes blancos, triles, albatros, gaviotas y palomas del cabo.

Un orden admirable guardaba esa «pajarera», que le había dado el nombre a la isla. En la parte de abajo, los pingüinos se aglomeraban con sus pechos de nieve y con su estúpida gravedad; seguían arriba los cuervos y patoliles con sus paszguaterías de mirones, escandalizándose por todo. En la parte alta, saliendo y llegando como a determinadas expediciones, las gaviotas y albatros ponían sus notas de lontananza.

De vez en cuando, un picotazo en la riña lanzaba al espacio a un cuervo que

sostenía la caída con las alas; otro llegaba en vuelo dispuesto a abrirse un lugar, y se armaba un tumulto de alas, picos y graznidos.

«Donde hay gaviotas, hay lobos, y donde hay lobos, peces», había dicho el forastero. La corriente que se estrecha en esa parte y la ensenada guarecida y profunda de La Pajarera eran la vía central del tráfico incesante de los habitantes del mar.

Así, la eterna lucha aparecía del fondo del mar cuando un lobo sacaba de un estirón el redondo cogote fuera de la superficie, mordiendo un róbalo que se retorcía como un brazo blanco y espejeante.

Era un espectáculo escultórico del mar: la piel del lobo, reluciente y oscura, el cuello dilatado en formas vigorosas, las fauces de perro y de hombre, con sus bigotes destilantes cual trozos de cristal, apretando la cola del pez que se enroscaba y abofeteaba las quijadas ansiosas de la bestia.

Más allá, en pequeños grupos, con sus cuerpos esbeltos de delfines, nadaban a saltos y en parejas los lobos finos de dos pelos.

Los tres cazadores, embarcados en la pequeña chalana, se acercaron a la hendidura oculta por la cortina de líquenes y enredaderas.

Apartando el verde cortinaje, penetraron en una boca oscura. Era la entrada oculta de la caverna. La roca sudaba humedad y el agua de una pequeña vertiente caía en inflados goterones al mar.

Alumbrados con un farol, avanzaron empujándose con los pequeños remos contra las paredes lisas y viscosas.

Habríanse internado unos treinta metros, cuando una claridad confusa fue recibiéndolos poco a poco y un sordo rumor lejano, como retumbos de bombos colosales, turbó aquella paz de tumba. Era el mar bravío que se rompía en la entrada inaccesible de la caverna, la que quedaba hacia el cabo.

Poco a poco la semiclaridad disminuyó, se hizo más pareja. Las paredes se adivinaban cortadas a pique y hacia el techo de la caverna no se veían más que negruras espesas y aplastantes.

El prófugo tomó la singa de la chalana, haciéndola avanzar con mil precauciones. El remo, aleteando suavemente en forma de hélice, apenas producía un ruido, cuyo eco sí tragaban las oquedades.

Los tres hombres se agachaban instintivamente oteando hacia adelante, donde parecía estar poblado de pavuras.

De pronto, un extraño olor a sangre de pescado putrefacta llegó a atosigar a los tres hombres, en ondas tibias y nauseabundas.

El olor se fue intensificando; las ondas tibias se hicieron oleadas sofocantes y pesadas, y un rumor blanco y apagado fue percibiéndose.

De súbito, la galería de la caverna se ensanchó y en el fondo de una poza enorme se divisaron montoneras de cuerpos grandes, pardos y redondos, que se movían con pesadez y lentitud.

—¡Esa es la lobería! —dijo el prófugo, y su voz enronquecida continuó—: Hay que tener cuidado con los machos viejos, esos grandes y barbudos, que son los únicos que se quedan acompañando a las hembras en la parición. Preparen el rifle y cuando estemos cerca disparen unos balazos para que las lobas se abran y podamos bajar en las toscas de la pequeña playa.

A los disparos se agitaron los cuerpos y en un breve claro de playa los hombres atracaron la chalana; cada uno desembarcó, llevando en la mano un grueso palo en forma de maza.

Un macho enorme, con bigotes tiesos y horribles, movió las arrugas de sus belfos; sus ojos se movieron con extraños reflejos y se levantó sobre sus aletas en actitud feroz… Un disparo de Jackie, que llevaba el rifle, retumbó, y el lobo de desplomó, lanzando un bramido sordo y profundo.

En las profundidades de una caverna, en el seno de una isla, rodeados de sombras, de un olor y de un calor pesados que embotaban los sentidos, los hombres sufrieron un breve remezón y aflojaron un poco su reciedumbre cuando sintieron aquel bramido del lobo moribundo…

Acostumbrados, sí… pero mar adentro, en donde las olas y el viento pegan de frente y atacan fuerte; mientras que esas hondas negruras, esta pesadez de cuevas hechas para monstruos…

—¡Estos son los jodidos! —dijo el gringo, cuando vio desplomarse la bestia del guaracazo.

La parición estaba en su apogeo. Algunas lobas en el duro trance se ponían de costado y de sus entrañas, abiertas y sanguinolentas, salían unos turbios animalitos, moviéndose como gruesos y enormes gusanos con rudimentos de aletas. Otras emitían intermitentes raros quejidos, casi humanos, en los últimos dolores del alumbramiento. En su estibamiento, a veces se aplastaban unas con otras, y madres al fin, en su desesperación, se daban empujones y mordiscos para salvar a sus tiernos hijuelos de ser aplastados. Estos, los más grandecitos, se encaramaban sobre los lomos maternos como curiosos ositos de juguete, o bajaban dando los primeros tumbos de la vida.

Una rara palpitación de vida, lenta y aguda, emanaba de esa masa dolorosa e informe, de cuerpos redondos pardo oscuro.

Quejidos de tonos bajos, sordos. Choques de masas blandas. Desplegar de aletas, resoplidos. Chasquidos pegajosos de entrañas en recogimiento. Algo siniestro y vital, como deben ser las conjunciones en las entrañas macerantes de la naturaleza.

¡Si aquello no era una lobería, era una isla en trance doloroso!… ¡Una isla pariendo! ¡El gemido de la naturaleza creadora, en esa bolsa de aire fétido y aguas oscuras!… ¡La matriz fecunda de la isla incubando a los hijos predilectos del mar!… ¡El mar, ese macho arrollador y bravío que baña sus peñascos relucientes desde afuera!… ¡El progenitor que devuelve los dolores parturientos de la isla, con blancas caricias de espumas engarzadas a los riscos! ¡Región de un mundo lejano!…

¡Loberos, islas extrañas! ¡Tierra sobrecogedora, inolvidable y querida; el hombre que se ha estremecido en sus misterios, se amarrará para siempre a sus recuerdos! Ella y sus hombres son como el témpano. ¡Cuando la vida le ha gastado las bases azules y heladas, da una vuelta súbita y aparece de nuevo la blanca y dura mole navegando entre las cosas olvidadas!…

Pero es inútil que se esconda la vida en lo más profundo de sus entrañas: allá se mete el hombre con sus instintos para arrancarla.

Los tres cazadores iniciaron su tarea de siempre y de todas las partes: matar…, matar…, destruir la vida hasta cuando empieza a nacer.

Con los mazos mortíferos en alto, fueron brincando por sobre los cuerpos que daban a luz y descargando certeros garrotazos sobre las cabecitas de los recién nacidos. Los tiernos lobeznos no lanzaban ni un grito: caían inertes, entregando la vida que solo poseyeron un instante.

¡Matar y matar!… ¡Cuanto más rápido, mejor! Como poseídos de una locura extraña, los hombres asestaban mazazos e iban amontonando los pequeños cuerpos.

Sudorosos, cansados, se detenían un momento a tomar aliento. Un macho viejo y grande les atemorizaba a veces, y hacían intervenir el fusil. Las lobas no se defendían y sus ojos contemplaban fijamente, con un fulgor indefinible, la tarea de los matadores de sus hijos.

Cuando hubieron calculado la carga de la chalana, empezaron a arrojar en su interior los muertos, hasta que la línea de flotación les aconsejó prudencia.

Luego, la chalana, llena de lobitos pardos y relucientes, fue saliendo de entre las entrañas rocosas, y los hombres, con su cargamento, surgían a la luz como extraños pescadores que hubieran ido a tender sus redes al abismo, que peces de allí parecían esos lobeznos.

Dos faenas iguales alcanzaron a realizar aquel día, de la caverna al cúter. Y con las avanzadas sombras de la noche, recalaron al lugar del rancho e iniciaron, incansables, el descueramiento, pues de un día para otro las pieles mortecinas se echan a perder.

A la mañana siguiente, todos los rajones disponibles del rancho estaban repletos de cueritos de popis estaqueados.

—¡Como si hubiéramos completado la temporada! —dijo uno de los gringos, jubiloso.

Cinco días continuaron trayendo el cúter cargado de pieles. La faena de la caza llegaba a su término. Ya habían pasado los ocho días de la parición.

Durante las noches, en el breve descanso que dejaba el descueramiento y el estaqueado, los gringos se habían vuelto más obsequiosos con el valioso huésped. Este había trasmutado los rasgos fijos de su faz, siempre detenidos en una actitud de espera, por una sonrisa que empezaba a desarrollarse bajo el renegrido bigote.

En la mañana austral, fría y luminosa, resbaló una vez más el ruido fatigoso del motor del cúter y fue a refugiarse, con eco apagado, en los ámbitos de los canales.

—¡Hoy es el último día y trataremos de hacer tres chalanas de popis! —dijo Jackie, aflojando un rizo de la vela para ayudar al motor, con la fina brisa que pegaba por la aleta.

El prófugo extendió una sonrisa esperanzada y fue diciendo pausadamente, mientras miraba el cielo:

—¡Después de esta, yo he de rumbiar al norte!… ¡Ustedes saben!… ¡Unos cuantos cueros no más, para dárselos al patrón del primer cúter que me pueda llevar! Me quedaría aquí, pero ya no sirvo, la temporada de caza pasó y nunca se está demasiado lejos de Ushuaia…

Algo helado pasó entre las miradas de los hermanos… Siempre los dos gringos se habían estado preguntando desde lejos lo mismo, en iguales circunstancias de la vida cuando así miraban. Ambos eran canallas, pero les costaba serlo sinceramente… Habían pasado siempre echándose del uno al otro la bola negra de sus pensamientos.

Apartando sombras, como en los días anteriores, penetraron en la caverna y atracaron la chalana en el claro que dejaron las lobas en los postreros días de su parición.

El herido, instante en que la vida nace a su curso, olía como siempre a vida y muerte.

Con los dientes destapados como en apretada sonrisa, el prófugo se internó caverna adentro, golpeando a derecha e izquierda sobre las frágiles cabecitas.

Estaba metido muy adentro, confundido entre las sombras, poseído de su afán de matar, avanzando a horcajadas sobre los lomos como un extraño demonio que explorara a mazazos las espesas negruras, cuando los hermanos se miraron de súbito. ¡Fue solo un instante supremo! Sus miradas chocaron hasta con temor. No habían hablado una palabra, pero ya desde antes estaban de acuerdo sus pensamientos canallas. Se comprendieron… y bajo un solo impulso saltaron a bordo de la chalana y emprendieron presurosos la fuga.

El prófugo, cansado, detuvo de pronto la matanza… y, lentamente, volvió la cabeza hacia atrás. La chalana ya desaparecía en la galería de salida.

No tuvo tiempo para nada. Quedó estupefacto, como si la tierra entera hubiese desaparecido, quedando solo él, flotante y sumido en el vacío, sin piso, sin cielo…

Cuando hemos cargado nuestra barca con el equipaje, con las más bonitas ilusiones y sueños, y quedamos estupefactos en la playa del engaño, viéndola partir en lontananza, llevándonos todo y dejándonos la fofa hilacha que no atina a nada…, entonces aflojamos; pero echamos un vistazo hacia atrás, vemos que hay senderos de regreso, nos recobramos, y aunque vayamos curvados por nuestra pesada cruz, con el alma doblada, ya levantaremos el hombro y arrojaremos la cruz en alguna vera polvorienta, y volveremos a ser lo que fuimos.

Pero cuando no hay caminos de regreso, el alma queda sobre un filo, oscilando en el límite, en constante caída. El filo puede ser un hilo de luz lacerante o una sima.

El prófugo avanzó hasta el borde del agua. Se sentó en la arena y lanzó una

especie de mirada sobre el lomaje pardo de las bestias, por sobre las paredes sombrías, por sobre las aguas tranquilas y siniestras de la negra caverna…

Afuera, la chalana ya salía al canal, sonriente de luz y de pájaros…

* * *

Un calor sofocante…, un olor que viene en rollo…, en madejas de estopa blanda como el algodón. Y se mete por las narices…, por la boca, atascando.

Un lobo grande y negro…, un lobo, sí, con los bigotes tiesos en la pulpa asquerosa de los belfos hediondos, con hedor espeso, que viene a aplastarle el pecho con sus aletas enormes, blandas, pegajosas y pesadas como los tablones de la muerte.

¡Pero si no es un lobo! Es Luciano, el bachicha, que, borracho, viene a echarle su corpulencia encima. ¡Luciano no mueve sus gruesos labios olorosos a toscano, pero sus ojos le preguntan por los cueros!…

¡Los cueros por los cuales pelearon y él lo dejó tendido en la arena de una puñalada en el vientre!

¡Sangre!… ¡Alivio! Él nada ahora con lentitud en el mar; junto a él se sumergen lobos conocidos en las aguas glaucas y cristalinas; las aguas se vuelven oscuras… Pero si no son aguas… Es sangre espesa y revuelta, y a su lado ve dos lobos largos y rubios… No. Son monstruos, mitad hombre, mitad lobos… Pero no: son Jackie y Peter, que muestran sus dientes apretados y están sonrientes…

¿Qué es eso, Dios mío? Una loba está abriendo sus entrañas sobre su faz. Su lobezno va saliendo del vientre como una babosa negra… Y lo ahoga… ¡Ah… pasó!… Qué alivio; pero las entrañas se recogen, lo absorben, son enormes y lo arrastran hacia el interior… Las entrañas lo aprietan horriblemente…

¡La loba lo va a parir y no puede! Las vísceras lo empujan, lo atraen, hacen de él un nudo…; y todo es negro, es sangre negra, es baba espesa.

¡Descanso!… Lentamente se levanta un clamor a los lejos. El clamor se convierte en un cántico armonioso de miles de voces infantiles. Y por las paredes, ahora celestes, de la caverna van apareciendo bandadas de niños… No, son pájaros… No, son lobeznos con sus aletas transformadas en alas… Y cantan… Y vuelan.

¿Y él qué hace?… Ha asestado una puñalada al lobo que nada a su lado, y este lobo es Luciano y lo ha enterrado en la arena… Pero, Dios mío, él es bueno. ¿Y cómo ha hecho eso? ¿Y por qué embiste contra los lobitos que vienen a cantarle a su lado con voces de ángeles? Y los va matando con el mango del puñal… Y no puede despegarse de su crueldad… Y los lobitos van cayendo uno a uno… Y se van apagando poco a poco sus cánticos celestiales.

Todo es paz, es dulzura, silencio… Y él tiene alas ahora, es liviano y quiere vaciarse en un hilo largo que sale hacia la luz… Y se eleva ágilmente, volando hacia una claridad que se abre entre las nubes rocosas… Y asciende… Asciende hacia una zona de luz y de paz.

* * *

Algunos años después, en un diario de Punta Arenas, apareció una lacónica noticia que no extrañó a las gentes, acostumbradas a leer las misteriosas tragedias que de tiempo en tiempo ocurren en esos mares:

> *El comandante de un escampavía, que realiza expediciones a los canales del extremo sur, ha comunicado a la autoridad marítima haber encontrado un cúter, al parecer abandonado desde hace tiempo, en la cercanía de la isla denominada La Pajarera, situada cerca del Cabo de Hornos.*

Un viejo lobero, que oyó la noticia junto al mesón del bar de don Paulino, el asturiano, comentó, entre sorbo y sorbo de grapa:

—¡Este cúter debe haber sido de los gringos Jackie y Peter…; eran tan ambiciosos los gringos esos!… Se habrán hecho pedazos al querer entrar en la boca de la cueva de La Pajarera. La boca está en pleno océano, llena de rompientes, y dicen que en su interior hay grandes loberías…

Los dos gringos entraron; pero seguramente no salieron, ni ya saldrán jamás.

La voz del viento

—¡Hasta los pájaros se vuelven fieras en esta tierra maldita! —dijo la mujer del puestero, sacudiéndose la nieve en el umbral del rancho.

—¡Esta es la quinta! —contestó la mujer y continuó—: ¡Todo se vuelve malo en este peladero! Tú hace días que andas dando vueltas con el cuchillo en la mano sin tener ya qué degollar. Me das miedo cuando me miras tan fijamente y te veo recorrer, con la yema de los dedos, el filo de tu descuerador. En primavera con los aguiluchos, que se comen los corderos recién nacidos, desde las entrañas mismas de la madre; en verano, las gaviotas que vienen del mar hasta las cordilleras, para despanzurrar desde lo alto a los pequeños caiquenes, y en invierno, estos caranchos malditos, que les arrancan los ojos a las ovejas a picotazos, para desbarrancarlas y comérselas.

El viento mugía sobre la lisa y helada meseta, levantando un polvillo de nieve hasta dos metros de altura, cerrando los horizontes a ras de tierra y formando un mar tempestuoso, extraño y ceniciento, cuyas olas se desflecaban en una plumilla de nieve que se confundía con la brumosa lejanía. La casita del Puesto Veintidós de la estancia China Creek, en la Tierra del Fuego, parecía un desolado y pequeño arrecife en medio de ese mar de nieve flotante.

Lucrecia puso sus manos a modo de pantalla y avizoró la distancia. Luchando entre el furioso oleaje, una oveja sin ojos avanzaba contra el viento, seguida de una pequeña bandada de caranchos. Caminaba como los animales borrachos con algunos pastos malos de las vegas, deteniéndose a ratos y a ratos corriendo una carrera corta, paralítica, como si pisara fuego.

Del mar ceniciento surgía, de tiempo en tiempo, la bandada de pájaros pardos, que envolvían a la oveja con un sinnúmero de aletazos y se perdían de nuevo entre el oleaje de la ventisca.

El carancho es un ave cobarde; pero, acosado por el hambre cuando la nieve arrecia y cubre los animales muertos con una gruesa capa, se reúne en bandadas y ataca de esta manera traidora y cruel a las ovejas para devorarlas.

Las ovejas avanzan en dirección contraria al viento en las tempestades, hasta encontrar un refugio donde guarecerse. Sobre esta había caído la tempestad y una extraña noche después que le saltaron los ojos a picotazos, dejándole dos hoyos sanguinolentos, en donde remolineaban el viento y la nieve.

—¡Denis, deja el cuchillo, por favor! —rogó la mujer.

—¡No faltaba más, que se la dejara a los caranchos! —dijo el puestero, y salió con el cuchillo entre los dientes al encuentro del animal herido.

Lucrecia entró en el rancho y cerró la puerta para no seguir viendo el doloroso espectáculo de la oveja ciega, perseguida por los caranchos, que luego llegaría a caer en la hoja brillante del cuchillo de Denis, esa hoja de acerado Eskilstuna que el gringo acariciaba siempre, de día y de noche, con extraño placer. Ponía el cuchillo delante de los ojos, agachaba la cabeza como si fuera a dar un beso, y con una

peculiar estirada de labios, lo soplaba suavemente y recorría el filo con la yema del dedo pulgar; luego le daba dos o tres planazos cariñosos en la palma de la mano y se lo guardaba cuidadosamente atrás, en la cintura.

El cuchillo era para Denis como una prolongación de sí mismo, un sentido más a través del cual recibía secretas vibraciones y placeres. Siempre con él, cortando lonjas de cuero, adelgazando tientos, deshilachando finas venas de guanaco para coser durante el día. En las noches descansaba plácidamente con su compañía bajo la almohada, junto al tirador donde guardaba su dinero.

—¿Pero a quién le tienes miedo? —le decía su mujer—. Va a hacer un año que estamos casados, vivimos en un puesto donde no cruza un alma, y tú siempre durmiendo con tu cuchillo y tu dinero debajo de la cabecera.

Denis no contestaba, daba vuelta la cara con desprecio y se ponía a silbar un sonsonete odiosamente monótono.

Lucrecia era una mujer sensible; por eso no soportaba las cosas de esa dura tierra; por eso también fue que abandonó esa otra vida de las prostitutas de Río Grande, adonde bajaban oleadas de ovejeros, cazadores de guanacos y troperos a desahogar sus años de continencia y soledad.

Una noche llegó el gringo Denis borracho, pagó una gruesa suma a la dueña de la casa, la Cinchón Tres Vueltas, por la exclusividad de Lucrecia, y a la mañana siguiente le dijo a esta:

—Oye, ¿por qué no te vienes conmigo al Puesto Veintidós?

—¿Dónde queda eso? —preguntó la mujer.

—¡Allá en el corazón de la Tierra del Fuego! —contestó Denis, y continuó—: Mira, yo soy el campañista y carneador de la estancia China Creek; estoy aburrido de amansar potros y de carnear animales y quiero descansar. El patrón me ha ofrecido varias veces cambiarme a los puestos y ahora es la oportunidad de hacerlo. Nos iremos al Veintidós donde la paga es doble, porque es una tierra endiablada, y al cabo de algunos años, con mis ahorros, cambiaremos de vida.

Lucrecia lo miró fijamente. Era un hombre bajo, inexpresivo, lampiño; la cara oscura y aceitunada, donde se ahogaban dos ojos pequeños pardos y evasivos; el cuerpo era algo regordete, un poco abultado de nalgas, sin esa reciedumbre enjuta de la mayor parte de los campesinos del lugar.

No lo encontró ni feo ni bonito, ni bueno ni malo. Ella, una prostituta caída entre las garras de la famosa vieja explotadora de mujeres de Río Grande, apodada la Cinchón Tres Vueltas, por su voluminosa gordura y otras exageraciones que le achacaban sus parroquianos, no podía pretender algo mejor que aquel campañista de origen inglés.

Ese mismo día el gringo Denis pagó el precio del rescate, se compró un traje poblano y se dirigió a casarse. Al anochecer partía con su mujer en las ancas de su caballo a China Creek.

Los cuidadores de ganado de la dilatada isla de la Tierra del Fuego y de la

Patagonia combaten a su principal enemiga, la soledad, con whisky y ginebra; pero Denis había llevado ahora un nuevo y apreciado elemento para combatirla: una mujer.

El hombre había alcanzado la felicidad: ¡Una mujer en un puesto! ¡Su mujer!

Ella era blanca, rosada, un poco más alta que él y de unos treinta y cinco años. Una verdadera maravilla en una tierra de hombres solos, donde ya no quedaba ni una mala india, como en los antiguos tiempos.

Permanecía horas enteras embobado, contemplándola cómo trajinaba dentro de la única pieza del rancho. La recorría con sus ojos codiciosos de arriba abajo y, de pronto, lanzaba un extraño relincho y se abalanzaba sobre ella.

Era el mismo relincho con que muchas veces apaciguó sus meses de continencia; esa euforia incontenible que a veces lo inquietaba en medio del campo y que solo se atenuaba cuando le clavaba con fuerza las espuelas al animal, le daba un rebencazo y partía a todo correr entre los turbales, gritando como un enloquecido.

Ahora, todo esto se había acabado con la presencia de la mujer, que estaba allí de cuerpo entero para regodearlo de placer.

Para gozar de su nuevo estado, entrecerraba los ojos y evocaba el corriente episodio que sucedía en la estancia cuando alguna prostituta, en viaje de Porvenir a Río Grande, pasaba a alojarse en China Creek. El segundo administrador ordenaba que dos hombres armados se colocaran esa noche frente a la puerta del dormitorio; allí, carabina en mano, resguardaban a la hembra que inquietaba al centenar de hombres de la estancia.

En una ocasión en que, junto con la prostituta, pasó a hospedarse un sujeto con un zepelín de vino y ginebra, hubo casi una reyerta frente a la puerta de la mujer. El segundo tuvo que imponer su autoridad, revólver en mano, sobre el grupo de borrachos.

—¡Déjala! —gritaban—. Que uno haga de cajero y le pagamos lo mismo que donde la Cinchón Tres Vueltas.

Pero el júbilo de los primeros tiempos fue disminuyendo; el ardor, apaciguándose, para dar paso a una progresiva frialdad que fue invadiendo a esos dos seres perdidos en una meseta de Tierra del Fuego.

Los puesteros generalmente se acostumbran a la soledad; para que no los acorrale, ejecutan una seria de acciones, que en otros lugares parecerían raras: conversan con sus perros y caballos, y abren las puertas para que entren el sol, el viento y el paisaje a hacerles compañía.

Esta soledad, que un hombre soporta frente a la naturaleza, parece aumentar o transformarse en una cosa angustiosa cuando, en medio de la inmensidad, tienen que vivir juntos dos seres que no se entienden.

En Denis la sensación de soledad aumentó y en Lucrecia se hizo insoportable.

Además, de aquel se fue apoderando una extraña nostalgia de su oficio de carneador. Denis había sido carneador toda su vida: un hábil carneador de fama en los frigoríficos. Degollaba con una rapidez asombrosa y descueraba en un dos por tres.

Hacía su trabajo con placer; placer sentía cuando buscaba la tráquea de la oveja con la punta del cuchillo; placer al desgarrarla y ver salir la sangre a borbotones; placer cuando remataba los estertores, despuntando la dura venita que une las vértebras de la cerviz; placer cuando revolvía el cuchillo en el interior del pecho del buey buscando el corazón para desangrarlo; pero cuando su emoción llegaba a su mayor intensidad era cuando descueraba a uña limpia y descuartizaba al animal. Parecía un médico en plena clase anatomía; cortaba siguiendo las corrientes fibrosas de la carne con matemática precisión.

Terminada la labor de cada animal, salpicado el rostro de gotas de sangre, se rechupaba los labios gustando el sabor de la sangre fresca mezclada a su sudor.

¿Era criminal nato Denis, o los veinte años de carneador lo habían convertido en un hombre que sentía la necesidad de matar diariamente?

Porque desde que dejó de degollar, al ser trasladado al puesto, sintió todos los días que algo le faltaba; tomaba el cuchillo y, a solas, dibujaba cortes en el aire y garreaba animales imaginarios.

En Lucrecia aumentaba de día en día el temor de la manía degolladora de su marido, y no se escapaba del rancho solo porque habría encontrado una horrible muerte en la estepa helada. Se sentía aliviada cuando Denis pasaba el día en el campo, recorriendo el animalaje, y un poco sobresaltada cuando en la noche quedaban los dos solos entre las cuatro paredes del rancho.

El Puesto Veintidós tenía, además, una trágica tradición: un escocés se había vuelto loco y un chileno se había suicidado colgándose del cielo raso.

Los días en que la nieve bloqueaba el rancho, la vida adentro se hacía insoportable. Denis no hablaba, permanecía silencioso y como absorbido por una idea obsesionante.

Su mujer varias veces lo sorprendió mirándola tan extrañamente, que tembló.

Denis también temblaba; era un temblor que empezaba atrás, en la nuca; provenía del cerebro y le apretaba la frente, nublándole la vista.

Un día en que la desesperante monotonía de la caída de la nieve se agudizó, Denis arrojó el cuchillo por la ventana y se puso a dar puñetazos sobre la mesa, como si un dolor grande lo sacudiera.

Días sin viento, nevadas silenciosas, sucedieron al caso de la oveja ciega. La soledad se hacía más intensa con la caída ingrávida de los copos; a veces parecía escucharse un leve crujido en la distancia, tan leve y sutil como el aleteo de una mariposa. A través del vidrio de la pequeña ventana se veían los horizontes cerrados, un cielo cercano y gris, todo lo cual producía una tristeza inacabable.

¿Estaba maldita esa meseta? ¿La desolación, el desamparo de aquel paisaje habían entrado en el alma medio salvaje de ese hombre, como un viento envenenado, maleándolo? ¿Así habían perecido los dos puesteros anteriores?

¡No, no era la desolación, la soledad, la angustia blanca de la nieve solamente! ¡En el cerebro de ese hombre había surgido la idea del crimen, venida quizá de qué

sustratos y localizada allí en la nuca con un dolor punzante!

Era una especie de vértigo, cual la atracción de un abismo. Cuando la miraba o pasaba cerca de ella, era como si se acercara a ese abismo; un pequeño impulso más y, ¡ya!, la hubiera asesinado; pero se detenía al borde del precipicio, temblando convulsivamente.

Una tarde alcanzó a sacar el cuchillo de la cintura. La mujer, despreocupada, estaba de espaldas haciendo un trabajo en la cocina; levantó el arma a cierta altura y, de pronto, lanzó un grito feroz y lo enterró con todas sus fuerzas en la mesa.

—¿Qué te pasa? —exclamó la mujer, sobresaltada.

—¡No puedo, no puedo más! —dijo sollozando.

Trataba de huir, pero el pensamiento lo mordía, lo seguía a todas partes.

Por lo bajo se repetía a cada momento estas palabras: «¡No puedo, la voy a matar!», y el ritornelo tenía algo espasmódico, angustioso, que sacudía hasta su última fibra.

Otro día, en una crisis, aferrado con todas sus fuerzas al borde del precipicio, se salvó lanzándose a correr como un loco a través del campo nevado.

Una fría crueldad lo endurecía a veces. «¡Voy a matarla!», se decía tranquilamente; pero luego una ternura que lo hubiera llevado hasta el llanto lo invadía, convirtiéndolo en una tembladera gelatinosa.

Por fin, una noche se precipitó en el abismo: mientras dormía, la asesinó.

Condujo el cadáver detrás del corral de tropilla, rompió la dura costra de nieve y lo enterró.

Sintió que el aire se alivianaba como si se hubiera quitado un peso enorme.

«¡Bah —se dijo—, era como una oveja, un poco más grande, no más!».

Sus días pasaron sin mayor preocupación. Eso sí, salía más a menudo al campo…

Se puso más trabajador; del día a la noche recorría la meseta y los campos colindantes.

La llanura, monotonamente blanca, se había convertido en más atrayente, y el puesto, en un lugar donde no podía estar sin un cierto desasosiego. El arrecife en medio del mar de nieve poco a poco fue perdiendo su calor de refugio y convirtiéndose en una roca hostil, desde la cual Denis tendía constantemente el vuelo hacia la llanura nevada.

Trataba de desentenderse de su desasosiego, estirando la cabeza como un ahogado la saca fuera del agua; pero un día llegó una cosa que lo golpeó directamente y no pudo seguir engañándose: era el viento del oeste, ese viento formidable que sopla durante todo el año sobre la Tierra del Fuego.

Hasta que no sintió su ulular pudo seguir con ese «¡bah, era como una oveja más grande, no más!»; pero apenas llegó ese maldito aullar del oeste, cambió duramente de opinión: ¡Había asesinado a su mujer!

Empezó por escuchar otro rumor dentro del rumor del viento. Al principio trató de confundirlo con el ruido de una tranca suelta, con el crujido del maderamen del

rancho, con el relincho del caballo guardiero, con el ladrido de los perros… Mas el rumor fue identificándose.

Corrientemente, el viento del oeste tenía una voz grande, poderosa y ululante, que recorría la estepa como un mugido viril, bajo el cual se podía dormir plácidamente sin escuchar los crujidos de la casa. Ahora venía en el viento algo así como el sollozo de una mujer, que hacía estremecer a Denis.

El sollozo se quebraba y el viento se ponía a lengüetear sonidos que parecían palabras suplicantes. Denis se revolvía en el lecho sin poder dormir.

Poco a poco ese lengüeteo plañidero se fue precisando y, de pronto una noche, Denis, loco de terror, oyó claramente pronunciar su nombre:

«¡Denis! ¡Denis!», era la voz de su mujer asesinada.

La voz se azotaba debajo de la puerta a cada huracanada, como queriendo penetrar:

«¡Denis! ¡Denis!».

La voz creció y la puerta pareció ceder a un empujón. Rápido, saltó de la cama y se dirigió a abrirla con el cuchillo en la mano; entró una furiosa bocanada de viento; echó pie atrás y esgrimió el cuchillo como para defenderse de una posible embestida; pero afuera solo reinaban la noche y la tempestad; la noche con su negro muro de sombras y el viento ululante.

Cerró la puerta y cuando un ligero vahído le dio la impresión de que se iba a dormir, la voz acongojada del viento volvía a golpear la puerta:

«¡Denis! ¡Denis! ¡Denis!»… Hasta que una modorra febril llegó a aliviarlo con la lechosa claridad del amanecer.

El viento del oeste amaina en la madrugada, desaparece al mediodía y al caer la tarde empieza de nuevo, para soplar con todas sus fuerzas en la medianoche. Los sufrimientos de Denis siguieron esta misma trayectoria: modorra, angustia y locura.

Dejó de ir a los campo, enflaquecido y debilitado. Solo obligado por una necesidad mayor salía del rancho y volvía a entrar apresuradamente. Afuera tenía la sensación de que el cielo se destapaba, de que la inmensidad era un ojo que lo contemplaba duramente, y se veía solo, débil, pequeño y desamparado: con ese desamparo de la inanición, en que el hombre es una gota de agua aventada.

Los perros empezaron a aullar de hambre. Temblando, una mañana fue a buscar el caballo guardiero para huir, pero se había escapado al campo.

Una noche el aullido de los perros se mezcló horrorosamente al del viento y a la voz que venía en él. El viento no amainó en la madrugada como de costumbre y Denis perdió la noción de la noche y del día; vagaba como una sombra lívida dentro del rancho, envuelto en una especie de neblina roja.

La voz del viento era como un látigo enorme que lo azotaba; el zumbido le trepanaba las sienes, le aserraba los tímpanos, metiéndosele por dentro y barrenándolo.

Era un guiñapo humano estrujado por el viento, la nieve y la soledad reinantes

sobre la costra hostil del rincón más arisco de la isla de la Tierra del Fuego: el Puesto Veintidós.

Una noche la tempestad arreció. El viento llegaba como en marejadas y parecía levantar en sus olas al pobre rancho; el puestero, enloquecido, se apretaba junto al suelo, agarrado a las tablas, tembloroso y sollozante.

De pronto, todo se calmó; un silencio sepulcral rodeó al agonizante, y cuando el alivio empezaba a rozar su deshecha sensibilidad, una voz surgió en el interior del puesto:

«¡Denis! ¡Denis!».

Por fin la voz del viento había penetrado en el rancho mismo, para desde allí arrojar al criminal, aferrado a su último refugio.

«¡Denis! ¡Denis!».

Acorralado por la voz, con sus últimas fuerzas, salió a la intemperie y trató de correr, como aquella oveja que una tarde se acercó al rancho con los ojos ciegos, seguida por los aletazos de una bandada de caranchos; pero no pudo, se tambaleó y cayó también sobre la estepa inclemente bajo los aletazos de una bandada de palabras:

«¡Denis! ¡Denis!».

El témpano de Kanasaka

Las primeras noticias las supimos de un cúter lobero que encontramos fondeado detrás de unas rocas en bahía Desolada, esa abertura de la ruta más austral del mundo: el canal Beagle, adonde van a reventar las gruesas olas que vienen rodando desde el Cabo de Hornos.

—Es el caso más extraño de los que he oído hablar en mi larga vida de cazador —dijo el viejo lobero Pascualini, desde la borda de su embarcación, y continuó—: Yo no lo he visto; pero los tripulantes de una goleta que encontramos ayer de amanecida, en el canal Ocasión, estaban aterrados por la aparición de un témpano muy raro en medio del temporal que los sorprendió al atravesar el paso Brecknock. Más que la tempestad fue la persecución de aquella enorme masa de hielo, dirigida por un fantasma, un aparecido o qué sé yo, pues no creo en patrañas, lo que obligó a esa goleta a refugiarse en el canal.

El paso Brecknock, tan formidable como la dura trabazón de sus consonantes, es muy corto; pero sus olas se empinan como cráteres y van a estallar junto a los peñones sombríos que se levantan a gran altura y caen, revolcándose de tal manera, que todos los navegantes sufren una pesadilla al atravesarlo.

—Y esto no es nada —continuó el viejo Pascualini, mientras cambiaba unos cueros por aguardiente con el patrón de nuestro cúter: el austríaco Mateo, que me anda haciendo la competencia con su desmantelado *Bratza*, me contó haber visto al témpano fantasma detrás de la isla del Diablo, esa maldita roca negra que marca la entrada de los brazos noroeste y sudoeste del canal Beagle. Iniciaban una bordada sobre este último, cuando detrás de la roca apareció la visión terrorífica que pasó rozando la obra muerta del *Bratza*.

Nos despedimos del viejo Pascualini, y nuestro *Orión* tomó rumbo hacia el paso Brecknock.

Todos los nombres de esas regiones recuerdan algo trágico y duro: la piedra del Finado Juan, isla del Diablo, bahía Desolada, El Muerto, etcétera, y solo se atenúan con la sobriedad de los nombres que pusieron Fitz-Roy y los marinos del velero francés *Romanche*, que fueron los primeros en levantar las cartas de esas regiones estremecidas por los vendavales de la conjunción de los océanos Pacífico y Atlántico.

Nuestro *Orión* era un cúter de cuatro toneladas, capitaneado por su dueño, Manuel Fernández, un marinero español, como tantos que se han quedado enredados entre los peñascos, indios y lobos de las costas magallánicas y de la Tierra del Fuego. Él y un muchacho aprendiz de marinero, de padres italianos, formaban toda la tripulación; y no necesitaban más: con vueltas de cabo manila amarraba al grumete al palo para que no se lo llevaran las olas y maniobrara libremente con la trinquetilla en las viradas por avante, y él manejaba el timón, la mayor, el pique y tomaba faja de rizo, todo de una vez, cuando era necesario.

Una noche de temporal, al pasar del cabo Froward al canal Magdalena, lo vi fiero;

sus ojos lanzaban destellos de odio hacia el mar; bajo, grueso, con su cara de cascote terroso, donde parecía que las gotas de agua habían arrancado trozos de carne, lo vi avanzar hacia proa y desatar al grumete, desmayado por una mar gruesa que le golpeó la cabeza contra el palo.

Yo me ofrecí para reemplazarlo:

—¡Vamos! —me dijo dudando y me amarró al palo con una soga.

Las olas venían como elefantes ágiles y blandos, y se dejaban caer con grandes manos de agua que abofeteaban mi rostro, y a veces unas pesadas lenguas líquidas me envolvían empapándome.

En el momento del viraje, cuando el viento nos pegaba en la proa, desataba la trinquetilla y cazaba el viento, que nos tendía rápidamente hacia un costado. Ese era un momento culminante. Si mis fuerzas no resistían los embates de la lona, que me azotada despiadadamente, el viraje se perdía, corríamos el peligro de aconcharnos y naufragar de un golpe de viento.

Después de dos horas de sufrimientos, el patrón Fernández fue a desatarme, sin decirme si lo había hecho bien o mal. Desde esa noche relevé muchas veces al grumete durante la navegación.

Hacía el viaje con destino a Yendegaia, para ocupar un puesto de capataz en una estancia de lanares. El cúter llevaba un cargamento oficial de mercadería; pero disimulado en el fondo de su pequeña bodega iba otro cargamento extraoficial: un contrabando de aguardiente y leche condensada para el presidio argentino de Ushuaia, donde el primer artículo está prohibido y el segundo tiene un impuesto subido.

Iban dos pasajeros más: una mujer, que se dirigía a hacer el comercio del amor en la población penal, y un individuo oscuro, de apellido Jiménez, que disimulaba su baja profesión de explotador de la mujer con unos cuanto tambores de películas y una vieja máquina de proyección cinematográfica, con lo que decía iba a entretener a los pobres presidiarios y a ganarse unos pesos.

Este tipo era un histérico: cuando soltamos las amarras del muelle de Punta Arenas, vociferaba, alardeando de ser muy marino y de haber corrido grandes temporales. Al enfrentarse con las primeras borrascas, a la altura del cabo San Isidro, ya gritaba como un energúmeno, clamando al cielo que se apiadara de su destino. En el primer temporal serio que tuvimos, fue presa del pánico y mareado como estaba en la sala del cúter, tuvo fuerzas para salir a cubierta gritando enloquecido. Una herejía y un puntapié, que el patrón Fernández le dio en el trasero, lo arrojaron de nuevo a la camarita, terminando con su odiosa gritería. La prostituta, más valerosa, lloraba resignadamente, y apretaba su cara morena contra una almohada sebosa.

Pero salía el sol y Jiménez era otro. Con su cara repugnante, de nariz chata, emergía del fondo de la bodega como una rata, se olvidaba de las patadas del capitán y hablaba de nuevo, feliz y estúpido.

A los tres días de viaje, los seres que íbamos en esas cuatro tablas sobre el mar ya

habíamos deslindado nuestras categorías. El recio temple y la valentía del patrón Fernández, el gesto anhelante de ese adolescente que se tragaba el llanto y quería aprender a ser hombre de mar, mi experiencia que esforzaba a veces cuando trataba de ayudar, y la prostituta arrastrada por ese crápula gritón. Toda una escala humana, como son la mayoría de los pasajeros de esos barquichuelos que cruzan los mares del extremo sur.

Suaves y lentos cabeceos nos anunciaron la vecindad del paso Brecknock, y luego entramos en plena mar gruesa. Nuestro cúter empezó a montar con pericia las crestas de las olas y a descender entre crujidos hasta el fondo de esos barrancos de agua. El viento del sudoeste nos empujaba velozmente de un largo; el Brecknock no estaba tan malo como otras veces y en menos de una hora tuvimos a la cuadra el peñón impresionante que forma un pequeño pero temible cabo; después empezaron a disminuir las grandes olas y penetramos por la boca noroeste del canal Beagle. En la lejanía, próxima la soledad del mar afuera, de vez en cuando divisábamos los blancos penachos de las olas del cabo, rotas entre algunas rocas aisladas.

No tuvo mayores contratiempos nuestra navegación; el pequeño motor auxiliar del *Orión* y el viento que nos daba por la aleta de estribor nos hacían correr a seis millas por hora.

Estábamos a mediados de diciembre y en estas latitudes las noches casi no existen: los días se muerden la cola, pues el crepúsculo vespertino solo empieza a tender su pintado de sombras cuando ya la lechosa claridad de la aurora empieza a barrerlas.

Avistamos la isla del Diablo a eso de las tres de la madrugada. Ya el día entraba plenamente, pero los elevados paredones rocosos ribeteaban de negro la clara ruta del canal, a excepción de algunos trechos en que los ventisqueros veteaban esas sombras con sus blancas escalinatas descendiendo de las montañas.

El cataclismo, que en el comienzo del mundo bifurcó el canal Beagle en sus dos brazos, el noroeste y el sudoeste, dejó como extraño punto de ese ángulo la isla del Diablo, donde los remolinos de las corrientes de los tres canales hacen muy peligrosa su travesía, de tal manera que los navegantes han llegado a llamarla con ese nombre espantoso.

Y ahora tenía una sorpresa más: allí rondaba la siniestra mole blanca del témpano que llevaba a su bordo un fantasma, terror de los navegantes de la ruta.

Pero pasamos sorteando la enrevesada corriente, sin avistar el extraño témpano.

—¡Son patrañas! —exclamó el patrón Fernández, mientras evitábamos los choques de los pequeños témpanos que, como una curiosa caravana de cisnes, pequeños elefantes echados y góndolas venecianas, seguían a nuestro lado.

Nada extraño nos sucedió y seguimos tranquilamente rumbo a Kanasaka y a Yendegaia, donde debía asumir mis labores campesinas.

Antes de atravesar hacia Yendegaia debíamos pasar por la tranquila y hermosa bahía de Kanasaka.

Todas las costas del Beagle son agrestes, cortadas a pique hasta el fondo del mar; dijérase que este ha subido hasta las más altas cumbres de la cordillera de los Andes o que la cordillera andina se ha hundido en el mar.

Después de millas y millas entre la hostilidad de la costa de paredes rocosas, Kanasaka, con sus playas de arena blanca, es un oasis de suavidad en esa naturaleza agreste; siguen a la playa verdes juncales que cubren un dilatado valle y luego los bosques de robles ascienden hasta aparragarse en la aridez de las cumbres. Una flora poco común en esa zona se ha refugiado allí. El mar entra zigzagueante tierra adentro y forma pequeñas y misteriosas lagunas donde los peces saltan a besar la luz, y detrás, en los lindes del robledal, está la casa de Martínez, único blanco que, solitario y desterrado, por su voluntad o quizá por qué razones, vive rodeado de los indios yaganes. En medio de esa tierra salvaje, mi buen amigo Martínez descubrió ese refugio de paz y belleza y, ¡ah romántico irreductible!, muchas noches lo encontré paseando al tranco de su corcel junto al mar, acompañado solo de la luna, tan cercana, que parecía llevarla al anca de su caballo.

—¡Vamos a tener viento en contra y el canal va a florecer con el este! —habló Fernández, interrumpiendo mis buenos recuerdos. Y, efectivamente, el lomo del canal Beagle empezaba a florecer de jardines blancos; las rachas del este jaspeaban de negro y blanco el mar, y de pronto el cúter tuvo que izar su velamen y voltejear de costa a costa.

El viejo marino español miró el cielo y frunció el ceño. Empezaba el lento anochecer y el mar seguía aumentando su braveza. El grumete fue amarrado al palo para maniobrar en los virajes con la trinquetilla. El patrón disminuyó la mayor, tomando faja de rizo y todo se atrincó para afrontar la tempestad que se avecinaba.

Lo más peligroso en las tempestades del canal Beagle son sus rachas arremolinadas; los caprichosos ancones y montañas las forman y las lanzan al centro del canal, levantando verdaderas columnas de agua. En el día es muy fácil capearlas. Se anuncian por una sombra renegrida que viene sobre las olas y permite emproarlas con la embarcación; pero cae la noche y sus sombras más intensas se tragan a esas otras sombras, y entonces no se sabe cuándo llegan los traidores chimpolazos que pueden volcar de un golpe al barquichuelo.

Todo el instinto del patrón Fernández para olfatear las rachas en la oscuridad no era suficiente, y de rato en rato se deslizaba alguna que nos sorprendía como una venganza del mar contra ese viejo marino.

El patrón encerró en la camarita al histérico gritón y a la prostituta, ajustó los cubichetes y me preguntó si quería guardarme también.

Varias veces ha estado mecido por los brazos de la muerte sobre el mar y no acepté la invitación, pues es muy angustiosa la situación de una ratonera batida por las olas y que no se sabe cuándo se va a hundir. He aprendido a conocer el mar y sé que la cercanía del naufragio es menos penosa cuando uno está sobre cubierta a la intemperie. Además, la espera de la muerte no es tan molesta en un barco pequeño

como en un barco de gran tonelaje. En el pequeño, uno está a unos cuantos centímetros del mar; las olas mismas, empapándonos, nos dan ya el sabor salobre de los pocos minutos que durará nuestra agonía; estamos en la frontera misma, oscilando; un breve paso y nos encontramos al otro lado.

Esta era nuestra situación en medio del canal Beagle a eso de la medianoche. A pesar de haber tomado faja de rizo, el viento nos hacía correr velozmente sobre las olas, de costa a costa, y el patrón Fernández gritaba al muchacho el momento del viraje solo cuando la negrura de los paredones hostiles ponían una nota más sobrecogedora sobre nuestra proa.

—¡Puede relevar al muchacho, mientras baja a reponerse con un trago de aguardiente! —me gritó el patrón Fernández, cuyas palabras eran arrancadas de cuajo por el viento.

Fui amarrado fuertemente de espaldas al palo. El grito del patrón me anunciaba el instante del viraje, y asido a la trinquetilla trataba de realizar, en la mejor forma posible, la maniobra de cazar el viento.

El huracán arreciaba; por momentos sentía una especie de inanición, se aflojaba mi reciedumbre, y solo la satisfacción de servir en momentos tan graves me obligaba a mantenerme erguido ante los embates del mar.

A cada momento me parecía ver llegar la muerte entre las características tres olas grandes que siempre vienen precedidas de otras tres más pequeñas; las rachas escoraban al cúter en forma peligrosa, haciéndole sumergir toda la obra muerta; el palo se inclinaba como un bambú y el velamen crujía con el viento que se rasgaba entre las jarcias. Podía decirse que formábamos parte de la tempestad misma, íbamos del brazo con las olas, hundidos en el elemento, y la muerte hubiera sido poca cosa más.

Navegábamos con la escota cazada, ladeados extraordinariamente sobre el mar, cuando de pronto vi que el cúter derivaba con rapidez; crujió la botavara, el estirón de la escota fue formidable y allá en la negrura, de súbito, surgió una gran mole blanquecina.

El patrón Fernández me gritó algo que no entendí, e instintivamente puse mi mano en la frente a manera de amparo; esperaba que la muerte emergiera de pronto del mar, pero no de tan extraña forma.

La mole blanquecina se acercó: tenía la forma cuadrada de un pedestal de estatua y en la cumbre, ¡oh visión terrible!, un cadáver, un fantasma, un hombre vivo, no podría precisarlo, pues era algo inconcebible, levantaba un brazo señalando la lejanía tragada por la noche.

Cuando estuvo más cercano, una figura humana se destacó claramente, de pie, hundida hasta las rodillas en el hielo y vestida con harapos flameantes. Su mano derecha levantada y tiesa parecía decir: «¡Fuera de aquí!» e indicar el camino de las lejanías.

Al vislumbrarse la cara, esa actitud desaparecía para dar lugar a otra impresión

más extraña aún: la dentadura horriblemente descarnada, detenida en la más grande carcajada, en una risa estática, siniestra, a la que el ulular del viento, a veces, daba vida, con un aullido estremecido de dolor y de muerte, como arrancado a la cuerda de un gigantesco violón.

El témpano, con su extraño navegante, pasó y cerca de la popa hizo un giro impulsado por el viento y mostró por última vez la visión aterradora de su macabro tripulante, que se perdió en las sombras con su risotada sarcástica, ululante y gutural.

En la noche, la sinfonía del viento y el mar tiene todos los tonos humanos, desde la risa hasta el llanto; toda la música de las orquestas y, además, unos murmullos sordos, unos lamentos lejanos y lacerantes, unas voces que lengüetean las olas. Esos dos elementos grandiosos, el mar y el viento, parecen empequeñecerse para imitar ladridos de perrillos, maullidos de gatos, palabras destempladas de niños, de mujeres y hombres, que hacen recordar las almas de los náufragos. Voces y ruido que solo conocen y saben escuchar los hombres que han pasado muchas noches despiertos sobre el mar; pero esa noche, esta sinfonía nos hizo sentir algo más, algo así como esa angustia inenarrable que embarga el espíritu cuando el misterio se acerca… ¡Era la extraña aparición del témpano!

Al amanecer, lanzamos el ancla en las tranquilas aguas de la resguardada bahía de Kanasaka.

—¡No lo hubiera creído, si no hubiera visto esa sonrisa horrible de los que mueren helados y esa mano estirada que pasó rozando la vela mayor; si no derivo a tiempo, nos hubiera hecho pedazos! —exclamó el patrón Fernández.

Cuando junto a la fogata del rancho contábamos lo sucedido a Martínez, el poblador blanco, uno de los indios, que ayudaba a secar nuestras ropas, abrió de pronto desorbitadamente los ojos, y dirigiéndose a los de su raza profirió frases entrecortadas en yagán, entre las que repetía con tono asustado: «¡Félix!», «¡Anan!», «¡Félix!».

El indio más viejo tomó parsimoniosamente la palabra y nos contó: «El otoña anterior, Félix, un indio mozo, siguiendo las huellas de un animal de piel fina, atravesó el ventisquero Italia; no se supo más de él y nadie se atrevió a buscarlos en la inmensidad helada».

Y aquello quedó explicado sencillamente: el joven indio, en su ambición de cazar a la bestia, se internó por el ventisquero y la baja temperatura detuvo su carrera, escarchándolo; llegaron las nieves del invierno y cubrieron su cuerpo hasta que el verano hizo retumbar los hielos despedazándolos, y el yagán, adosado a un témpano, salió a vagar como un extraño fantasma de esos mares.

Todo se explicaba fácilmente así; pero en mi recuerdo perduraba como un símbolo la figura hierática y siniestra del cadáver del yagán de Kanasaka, persiguiendo en el mar a los profanadores de esas soledades, a los blancos civilizados que han ido a turbar la paz de su raza y a degenerarla con el alcohol y sus calamidades. Y como diciéndoles con la mano estirada: «¡Fuera de aquí!».

El Flamenco

I

Así como entre los hombres surge de vez en cuando el genio, entre los animales se da a veces algún ejemplar extraordinario, cuya existencia nos acerca a los misterios de la naturaleza, para hacérnoslos más inescrutables.

EL que ha visto degollar desde un hombre hasta una oveja, y conoce el último grito de terror, el mugido, el postrer relincho y hasta ha creído escuchar la exhalación de una mariposa clavada, sabe cómo son de iguales estas últimas voces de la vida en todos los seres.

La muerte no solo iguala a los hombres, sino que a los hombres con las bestias y hasta con los gusanos.

Si en la vida tuviéramos en cuenta esto, nuestra conducta sería muy diferente con los animales.

¿Qué campesino no ha conocido algún buey solitario que se aísla para rumiar sus pastos en los bosques, un caballo que sigue a una niña o un perro que ve la muerte?

También algunas tierras son aptas para el misterio e influyen en la conformación de seres y bestias raras que no se dan en otros lugares. La falda oriental de la isla Tierra del Fuego parece una de ellas.

En sus costas, lamidas por el oleaje del Atlántico, se han visto peces curiosos y monstruos marinos; en sus llanadas galopan manadas de guanacos que se diferencias de los comunes; el zorro es muy distinto del de la Patagonia; los búhos, otras veces, y hasta ese pequeño roedor, el cururo, parecen ser propios de la lejana isla.

Los hombres mismos sufren la extraña sugestión de esas tierras y no se acostumbran a vivir en otras partes. He visto a muchos maldecir al partir, y regresar algunos años después, declarando que no han podido vivir en otras regiones. ¡Quién sabe si, a lo mejor, esta narración es producto de la nostalgia, que un día me acorrale demasiado y me haga volver hacia ella, como en la época de mi juventud, a galopar de nuevo sobre sus dilatadas praderas!

II

El caso del Flamenco empezó una mañana en que se marcaba la caballada. Es decir, empezó para mí, pues la vida salvaje de este hermoso caballo alazán en las serranías de Carmen Sylva no estuvo al alcance de mi observación y debió haber sido muy interesante, porque la historia de su cautiverio sí que lo fue, y no porque yo

siguiera al animal como un entomólogo a sus bichos, sino porque el encadenamiento de los hechos me la destacó de esta manera.

Aquella mañana me había quedado solo en el corral de la tropilla; la gente se había ido a almorzar.

Fumando plácidamente mi caporal, contemplaba el centenar de potritos y potranquitas apuñaladas por aquel feroz Jackie. Sus ancas estaban brillantes; sus delgadas extremidades, terminadas en pequeños y finos cascos, parecían bracitos de niños muertos; los pechos rotos por la cuchillada, las cabecitas tiernas con los ojos vidriosos y fijos, y las melenas revueltas con sangre y polvo ofrecían un espectáculo un poco molesto.

«Son duros estos gringos —pensé—. En vez de regalar esos animales o vendérselos a los ovejeros y peones de su propia estancia, prefieren matarlos para descongestionar sus campos y no propagar la raza y la marca».

Un sol brillante caía de pleno en el corral y levantaba de la sangre, coagulada por el polvo, un vaho excitante, un olor que ponía tensa la punta de la nariz.

El ambiente producía una paz un poco cargada de angustia, un desgano por vivir.

«¡Debe ser falta de almuerzo!», me dije, y me dispuse a partir; pero, de pronto, un estridente relincho laceró la tranquilidad del mediodía.

Di vuelta la cabeza, y a mi espalda, entre los estacones del cerco, un caballo alazán contemplaba, como yo, el espectáculo de los potritos degollados.

La belleza extraordinaria del animal hizo que mis ojos se dilataran de asombro. Era un alazán de tres para cuatro años, alto, esbelto, con el lomo derecho, la barriga pegada entre los músculos; las patas, delgadas, envueltas en una vigorosa nervadura y la cabeza pequeña. Pero lo que más llamaba la atención en este extraordinario ejemplar eran la piel y los ojos; la primera, reluciente, tan aterciopelada como la de los lobos marinos de dos pelos, de un color encendido y cambiante como las llamas cuando los tensos músculos hacían movimiento; y los ojos eran dos bolas de luz cuajada, latentes, que pasaban de un brillo acerado cuando se encabritaba hasta una opacidad serena y profunda.

Se destacaba como el mejor tipo de la tropilla que, separada para el amanse, descansaba en el fondo del corral. Más allá, en los potreros, se movían las manadas de yeguas madres, con sus pequeños hijos castrados y clasificados para sobrevivir.

¿Cuál era la causa de la curiosa actitud de los relinchos y miradas de este corcel solitario?

¿Recordaba, acaso, cuando tres años antes le había tocado a él mezclarse entre los acuchillados y salvarse por milagro de la certera puñalada del campañista, salpicado con la sangre caliente de sus hermanos; esa sangre joven de un color tan vivo como el de su piel? ¿De ella tomó, acaso, esa hermosura, como la agilidad que adquieren los indios cuando sus padres les untan las rodillas con la sangre de los chulengos?

Me quedé contemplándolo entusiasmado hasta que el mozo vino a llamarme para el almuerzo.

En la tarde continuamos la faena de aparte y marca, pero esta vez tenía otro atractivo más que apilar potrillos en el corral: el alazán.

Apenas Jackie, arremangado, cuchillo en mano, empezaba a buscar a los pequeños que iba a ultimar, el alazán se acercaba a mirar entre los estacones con la cabeza enhiesta.

Ubicada la víctima por su inferior calidad, al criterio del matador; se acercaba este y le asestaba la feroz puñalada en pleno pecho; con un hábil movimiento revolvía la hoja acerada en el interior hasta tocar el corazón, y el animalito caía desplomado.

Entonces, ante el chorro de sangre que saltaba a borbotones, los ojos del alazán se encendían, enarcaba el cuello y piafaba, haciendo retumbar el suelo con los cascos; después, relinchando, se metía entre las tropillas, removiéndolas.

Repitió estos movimientos durante toda la tarde. En una ocasión se lo hice observar a Jackie.

—¡Este me lo he dejado para mi tropilla; ya me fijé en él hace tres años, en la marca pasada! —me respondió el campañista, interpretando egoístamente mi interés por el alazán—. ¡Así que no le eche el ojo, pues! —remató como advertencia.

Las dos mil yeguas cerriles volvieron a las campiñas cordilleranas a vivir su vida salvaje, mientras unos doscientos redomones quedaron en la estancia para ser domados y entregados al servicio nuestro, de los ovejeros, puesteros, etcétera.

Una mañana nos reunimos en el corral desde el administrador hasta el último aprendiz, a fin de elegir, por orden de jerarquía, nuestros futuros caballos de trabajo.

Esta ceremonia es muy importante, porque demuestra el conocimiento y buen ojo de los que eligen, ya que los animales están jóvenes y salvajes, y pueden resultar tan buenos como malos para toda la vida.

Todos, por supuesto, dirigieron la vista al alazán, pero Jackie, que en el corral tenía más autoridad que el propio administrador, advirtió:

—¡Este es el Flamenco, le puse nombre hace tres años, cuando lo salvé de acuchillarlo para dejarlo para mi tropilla; es muy vistoso y largo de cañas; quién sabe si va a servir para trabajos rudos!

Después, cada uno continuó sus labores, y los campañistas, la suya: el amanse de la potrada.

Una mañana en que debía salir a recorrer campos, me quedé más de lo acostumbrado en los corrales a fin de ver una jineteada.

—¡Hoy le voy a poner los cueros al alazán que usted le había echado el ojo! —me dijo Jackie.

Efectivamente, el hermoso caballo estaba amarrado al palenque.

Me quedé, pues, en espera de un espectáculo campero emocionante, ya que la primera monta de este corcel debía ser algo extraordinario.

El pealador le lanzó una pequeña armada del lazo a las patas, lo hizo moverse, y luego, con un fuerte y traicionero estirón, lo voltearon en tierra, tesaron los lazos y empezaron a ponerle la montura con la precaución acostumbrada.

El animal se revolvió inquieto un rato, luego se dejó que le pusieran tranquilamente los cueros, la cincha y las riendas.

Aflojaron los peales, le dieron un rebencazo, y mientras se levantaba de un salto, Jackie se le encaramó como un gato sobre la montura.

El animal quedó con las cuatro patas abiertas y firmes en la tierra, y agachó la cabeza como resolviendo lo que iba a hacer.

Todos estábamos tensos de emoción. Los ayudantes abrieron la tranquera y otro con el caballo apadrinador se le puso al lado.

Hombre y bestia estaban rígidos, no movían un músculo, esperando uno el formidable salto y el otro quizá qué sorpresa en esta primera aventura.

—¡Yaaa…! —gritó Jackie, y dio un fuerte rebencazo en el anca del animal, mientras se agarraba como un águila con las espuelas.

Pero aquel hermoso bruto, en vez de dar el tremendo salto que todos esperábamos de él y entablar la fiera lucha que predecía su recia contextura, salió por la tranquera con un galope abierto como el balanceo de los elefantes.

Nos quedamos estupefactos.

Al rato, Jackie volvió, después de dar unas carreras por la huella.

—¡En cuanto aprenda a correr, este va a ser el mejor parejero de la estancia! —exclamó Jackie jubiloso, y continuó—: Es la primera vez en mi vida que me ocurre esto con un animal de tanta pinta.

—¿Quiere que lo pruebe? —exclamó un ayudante.

El joven, un moreno fornido, se dispuso a montarlo.

Montó de un salto, confiado; pero no bien se había afirmado en los estribos, ocurrió algo sorprendente: el animal se encogió, pareció rozar el suelo como un gato y luego levantó las manos y de un terrible salto disparó tranquera afuera.

Como un elástico se lanzaba hacia el espacio, en el aire se retorcía como un pez, brillábale la piel a llamaradas, escondía la cabeza y caía azotándose con un estremezón inaguantable.

El domador sufrió tres saltos de esta clase; al cuarto rodó por el suelo como un guiñapo; cuando fueron a recogerlo, estaba quebrado de una pierna.

Jackie era mestizo, hijo de inglés y de una india ona, crecido en el lomo de las bestias y considerado como el mejor amansador de la Tierra del Fuego; cuando se encontraba con una bestia fiera, brotaban todas estas cosas y le hervía la sangre.

—¡Déjenmelo a mí! —gritó—. ¡Yo le voy a enseñar!

Nuevamente tuvimos unos segundos de expectación. El gran domador subió sigilosamente, como antes, y como la vez anterior también el alazán partió al galope manso.

—¿Lo habrá embrujado Jackie? —dijo uno.

—¡Este es un caballo de amo, nadie lo va a poder montar! —exclamó el campañista, desmontándose de vuelta.

Y así fue; nadie más que Jackie pudo montar al Flamenco; todo el mundo se hizo

cruces comentando este hecho raro.

III

Al mes y medio recibimos de las piernas de nuestros domadores los flamantes redomones, semiamansados aún, pues la doma definitiva terminaba, a nuestro amaño y experiencia, en nuestras manos.

Jackie se quedó con su extraordinario alazán. El tiempo pasó y ya nadie comentó el hecho.

No se comentó hasta una tarde en que el campañista, que había salido campo afuera con su caballo de amo, no regresó a la estancia.

Conociendo la experiencia del gran hombre de campo, no nos inquietamos.

Pero pasó la noche, y nuestra inquietud fue grande cuando al día siguiente encontraron al Flamenco en los corrales, ensillado y con el lazo arrastrando, es decir, una parte del lazo, pues en el extremo estaba cortado, y con la barriga y los ijares rajados y ensangrentados a espolazos.

—¡Es corte de cuchillo! —dijo uno, revisando el extremo del lazo, y continuó—: Jackie debe haberlo cortado; puede estar vivo aún.

Inmediatamente partieron dos ayudantes del campañista en su búsqueda.

A media tarde, regresó uno al tranco, trayendo herido sobre el morrón a Jackie.

Cuando lo bajaron, aquel hombre sufrido, apretando la boca de dolor, exclamó:

—¡No sé cuántas costillas rotas tengo, pero estoy cierto de un hombro zafado y una canilla quebraba!

—¡Ya se te afirmarán las tabas de nuevo! —le dijo, consolándole, un compañero.

El mestizo sonrió desde su camarote, mostrando sus blancos dientes de coipo entre sus bigotes de un rubio desteñido.

Eso de que las tabas se le volvieran a afirmar era una verdad; sus cuarenta años de domadura no le habían dejado hueso sano, pero las astillas se soldaban, las coyunturas volvían a su lugar y la enorme vitalidad de aquel hombre hacía el milagro de que volviera a amansar potros, como si nada hubiera sucedido.

Solo que en cada quebradura Jackie quedaba más pequeño, su cuerpo más inclinado y su andar cada vez más lleno de raros movimientos que lo hacían parecerse a un mono.

En cada volteadura pagaba sus triunfos sobre las bestias y la naturaleza; se levantaba de la tierra más aparragado, como esos robles fueguinos que resisten los huracanes del oeste agachándose tanto, que terminan por adquirir forma extrañas, extendidos a ras del suelo, retorcidos y deshilachados, como manos envejecidas y sarmentosas, implorando clemencia para ese pedazo de mundo azotado por las tempestades.

—¡Cuidado, no se acerquen a ese animal que tiene el mismo diablo en el cuerpo! —nos dijo Jackie cuando estuvo mejor, y continuó—: Parece que esperaba la oportunidad de hacerme pedazos, ya que parecía manso como un cordero y jamás había pegado un corcovo bajo mis piernas.

»A pesar de eso —siguió el campañista—, nunca tuve mucha confianza, pues a veces lo encontraba mirándome con unos ojos llenos de rabia, como los de esos animales a los cuales uno ha apaleado mucho.

»Una vez me miró en tal forma, que me molestó, levanté el rebenque y le di un talerazo. “¿Qué le pasa, m…?”, le dije, y se quedó tan tranquilo mirándome de reojo.

»Ese día íbamos lo más bien por la vega grande del Campo Diecisiete, cuando de repente, en el momento en que iba más desprevenido, pegó un fiero corcovo que me anduvo descomponiendo en la montura.

»¡Para qué les voy a mentir, les juro que charquié; si no, me bota! —dijo, sonriendo, el campañista, aludiendo con ese término al hecho de tomarse del cojinillo de la montura para no caerse y que los campesinos lo consideran vergonzoso.

»No me dio lugar para afirmarme —continuó—. Se lanzó por una bajada dando gambetazos y saltos igual que un torbellino. Pocas veces me he encontrado con cosa tan fiera. Se doblaba, se hacía un nudo y se arrastraba como un gato, relinchando a boca abierta, y yo ¡dale! y ¡dale! rebencazo tras rebencazo, hundiéndole las lloronas en los ijares, con las alpargatas bañadas de sangre.

»Así peleamos no sé cuánto tiempo; no me daba lugar para nada.

»De pronto, voy a dar vuelta el rebenque para agarrarlo por la lonja y darle un talerazo entre las orejas y voltearlo, cuando por primera vez que me ocurre en mis años de campesino, se me suelta el lazo y empieza a enredarse con la bestia.

»¡Aquí me llegó, pensé, en medio del cansancio y de la ira!

»En un corcovo, la pata agarró con el garrón una vuelta del lazo que me pescó una pierna y me la abrió hasta casi despernancarme, y ya no pude más, era superior a mis fuerzas; no me di cuenta cuando rodé por el suelo envuelto en el lazo.

»Corrió ese animal, arrastrándome, como no había corrido en su vida, en dirección al río. Cuando llegamos al borde, ya estaba todo quebrado y medio aturdido.

»¡Querís ahogarme, carajo!, pensé, y alcancé a sacar el cuchillo y como en sueños corté a tontas y a locas, por suerte en la parte necesaria.

»¡Y ustedes no lo van a creer! —exclamó el campañista medio incorporándose—. Aquella fiera se me acercó resoplando, con los ojos como fuego y llenos de sangre parecía el demonio. ¡Nunca había visto un animal así; les juro que tuve miedo! Se acercó, yo estaba casi desvanecido, me olfateó, jadeante, con su aliento que quemaba, y ¿saben ustedes lo que me hizo?

»¡Me hizo lo que la vaca; me ensució, me dio un par de patadas más en las costillas y me dejó creyéndome muerto!

»¡Pero no le hagan nada; lárguenlo al campo, no más; que cuando yo me levante

quiero tener el gusto de ajustar cuentas con él! —terminó el campañista.

IV

Como en otras ocasiones, a Jackie se le compuso la osamenta y, ya repuesto del todo, salió de nuevo a campear entre sus tropillas.

—¡No suba más a ese alazán! —le dijo un día el propio administrador, Mr. Clifford.

Pero Jackie lo montó, le dio su tanda de talerazos, lo agarró de nuevo con las espuelas, y el Flamenco se quedó tan manso y tranquilo como si no sintiera los dolores. El trabajo de las estancias está lleno de incidentes; nuevos hechos vinieron a hacer olvidar aquel.

Solo Jackie debía recordarlo, pues había quedado bastante más aparragado y su andar ya no era el de un mono, sino el de un andamio de huesos dentro de una bolsa mal cosida.

Pero pasó el tiempo y hasta el mismo Jackie lo olvidó.

—¡Debió haber estado enloquecido ese día —me dijo una tarde en que galopábamos, él en su alazán—: Los animales, como las personas, se vuelven idiotas y locos!

El campañista era un hombre primitivo: el indio y el blanco que había dentro de él luchaban de continuo con sus instintos. Con un tono infantil me dijo:

—¡Vea, yo mismo, que soy un hombre bueno, cuántas veces por una nada he despachado a un compañero para el otro mundo!

«¡Bueno se llama este!», pensé, y me sonreí al recordar las cuentas oscuras que con su conciencia tenía el amansador.

—A lo mejor había comido algún pasto malo ese día —continuó, justificando a la bestia, a la cual seguramente odiaba y amaba— y el pobre animal se enloqueció. Así como en las vegas hay esos pastos que emborrachan y dejan tendidos a piños enteros de ovejas, también debe haber hierbas que ponen malos a los caballos. ¿Y borracho, qué es lo que no puede hacer uno?

—¡No se olvide que no se deja montar por nadie que no sea usted! —le dije.

—¡Por eso es que lo quiero, pues! —me respondió.

Miré un rato al hermoso animal que galopaba junto a mi caballo y recordé aquella escena en el corral, sus ojos grandes y extraños, la forma en que miraba el degüello de los potritos, y pensé: «¿No habrá quedado para siempre en esas retinas la persona del cruel campañista, cuando el hermoso alazán se salvó de ser apuñalado entre sus hermanos?».

—¡Quién sabe nada de nada!

Mi pensamiento de que hubiera un odio del animal contra el hombre y de que

tramaba una verdadera venganza con el degollador, estaba muy bien guardado en mi interior. No saldría jamás. Mis compañeros eran un poco rudos y no me comprenderían; se habrían reído a carcajadas de mis observaciones. «¡Es un novelesco! ¡Está chirlado! ¡Ha comido también mal pasto!», habrían dicho.

Y como en la isla en realidad abunda el mal pasto y la gente se vuelve loca por la soledad, las abstinencias o el alcohol, opté por quedarme callado.

¿Y a lo mejor no me iba poniendo medio chiflado?

¡No, no estaba loco! El epílogo de esta curiosa historia de un caballo en lucha contra un hombre me demostró que estaba en mi verdadero juicio.

V

—¡No ha vuelto Jackie! —dijo el segundo administrador bajo el alero de la pesebrera.

—¡Y anda otra vez con el alazán! —contestó un ayudante.

—¡Pero está convertido en un cordero! —dijo otro.

—¡Así estaba esa vez y casi lo liquida! —sentenció el segundo.

Caía la tarde fueguina, el ocaso prolongaba sus luces a través de la llanura, aureolando los suaves lomajes e incendiando en las lejanas vegas los altos pastizales.

El campañista había salido temprano con un recado para un puesto serrano y debía haber regresado a media tarde. Y no regresó ni en la tarde ni en la noche.

A la mañana siguiente me correspondió salir a campearlo.

El puesto quedaba en unas serranías volcánicas a más o menos diez leguas de la estancia. El puestero me informó que, efectivamente, Jackie le había llevado una orden de que repuntara las ovejas para dos días más tarde, y que después de almuerzo había partido de regreso.

Empecé, pues, a desandar el camino andado infructuosamente, mirando siempre a derecha e izquierda, ya que rastros no podía seguir en esa tierra cubierta por un coirón duro y raquítico.

A poco de galopar, volví riendas hacia las serranías y me dispuse a dar un gran rodeo a través de algunos cerros, con el objeto de hacer una búsqueda concienzuda.

En esta parte de la Tierra del Fuego terminan los últimos cordones de las cordilleras occidentales y empiezan las mesetas que van descendiendo hasta el borde del Atlántico, sucesivamente, en llanadas, vegas y dunas.

La topografía es curiosa: algunos pequeños lados entre hoyos cordilleranos, ojos de agua al fondo de precipicios, ancones, hoyas de paredones pétreos, le dan un aspecto sobrecogedor, como de comienzos del mundo. Ni un ave se divisa, y los caballos que son obligados por sus jinetes a cruzar por allí paran las orejas e inquietan el paso.

Desde la cumbre de los cerros lanzaba mis miradas hacia las partes bajas sin resultado alguno.

«El campañista pudo haber pasado por allí —pensaba— para observar algún paso desconocido o descubrir buen pastizal».

Ya quería dar por terminada la búsqueda, cuando en lo alto de una especie de meseta descubrí un caballo ramoneando entre unas matas negras, raquíticas. Era el Flamenco.

Ascendí rápidamente y me acerqué a él. No huyó, ni siquiera se movió. Estaba ensillado, sin las riendas, pero con bozal y cabestro.

Lo tomé de este último y lo até a mi pegual; en seguida lo contemplé cuidadosamente: tenía rastros de sangre en los ijares y la piel denotaba haber sudado.

Me desmonté, me puse frente a él y me quedé mirándole a los ojos.

A veces uno, sin quererlo, mira a los animales, a la naturaleza misma, como preguntándoles algo y ellos, al parecer, nos devuelven la mirada inexpresivamente, pero una corriente se establece, algo ocurre en nuestras mentes, una luz se mueve, y descubrimos lo que buscábamos, aunque no sea más que la paz de nuestra propia inquietud.

Al Flamenco pareció molestarle mi mirada.

En un contacto de pupilas le pregunté: «¿Dónde está Jackie?». Y sus hermosos ojos, otras veces vivaces, parpadearon sin responder; estaban apaciguados y como dos bolas de vidrio, opacas y sin expresión, flotaban evadiendo mi vista.

Monté y recorrí los alrededores con él del cabestro, sin encontrar rastro alguno.

La naturaleza tampoco respondía. Ni un presentimiento, ni una huella, ni una idea de donde pudiera asirme.

De pronto, me di cuenta de la presencia y gravitación de tres cosas: el caballo, la naturaleza y el silencio; los tres formaban esa soledad impenetrable; los tres unidos y asociados como los cómplices forman el triángulo de un crimen.

¡Ah…, pero nunca nuestros pasos van al azar!

Partí cuesta arriba para encontrar el fin de aquella meseta; pero al rato de andar me di cuenta de que la tierra se combaba y me desmonté para seguir a pie, ya que podría ser indicio del borde de algún precipicio que se desprendiera al menor peso sobre su superficie.

Luego, aquella cumbre se combó de tal manera, que indicaba su término. Me tendí y empecé a arrastrarme de bruces. Presintiendo que estaba cerca del borde, me apegué más a la tierra y repté como una lagartija, hasta que…

Tiemblo todavía al recordarlo: ¡Estaba al borde de un abismo! ¡Cerré los ojos angustiado y me agarré hincando las uñas en la tierra! En el cerebro se me produjo algo como el roce de un filo frío, como si una guillotina hubiera estado a punto de desprender mi cabeza del cuerpo y lanzarla en aquel vacío.

¡Aquello era un ancón, un cráter apagado, un precipicio, qué sé yo!

La atracción del vértigo debe ser como la del suicidio. Apreté los dientes como en

espera de un dolor intenso y abrí de nuevo los ojos. Esta vez pude ver mejor: estaba justamente en la arista de un precipicio, como si mirara dentro de un gigantesco barril, cuyas paredes, después de una brevísima capa de ripio, bajaban combándose hacia adentro, negras y relucientes como las paredes de un pizarrón, hasta el fondo, también liso y brillante; el fondo de aquel mortero fantástico era lo que no había visto en mi primera mirada y lo había confundido con el negro e insondable abismo.

¿Y Jackie?

Solo al final, cuando ya me había retemplado un poco la médula, distendido los nervios y el cerebro y ya no sentía ese filo torturante del vértigo, pude divisar abajo, justo en la vertical de mi mirada, un guiñapo medio color café, como el pellejo desvencijado de un perro grande. Era el campañista. Repté hacia atrás, y cuando me senté y volvieron a reajustarse mis sentidos me topé con otra extraña realidad: ¿Cómo cayó Jackie en ese precipicio?

El campañista no era curioso, y si hubiera llegado al borde del ancón, sus nervios habrían resistido más que los míos, pues era más fuerte.

¿Y el caballo, en su lucha con él, cómo pudo haberlo lanzado al fondo sin haber caído también él?

¡Solo que se hubiera retacado en una veloz carrera en el borde mismo del abismo; pero esa suposición se descartaba ante la reconocida firmeza de las piernas del inglésona!

¡Pudo haberse vuelto loco y lanzóse al abismo! ¡Pudo haberlo hecho sin enloquecer también, como otros hombres de esa tierra que han terminado sus días suicidándose de extrañas maneras!

Miré al caballo, a las lejanías y sentí otra vez la presencia de la soledad y del silencio. Nada. De nuevo estaban otra vez unidos los tres cómplices de aquel misterio.

VI

Ya era casi de noche cuando en el corral de tropilla contaba lo sucedido al segundo administrador: un escocés adusto y silencioso.

Teníamos delante al Flamenco, cuyos ojos se daban vuelta de vez en cuando a mirarnos.

Cuando terminé la narración, en que mencioné mis observaciones hechas desde la primera vez que vi al alazán, con su extraña mirada, contemplando el degüello de los potrillos en el corral de tropilla, y manifesté al escocés mi opinión de que ese animal había obrado casi como un ser humano, con la idea fija de la venganza, tuve temor de que aquel hombre no me comprendiera y me considerara un loco o un chiflado.

Me miró fijamente, intensamente, calándome a través de la semioscuridad que se

iba acentuando con la llegada de la noche. No dijo una palabra, ni un gesto reflejó su faz. Echó mano al cinturón, sacó un Colt de cañón largo, se acercó al alazán, apuntó a la cabeza, disparó, y el Flamenco se desplomó muerto en medio del corral.

El segundo me había comprendido.

El australiano

I

—¡Hoy debe llegar el nuevo capataz! —dijo Arentsen, estirando sus largas piernas frente al fogón, donde gruesas champones de turba encendida proyectaban una suave luminosidad de encantamiento en el cuarto invadido por las postreras penumbras de aquel día de nevada.

—¿Qué clase de bicho será este? —inquirió MacKay, mascando con sorna las palabras y la pipa, de donde se esparcían fuertes vaharadas de *octoroon*.

—La carta de la compañía —empezó explicando el contador, un inglés de las islas Malvinas, de pelo tieso y cara pecosa— dice que se llama Juan Larkin, que ha sido contratado por los representantes en Valparaíso, que viene del Canadá, que es australiano, y posee vastos conocimientos ganaderos adquiridos en las estancias de su patria, Nueva Zelandia, y el oeste americano.

—¡Caramba! —exclamó MacKay—. Vamos a tener que aprender, especialmente yo, que desde mis montañas de Escocia vine a enterrarme en estas pampas de la Tierra del Fuego.

Un prolongado silencio siguió a las palabras del escocés. La nieve caía afuera muy tupida; algún copo de gran tamaño aleteaba a veces en los vidrios como un pájaro ceniciento y se pegaba a ellos, cuajándose como una extraña y pesada lágrima, que acentuaba nuestro letargo y la melancólica vaciedad de nuestras mentes desocupadas.

Éramos cuatro hombres típicos de las estancias fueguinas: MacKay, el segundo administrador de la estancia Vaquería; Arentsen, un chileno hijo de noruegos, que hacía de capataz general; Stanley, el malvinero, y el que esto relata, chileno, y a la sazón capataz de la sección Las Curureras, de veinticinco mil animales, adonde había sido destinado el hombre que esperábamos. Esta sección de la estancia distaba veinte leguas de las casas de la administración y estaba situada en la parte montañosa de la inmensa isla, de donde había bajado a esperar al nuevo capataz.

Descansábamos los cuatro compañeros en ese tranquilo ambiente de hogar que adquieren las casas de empleados en las estancias magallánicas durante el invierno. Nos habíamos quitado los trajes de cuero y las botas, y puesto, en cambio, unos de franela, con rayas verticales, con lo que el tosco MacKay parecía más un presidiario fumando la cachimba de sus penas que un *gentleman* en reposo.

Sin embargo, esas ropas nos hacían olvidar un poco nuestra vida ruda, el batallar diario con hombres y bestias, y de cuando en cuando nos transformaban tanto, que hasta nos lanzábamos una cortesía que hacía fruncir el entrecejo al hosco segundo y sonreír con cierta tristeza al delicado Arentsen.

Hombre solos en la soledad, a veces llegábamos a odiar nuestros aperos campesinos; los lanzábamos lejos, y con una infantilidad que solo pueden comprender los que han vivido en esas desoladas tierras, nos poníamos el mejor traje que habíamos traído de la ciudad, varios años atrás, y nos sentábamos horas enteras frente el fogón, mirando y charlando como si estuviéramos en un bar o en un café en plena urbe, hasta que, aburridos de la farsa, nos íbamos a dormir pasada la medianoche.

—¡Cuando en los vidrios de este lado nieva, es seguro que cambia el tiempo! —dijo Arentsen, al contemplar un grueso cuajarón de nieve que empañó la ventana.

El silencio tupido de la nevada fue horadado de pronto por el lejano zumbido de un automóvil. A veces el ruido, que semejaba el de un poderoso avión, se atenuaba y reaparecía potente: eran los lomajes y hondonadas que lo mecían en su veloz rodar sobre la huella nevada.

De pronto, el ronquido invadió el recinto de la estancia, los perros ladraron desde sus casetas y un automóvil encapotado, cubierto de sogas y maletas, fue a frenar, jadeante como un animal cansado, frente a nuestra casa.

Stanley, el contador, se levantó a encontrar al recién llegado. Al rato los pasos de ambos resonaron en el corto pasadizo.

MacKay, Arentsen y yo esperábamos con cierta inquietud al desconocido; esa inquietud producida por la espera de un hombre que ha de vivir muy ligado a uno; pues un compañero de trabajo en la Tierra del Fuego es más que un familiar, que un amigo íntimo. Muchas veces se parte el propio pan en la angustia del hambre, se tesa el mismo lazo, se aligera la mano hacia el mismo cuchillo y la flaqueza de uno puede provocar la muerte del otro.

Casi en todo hay que formar pareja, desde la mañana a la noche, donde la envidia, la cobardía, el egoísmo, los pequeños grandes defectos no se pueden ocultar y es penoso tener que soportarlos.

La puerta se abrió y junto a Stanley apareció un tipo muy alto, delgado, de tez morena y ojos verdes, vestido de impermeable gris y botas de montar. Se inclinó con cierta cortesía, nos dio las buenas tardes.

—¡Míster MacKay! —dijo el malvinero presentando al recién llegado.

El segundo avanzó, pero en el momento de estrecharse las manos los dos hombres se miraron extrañados.

—¡Usted es…! —balbuceó el australiano.

—¡Sí, yo soy…! —balbuceó el escocés.

Las manos vacilaron y rehuyeron el saludo; desde la misma altura los ojos cambiaron miradas penetrantes y algo como un reflejo, como un hálito imperceptible y helado, pasó por las caras graves, de rasgos seguros, como pasan los lampos sobre la tierra seca.

El escocés mordió el caño de su pipa; el australiano fue el primero en recuperar las formas, y dijo:

—¡Excusadnos, ya nos conocíamos; el mundo es tan pequeño!

Tierra del Fuego es una tierra donde a menudo ocurren cosas extrañas. Donde se encuentra desde un húngaro hasta un japonés; pero este encuentro nos sorprendió sobremanera. Australia, Escocia, Tierra del Fuego, no son puntos muy a propósito para encontrarse. Pasamos al comedor y comimos casi silenciosamente; un ambiente embarazoso nos rodeaba. Solo Stanley hacía preguntas sobre el viaje, que el recién llegado contestaba con frases cortas, como si tampoco tuviera deseos de charlar.

Apenas nos levantamos de la mesa, el segundo dio las buenas noches y se dirigió a su habitación.

—Nuestras camas están en la pieza de huéspedes —indiqué a Larkin—. Usted puede descansar cuando quiera; mañana, después que saludemos al administrador, partiremos inmediatamente a Las Curureras.

Nadie habló más; bebimos un sorbo de whisky por el recién llegado y nos fuimos a nuestros respectivos lechos.

Stanley, en demasía curioso, trató de retenernos para decirnos algo; pero Arentsen lo cortó:

—¡Cierra el pico; hasta cuándo vas a aprender a estar callado! ¡Aquí nadie se asombra de nada ni de nadie; solo hay que tener los ojos bien abiertos y las manos listas!… ¡Ya todo se aclarará y, además, qué nos importa! —me dijo Arentsen al pasar.

II

Llegábamos a las cumbres del Campo Veintidós serpenteando por entre las matas negras. Los contornos de los cerros nevados se recortaban, sosteniendo entre sus vértices a pequeños lagos helados, como espejos suspendidos en medio de las montañas, de donde se levantaba el vuelo de algún flamenco asustado.

—Mi sección queda en plena montaña Carmen Sylva —dije a Larkin, que trotaba a mi lado—. Es mala para trabajar de a caballo, pero muy buena y tranquila para vivir. Las llanuras de la estancia, las vegas y dunas del Atlántico son monótonas en comparación con la variedad de sorpresas que esconden estas serranías, donde usted encontrará hoyos profundos, ojos de agua, extraños lechos de antiguos ventisqueros y hasta conformaciones pétreas que hacen pensar en los cataclismos de esta naturaleza.

Mi inglés era pobrísimo; a veces hacía sonreír a mi acompañante, que, a su vez, me contestaba en medio castellano, también muy precario.

—Usted seguramente va a quedar en la sección hasta la esquila —continué—, época en que se necesita gente entendida en los trabajos de la estancia.

—¡Ojalá no baje más a la estancia! —me replicó. Me extrañó el tono de confianza con que lo dijo. Seguimos largo trecho sin hablar.

—Galopemos un poco —dije, y di un rebencazo al carguero que llevaba las maletas. Iniciamos un galope largo. Mi compañero tenía muy buenos aperos: una montura australiana de grandes rodilleras y amplios faldones, y al anca, en vez de lazo, llevaba un hermoso látigo de cuero de canguro trenzado.

Cuando se galopa junto a un recién conocido se producen ciertas molestias, sobre todo al conversar. Ambos queríamos tomar conocimiento de nuestras personas y el movimiento de subida y bajada no lo permitía; aunque hablábamos de tarde en tarde, cuando lo hacíamos era desesperante: el galope de las cabalgaduras hacía saltar las palabras como ladridos; pero, cosa curiosa, nos entendíamos a pesar de ello.

Y así, entendiéndonos, fuimos haciendo la vida después en la sección Las Curureras.

III

Larkin era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, nervudo y enjuto; su cara alargada indicaba la mezcla de inglés y de autóctono australiano; ágil y recio, era increíble cómo este tipo, de apariencia física no muy fuerte, se curvaba como un bambú, tomaba por la quijada a los terneros o a una vaquilla y al primer cimbrón los lanzaba al suelo, donde los sostenía con la rodilla en los ijares hasta que llegaba la marca del fuego.

Montaba a la costumbre australiana, sin cojinillo y con las estriberas tan largas, que sus pies parecían alcanzar el césped.

Juntos hicimos todas las jornadas de primavera: rodeo y marca de los vacunos de consumo; rodeo y marca de yeguarizos cerriles; cuidado de las ovejas en parición, etcétera. Este hombre duro para el trabajo me aventajaba sobradamente.

En las estancias fueguinas no solo se es capataz por el título, sino que también, y con muy pocas excepciones, se desempeña este cargo por tener más capacidad en todo sentido.

Larkin venía a ser el segundo capataz de la sección y, a pesar de esta competencia natural de su trabajo, jamás rozó mi autoridad.

Sin esforzarse hacía el trabajo de dos hombres donde se le pusiera. Mientras nosotros tendíamos un animal, él tendía dos.

Traté de igualarlo, pero no pude. Una tarde en que rodé tomado de los belfos de una vaquillona que no alcancé a voltear, corrió velozmente en mi ayuda y después, jadeante, aspirando el humo de su Capstan semiapagado, me dijo:

—¡Perdona, che —«che» fue el primer dicho fueguino que adoptó—, tú todavía tienes los huesos blandos!

—¡Le salió bueno el gringo! —me dijo un día uno de los ovejeros.

—¡Qué va a ser gringo! —replicó el muchacho de tropilla, que demostraba cierta

instrucción—. ¿No le ve la cara parecida a la nuestra? Tiene las piernas más largas, no más. Un gringo no te iba a trabajar como él. Tenía que ser australiano, que dicen que son más o menos lo mismo que nosotros los americanos.

Con modestia, sencillamente, como si no quisiera hacerse notar, Larkin sacaba de vez en cuando a relucir cualidades extraordinarias de jinete y de hombre acostumbrado a suavizar la monotonía y la soledad con alguna prueba o habilidad campesinas.

Con gran pericia había amaestrado su tropilla de alazanes tostados, por medio del látigo australiano; mientras nosotros borneábamos la armada del lazo en la mañanas en el corral de tropilla, él, más rápido, hacía restallar su arreador a la manera de los domadores de leones y detenía en plena carrera al caballo elegido, el que se quedaba quieto para embridarlo. En casos en que no era obedecido, una lluvia de chasquidos en el hocico y en la grupa castigaba al rebelde hasta dominarlo.

Este látigo de cuero de canguro era para él lo que para nosotros el lazo y las boleadoras; pero, además, hacía verdaderas exhibiciones con su manejo. A veces, estando de humor, me hacía sostener en los extremos del pulgar y el índice una brizna o una pajita; se alejaba unos metros y con el flexible arreador empezaba a medir dos o tres veces la distancia, hasta que, de súbito, con un azote violento, hacía restallar el látigo, cuya punta terminaba en tres crines, y cortaba como una navaja la pajilla sostenida entre los dedos.

No conseguí jamás que bajara de la sección a la estancia.

—¡Déjeme, che; estoy muy bien aquí en la sección; cuando salga de ella será para irme a otras tierras! —me decía.

Una amistad severa, a través del trabajo, fue creciendo entre nosotros. Esa amistad estaba hecha en el esfuerzo, en la contienda diaria con la naturaleza, con las bestias y con los hombres; muy diferente a esa otra nacida en los mesones de los bares o en los placeres ciudadanos.

Desde las postreras noches invernales, en que llegó a la estancia, hasta esas tardes de comienzo de verano, relativamente tibias en esas latitudes, cuando regresábamos al tranco lento de nuestras cabalgaduras, habíamos cambiado mucho. Nuestros imperfectos castellano e inglés nos hacían comprendernos suficientemente.

Yo le narraba historias, leyendas y costumbres de Chiloé, del norte de Chile, mis viajes por el oriente ecuatoriano, y él, los extraordinarios relatos de los caballeros bandidos de la antigua Australia, las luchas heroicas de los campesinos con el dingo, el perro-lobo de ese misterioso continente, y sus correrías por el África del Sur, Canadá, Estados Unidos; siempre en los campos, enamorado empedernido de los ganados, de las huellas y las lejanías.

Nuestras charlas eran veraces, auténticas. ¿Quién, por lo demás, iba a inventar cuentos o novelas, si precisamente estábamos viviendo desde hacía cinco meses sobre el nudo más tenso de una novela hecha realidad: el extraño encuentro del escocés con el australiano?

Por lo menos la vivían los compañeros de la estancia y yo. Allá Arentsen le había cerrado el pico al malvinero con un «no te metas en lo que no te importa», y aquí en la sección jamás aludí ni pensé aludir a aquel extraño encuentro entre MacKay y Larkin.

Por eso me sobresalté bastante esa mañana de sábado cuando le dije a Larkin:

—¡Oiga, hace más de un mes que no veo más caras que la suya y las de nuestros ovejeros. Tengo necesidad de ir hoy a la estancia a experimentar la sensación de que hay más gente en el mundo!

Y él me contestó:

—¡Yo también, che!

—¿Cómo, usted baja también?

—¡Sí, he cambiado de opinión!

Hicimos traer nuestros mejores caballos, el Nene, un zaino media sangre, crédito de mi tropilla, y el Reno para él, un alazán tostado al estilo del oeste americano.

Lustramos nuestras botas, escogimos los mejores aperos, y al salir de nuestras piezas vi que Larkin descolgaba su Colt de la pared, revisaba la carga y se lo colocaba al cinturón.

—¡Para qué lleva revólver! —dije—. Nuestro camino es el más pacífico que hay; yo apenas si llevo un cuchillo descuerador por si encontramos algún animal tendido.

—¡Lo único que conozco es usted y los campos de la sección, y la vida me ha enseñado que este es un buen busca caminos! —me replicó, tanteándose el revólver.

«Bien —me dije—, a mí me han enseñado que no debo entrometerme en los asuntos de hombres adultos y sensatos».

Fue el último viaje que hicimos juntos y por eso, tal vez, lo recuerdo tan patéticamente.

Partimos con nuestros caballos relucientes y briosos. El Nene era un zaino que solo montaba en las grandes ocasiones; corredor y resistente, con una leve presión de las piernas partía como un rayo. El Reno era más fino y delicado; una muesca en la oreja derecha indicaba su procedencia de uno de los padrillos de purasangre.

Al descender a las llanadas de la estancia, una brisa suave peinaba los pastos brillantes; en algunas vegas, donde el pasto coirón no dominaba con su tiesura de liquen, los prados estaban sembrados de pequeñas margaritas blancas y otras florecillas que se atreven a asomarse en estos climas duros. Sentíamos el fluido enervante de la plena primavera; los músculos palpitantes de nuestros corceles, nuestra sangre gruesa que quería estallar por los dedos y una sensación de juventud y fuerza que nos hacía aspirar a pulmón lleno, daban deseos de galopar hasta el infinito.

—Nunca he probado al Nene con el Reno —insinué—. Me parece que el zaino puede ganar en tiro corto y el alazán en largo, pues es hijo del mejor padrillo que ha tenido la estancia.

A Larkin se le llenó la faz de júbilo. Estábamos de fiesta.

—¡Apostemos una botella de King George y para que nadie lleve ventaja

corramos quinientos metros! —propuse.

—¡Aceptado! —me contestó Larkin.

Cuando se tienen unos kilos de peso, es peligroso hacer correr un caballo a toda fuerza; se necesita cierta maestría y un poco de valentía, por lo que una carrera es siempre un espectáculo emocionante.

Calculamos la distancia hasta una piedra blanca que quedaba al borde del camino y nos dispusimos a partir a la inglesa, sin la clásica convidada criolla.

Estábamos parados, cuando, de pronto, al unísono, gritamos: «¡Yaaa!», y partimos.

El zaino dio un poderoso salto de partida, sacando medio cuerpo de ventaja sobre el alazán tostado; me agaché sobre el cuello del animal y a los cien metros empecé a rebenquear de derecha a izquierda, sin perder un vaivén. Luego este medio cuerpo aumentó a más de uno.

A Larkin no lo veía, solo sentía el resoplar de su caballo detrás del mío; a media cancha, este resoplido empezó a pisarme los garrones. Una docena de metros más y lentamente el resoplar estuvo a mi lado. Entonces se entabló una fiera lucha entre bestias y hombres.

El zaino hacía retumbar la tierra, pero el alazán tostado se estiraba como un galgo y en cada estirada su cabeza se adelantaba sobre la paleta del zaino.

Larkin gritaba como no lo había oído nunca junto al oído de su caballo, pero ya estábamos sobre la piedra, la que crucé con un pescuezo de ventaja sobre mi contrincante.

—¡Corrimos fuerte! —me dijo agitado.

—¡Unos metros más, y la clase del Reno se impone! —le contesté.

IV

—¿A qué lado corrió? ¡Al derecho! ¡Ah, por eso perdió; no conoce a este criollo que se la ha jugado! —exclamaba riendo Arentsen, en el comedor chico, mientras nos bebíamos la botella de whisky de la apuesta.

A veces nos daba por matar con el alcohol la angustia de la soledad y otras cosas que sobrevienen a los hombres que pasan meses y años sin ver mujer. Bebimos esa noche hasta embrutecernos. Uno a uno nos fuimos retirando a nuestras piezas, ebrios, hasta que en el comedor quedaron solo Larkin y MacKay.

Mis miembros estaban embotados, pero mi cabeza, un tanto lúcida aún, me hizo recordar el encuentro de estos dos hombres, y como mi pieza quedaba frente a la puerta del comedor, dejé ambas puertas entreabiertas.

Me dominaba un oscuro presentimiento; en este presentimiento mis simpatías estaban con Larkin. Desde allí podía intervenir oportunamente en caso de que hubiera

peligro.

Los miraba un poco aturdidamente y así los vi levantarse de pronto, tomar cada uno un vaso, llenarlo, beberlo y quedarse con él en la mano, apoyados en cada extremo de la mesa, como si fueran dos caminantes detenidos para descansar o conversar apoyados en sus bastones.

Y empezó una conversación extraña, dura pero no airada. Lo que no se percibía, sino que se oía un murmullo, como un riachuelo en el bosque, de aguas deslizándose en lecho de lajas.

A veces hablaba uno largo y el otro callaba; otras se trenzaban ambas voces o se interrumpían de pronto, dejando un vacío medio helado para levantarse de nuevo un murmullo monótono.

Mi mente se escapaba a descansar a ratos, y a ratos se inquietaba sobremanera pensando. ¿Se habrán avenido? ¿Qué es lo que separa a estos hombres venidos desde tan lejos a estas soledades? ¿Solo ahora se lo explican?

El tono de las voces era terriblemente opaco, no sugería nada.

En ocasiones dormitaba y al despertar volvía a encontrar la presencia de las voces y los veía en su posición de caminantes detenidos, con las manos apoyadas en el vaso de whisky como en el pomo de un bastón. Mi mente los asía y los soltaba como a los rostros perdidos en el agua.

«¡Vamos! Estos compadres están listos con el whisky», me dije, y me eché a dormir decididamente.

V

Cuando uno se despierta de una borrachera, es como si resucitara, y creo que los que no son viciosos beben a veces para morir y renacer, variando así con estas etapas la monótona continuidad de la vida.

Es realmente un volver de la tumba: los huesos y las uñas duelen como si se hubiera escarbado la tierra, en los párpados se envuelven telarañas de sueño y en los labios se siente un regusto a eternidad.

Al despegarme de todo esto, mi primera impresión fue que el escocés y el australiano seguían conversando, y hasta me pareció oír de nuevo el sufrimiento de esas voces trenzadas en un diálogo sordo y monocorde; pero en el comedor chico solo había una fría y lacerante luz de madrugada.

«Se habrán ido, por fin, a acostar, borrachos», me dije.

Sin embargo, me levanté rápidamente, con el deseo de verificar cuanto antes esa suposición.

Pasé por el comedor; las botellas estaban junto a los vasos vacíos, en cada extremo de la mesa. Fui a la pieza de MacKay, golpeé, nadie contestó; la sala estaba

vacía; en medio de ella, la ropa de casa que había sido cambiada por la de campo.

Larkin tampoco se hallaba en la pieza de huéspedes.

Los demás dormían profundamente. Abrochándome el chaquetón de cuero, atravesé los cercos y me dirigí al corral de tropilla de la estancia.

En la pesebrera faltaban el Reno y el caballo del segundo. Ensillé con rapidez mi zaino, monté y partí.

Por sobre el cuello del animal observé los rastros: seguían por el camino público y luego se internaban pampa adentro; los rastros de los dos caballos iban siempre juntos.

La hendidura pronunciada de los cascos sobre el pasto me indicó que habían iniciado un fuerte galope, ascendiendo por un faldeo y dirigiéndose hacia una meseta.

Hacia allí tendí entonces el galope de mi cabalgadura, bajo la impresión de una molesta certidumbre.

El zaino se dio cuenta de mi apuro y trepó a saltos, como un guanaco, por las laderas de la meseta.

Inútil fue este empeño; cuando ya estaba casi al borde del terreno plano, oí dos detonaciones que quebraron la tranquilidad de aquel lugar.

Detuve al animal, algo se desplomó en mi interior y abandoné las riendas, decaído.

«¿Por qué no galopé desde un principio? ¡Hubiera llegado a tiempo!», pensé con honda amargura.

Después de los disparos que fueron casi simultáneos, un gran silencio invadió de nuevo el campo y un pensamiento más egoísta me removió: «¿Quién habría caído?».

Ante esta inquietud, recogí las bridas, espoleé y ascendí a la planicie.

No olvidaré jamás el cuadro que me esperaba: Larkin estaba junto al Reno, de pie, con los brazos cruzados sobre la montura, la cabeza afirmada en ellos y la mirada puesta en las lejanas sierras de Carmen Sylva, doradas por el sol que en esos instantes emergía por oriente; daba la impresión de haber galopado un largo camino y de haber llegado al cansancio o la paz al término de él. MacKay yacía de espaldas en el suelo; su nariz aguileña sobresalía extrañamente del rostro y una pistola niquelada brillaba, como una cantárida, en su mano crispada; el caballo, indiferente, pastaba a unos metros del cadáver de su amo.

Todo esto estaba aureolado con la luz de los rayos del sol naciente, que cruzaban casi horizontalmente la meseta, atravesando los pastos.

Sobrecogido, avancé al tranco del caballo. Larkin estaba tan abstraído, que no me sintió; desde el caballo tuve que ponerle una mano en el hombro para que se diera cuenta de mi presencia.

Dio vuelta la cara demacrada. Sobre ella habían caído un par de años más.

—¡Nos batimos —me dijo—; él apuró un poco el último paso; disparó primero, pero erró; yo tuve más suerte!

—¡Vamos —le dije—, monte rápido: alcancemos hasta la sección; allá usted

cambiará la montura a un caballo de mi propiedad y esta misma noche puede cruzar la frontera hacia Chile; cuanto antes, mejor!

—¡Oh, no; yo respondo de lo que hago! —me contestó.

—¡Obedezca! —le grité con energía—; ¡aquí no se entiende de duelos; usted mató a un hombre; no tiene dinero para sobornar a la policía y, por lo tanto, si se queda tendrá que caer en las mazmorras de Ushuaia!… ¡Andando! —ordené, y pasé a cerrar las mandíbulas al cadáver de MacKay, le cubrí la cara con mi sombrero, puse maneas a su caballo y en seguida partimos al galope hacia la sección.

Llegamos sin cambiar una palabra. Los caballos estaban sudorosos. Hice traer un malacara de mi tropilla particular para el fugitivo y yo monté en el refresco que encontré más a mano.

Mientras él se ponía algunas ropas de lana y cuero, yo me abastecí de chuletas de capón, pan y whisky, y partimos de nuevo en dirección a la cordillera fronteriza, cortando campos y vadeando ríos sin fijarnos en peligros.

Por suerte, la luna casi llena ascendió sobre los montes.

Pasada la medianoche, avistamos en un cerro la silueta geométrica de un hito demarcador de la frontera argentino-chilena; luego otro y otro, hasta que por fin llegamos a la frontera.

Usando uno de los hitos a manera de mesa, hice un ligero plano de los caminos que debía seguir Larkin.

—¡Bueno —le dije sonriendo—, ahora está usted en Chile, en mi patria, y para celebrarlo, antes que nos despidamos, comamos algunas chuletas y bebamos un trago de whisky!

Nos desmontamos para hacerlo.

Entregué a Larkin el resto de la comida, la botella, y nos dispusimos a separarnos. La luna en esos momentos avanzaba brillante; esa luna austral de la Tierra del Fuego, grande y extraña, que rueda por un cielo muy combado como un lento andarivel con su capacho de diamante tan lento, que a veces la mañana lo sorprende a medio camino en viaje a otras doradas minas del ocaso.

Montados, nos miramos un instante. Yo estaba sereno; en cambio, bajo el ala del sombrero de Larkin ocurrió algo…

—¡Bueno, che, gracias! —me dijo, alargándome la mano.

Nos estrechamos las manos brevemente, y un «¡hasta la vista!» fueron nuestras últimas palabras.

Siempre que me gana demasiado en sentimiento ando contra la corriente: esta vez me dije una grosería egoísta que no sentía: «¡Perdiste caballo y amigo. Vas bien, aparcero. Es mejor que no salgas de tu rancho!», y partí a galope tendido hacia la sección Las Cururreras.

VI

Algunos meses después, en los momentos de partir a un rodeo, llegó un chasque con la correspondencia de la estancia. Entre las cartas venía una dirigida a mí, con letra gruesa y una estampilla extraña. La abrí; era de Larkin. Me escribía desde un lugar de Sudáfrica.

Después de recordar medio en inglés y medio en castellano los tiempos pasados en la Tierra del Fuego y su escapada, terminaba así:

Estoy aquí, che (usted se va a reír), comerciando en camellos; los compro en el sur y los voy a vender al interior del África.

Me va bien; si no fuera así no le enviaría estas libras de papel equivalentes más o menos al valor del malacara que me facilitó y que vendí en Río de Oro a un tal Antúnez, a muy bajo precio, para que usted lo rescate algún día.

Véngase, che, trabajaremos juntos acá. Esa maldita tierra no es para usted; no vale la pena vivir como las piedras en un solo lugar.

¡Ah…, mire; esta carta tiene otro objeto principal y es agradecerle una cosa: que jamás me haya preguntado, durante mi permanencia a su lado en la sección, ni durante mi fuga, la causa del odio y del duelo con MacKay!

En la guerra del 14 nos encontramos en Gallipoli; yo en un regimiento de caballería australiano y él en un cuerpo de infantería escocés; pero, mi buen amigo, el asunto no tiene importancia: fue una cosa oscura, entre hombres, que empezó en Gallipoli y fue a terminar en Tierra del Fuego.

Su amigo,
Larkin

El páramo

I

El grito de un pequeño guanaco herido restalló en la soledad del páramo, rasgó el silencio impresionante que dominaba en el desamparado lugar, hizo estremecer hasta las hojitas de las matas negras y se perdió como el eco de un llanto por las lejanías arenosas.

—¡Ah, chulengo maldito, no vas a dejar dormir esta noche! —exclamó don Pedro Barría, nuestro viejo capataz de arreo, deteniendo una punta de ovejas que se había asustado con el alarido.

Era la primera noche que pasábamos en el páramo. Conducíamos un piño de cuatro mil ovejunos desde la estancia chilena San Sebastián, de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, hasta la estancia argentina de Río Cullen, de la Sheep Farm Patagonia; más o menos veinticinco leguas de tierras áridas y desoladas, que se extienden desde la pequeña cordillera Carmen Sylva hasta el final del páramo, extraña forma geográfica esta última, en la costa oriental de la isla Tierra del Fuego.

En enero, en esa latitud, la noche no dura más de tres horas; así es que apenas la oscuridad empezó a subir como una marea negra del Atlántico pampa adentro nos desmontamos los cuatro ovejeros, sacamos de los caballos cargueros los corrales de aguante (redes semejantes a las de pescar), los extendimos apoyados verticalmente en estacas de madera, encerramos el piño y cada ovejero puso un perro de guardia cerrando la V que formaba el corral; guardia que después de merendar debía ser relevada por los mejores perros de los tres que cada uno llevábamos, para cuidar la majada hasta el amanecer.

Don Pedro, nuestro capataz, echó un vistazo a los corrales; Lara, con el característico silbido de los campañistas, que también lo había sido, fue a dar agua a la tropilla y a dejarla en algún rincón de buen pasto, si es que pudiera encontrarlo en aquella árida llanura; el escocés MacBeans, con su cara de perro flaco y su cabellera de conejillo deslavado por la intemperie, empezó a levantar la carpa para guarecernos del viento del oeste, eterno compañero de la estepa fueguina; y yo me dediqué a los menesteres que la ley campesina me imponía por mi poca edad: preparar las paletas de cordero para el asador, hacer fuego y buscar agua para el mate.

II

Éramos cuatro tipos característicos de la Tierra del Fuego: don Pedro Barría,

cincuenta años curtidos por la nieve y el viento de las estepas, cara colorada y morena, ojos café veteados de sangre por la ventisca, bigotes gruesos, cerdudos, con las puntas hacia abajo, que chupaba con una peculiar remolineada de lengua, como el toro que coge el tierno pasto de las vegas, en los momentos en que la vida trataba de echarle un peal. Era por sabiduría y reciedumbre el mejor capataz de nuestra estancia. Agustín Lara tenía gran cuerpada; de campañista y domador había pasado a ovejero, por su temperamento tranquilo y bondadoso. MacBeans correspondía a ese tipo de emigrado escocés medio salvajón, ingenuo, noble y tacaño, que es propio de las estancias magallánicas; tocaba muy bien el acordeón, y cuando nos dábamos algunos atracones de whisky, como buen *highlander*, entonaba melancólicamente, con un tono gangoso, canciones de sus lejanas tierras.

Y yo era uno de esos bribonzuelos de dieciocho años que había disgustado a la familia, metídose en un regimiento, donde un sargento de ametralladora montada le había endurecido un poco el lomo, y después largo campo afuera, a las estancias, de aprendiz. Eso era en esta época, aprendiz, o lo que despectivamente llaman en jerga inglés-patagónica un jackeruse, uno que sirve para todo: medio peón, medio ovejero, alambrador, etcétera; es decir, pasa por todos los oficios para llegar a ser, andando el tiempo, capataz de peones, capataz de ovejeros, de sección, de estancia, y si la suerte lo acompaña, hasta administrador.

Son pocos los que sufren la prueba; los más arrancan antes del año o vuelven al pueblo con una costilla menos, un hombro afuera o una pierna quebrada.

III

—El pueblero no sabe nada del calor del fuego ni conoce la lindura de una fogata —dijo Lara, como dirigiéndose a mí, que, a pesar de mi año de campo, siempre era considerado el más cercano a la ciudad.

—Los jackeruse saben de los fuegos de Bengala —habló MacBeans, con su sonrisa burlona, soslayada, pero carente de maldad.

—¡Y los escoceses, de las guanacas, para ahorrarse el galopón y lo demás en Río Grande! —retruqué, casi desmedido, con cierta soberbia que no alcancé a frenar.

—¡Ah, pichón de capataz, hablas golpeado; espera sentado un perro el día en que te vean maneado! —profirió el escocés, aludiendo a sus buenos perros y a los apuros de que muchas veces me había sacado, mandándomelos en ayuda, ya que los míos eran disparejos, pues en el año de campo solo había alcanzado a formar dos cachorros, aún locos: el Envido y el Truco, además de dos perros viejos: el Ben y el Don Óscar, que había cambiado por unas estriberas y una carona a un viejo húngaro que pasó por la estancia.

Pronto el asado estuvo listo; don Pedro dio la señal sacando su afilado Eskilstuna

y cada uno cortó la presa de su preferencia.

Pan llevábamos en los tientos; pero don Pedro no abandonaba su costumbre chilota de enterrar algunas papas en la ceniza, y pronto el harinoso tubérculo y la jugosa carne saciaron nuestra hambre.

Luego dimos de comer a los perros, nos sentamos alrededor del fuego a consumir unos mates, y nos fue invadiendo esa paz inexpresable, melancólica y a veces angustiosa que sobreviene a poco de entrada la noche en los desiertos, en las pampas y en las estepas fueguinas, donde ni un ave ni un insecto rozan el silencio y la soledad.

IV

El páramo es el lugar más desolado e impresionante que he conocido en el extremo sur de América. Son, como dije, veinte leguas de tierras áridas que orillan la costa atlántica de la Tierra del Fuego; veinte leguas de largo por unas dos de ancho; la vegetación es escasísima: mata negra, que es la planta característica de la zona, briznas y líquenes que crecen entre la arena y el fango gredoso.

La playa es gigantesca y tiene mareas extrañas; el mar sube varios kilómetros hasta el borde mismo de la pampa y se retira replegándose como una masa de aceite. Deja al descubierto un lecho de limo bituminoso, hostil y traicionero, donde ni las aves cansadas se atreven a posarse. De vez en cuando, alguna manada de focas se recuesta en las orillas arenosas o alguna ballena enferma para morir.

Todo parece estar muerto allí, o ser el comienzo o término de un extraño planeta; pero lo más raro es la lengua de tierra, arena y piedra que se interna extraordinariamente mar adentro: el páramo, curiosa y delgada prolongación de la tierra en el mar, da su nombre a toda esa zona costera.

El viajero que por primera vez atraviesa la Tierra del Fuego y llega a esa parte del Atlántico se encuentra con que en el medio de él hay una isla que no figura en las cartas, pero sus ojos se vuelven más asombrados aún, cuando descubre que la isla se va prolongando en un delgado lomo blanco para efectuar un círculo antes de conectarse con la costa de la Tierra del Fuego. Dentro de este brazo queda una gran bahía.

En mis solitarias correrías por las vegas y acantilados, al norte del cabo Domingo, persiguiendo con mi caballo las manadas de guanacos, en días luminosos y de calma marina, había descubierto la extraña formación de tierra. Una vez, por el lado de la estancia Sara, llegué hasta frente a ella, pero un acantilado que caía a pique en la hondura del océano me detuvo, y también me detuvieron dos o tres esqueletos gigantescos de ballenas, calcinados, entre cuyas costillas, como las de un navío en construcción, no pude hacer entrar mi caballo atemorizado, y también algunas

osamentas de focas, delfines, elefantes marinos, etcétera; pero, por sobre todo, lo que no me dejó avanzar fue aquel silencio impresionante, esa sensación de encontrarse fuera o al borde de un mundo, en una costa donde el océano está paralítico, estancado, y hasta los monstruos marinos, las aves, los guanacos mismos solo van para morir. Creo que he sido el primer hombre que ha pisado este pedazo de mundo muerto, pues ningún ovejero igualaba mis deseos de vagar, por lo que jamás habrían cruzado todas las alambradas y dunas para llegar hasta los linderos de este trozo de planeta incrustado en la mitad de la costa oriental de la Tierra del Fuego.

V

Una luna como una casa incendiada empezó a levantarse detrás de las lejanas serranías de Río Cullen y a inundar la llanura con una luz enrojecida que iluminaba el mar y el lomo blanquecino del páramo que avanzaba veteando al océano.

—¡En esta parte empieza a terminar el mundo, la tierra se va haciendo cada vez más chica, como el poto de un huevo, y por eso la luna aparece tan grande y las estrellas tan cerca, como si fueran a caer sobre nuestras cabezas! —dijo con cierto aire sentencioso don Pedro, pasándole el mate a MacBeans—. Y más al sur —continuó—, por Navarino, donde viven los yaganes, tierras que recorrí en mi juventud, ya empiezan a verse luces extrañas en las tardes y en las alboradas: las corrientes cambian de golpe su curso, las brújulas bailan, los imanes no sirven y hasta los mejores marinos se pierden.

—No hemos vuelto a escuchar el grito del chulengo herido —dijo Lara.

—Y ojalá no lo oigamos más —replicó el capataz.

—¿Por qué, don Pedro? —inquirió el escocés.

—Nada de historias, amigo Mac; usted quiere desabarme, pero no le aguanto; estamos cansados y nos morimos por echarnos sobre los cueros.

Hubo un silencio en torno a la fogata; una punta de brisa suelta hizo lengüetear la llama; la luna se iba achicando a medida que avanzaba en el espacio, y su claridad alumbraba en forma tan extraña el páramo, que parecíamos estar sentados al borde de otra luna.

El silencio no se prolongó más. Don Pedro era parco en palabras, pero en las noches de arreo, veterano de las huellas fueguinas, cada recodo le traía un recuerdo y le agradaba narrarlo, sobre todo a nosotros los jóvenes.

—A veces creo que este páramo está maldito o embrujado —empezó el viejo capataz, con parsimonia.

Yo, que ya había recogido parecidas experiencias en mis galopadas solitarias, lié un grueso caporal de hoja y me dispuse a pitarlo, escuchando la voz de la experiencia.

—Yo no creo en brujos —continuó don Pedro—; eso está bueno para la gente de

tierras más benignas; aquí el viento que arrastra piedras no dejaría brujo en pie; la llanura los descubriría desde lejos y en invierno morirían congelados o aplastados por una tempestad de nieve. No hay cabida para hechicerías aquí; la tierra es demasiado fiera y el hombre está endurecido para novelerías.

»Sin embargo, este páramo, que solo es visitado por los guanacos en la parición y por las lobadas, es tan rato y de hechura tan triste, que si no está embrujado, por lo menos está maldito.

»Aquí han pasado cosas muy malas —continuó el capataz—. En mi juventud me perdí una noche que galopaba en busca de la sección de Río Cullen. La noche entera vagué entre arenales. Cuando subió la marea, algunos animales marinos llegaban a bufar hasta en las patas mismas de mis caballos, que disparaban asustados. Les juro que haría semanas que no probaba una ginebra y me sentí como borracho; no estaba enfermo y sentí fiebre. Así pasé toda la noche, hasta que al amanecer descubrí que había estado solo dando vueltas frente a la casa de la sección, que apareció casi en mis narices.

»Y si dije que ojalá no oigamos más el grito del chulengo herido, es porque años después, arreando un piño como ahora, escuchamos el mismo alarido una noche, y Santibáñez, un mozo joven del norte, montó a caballo y lo siguió para sacarle el cuero, pues en esta época en que vienen tantos chulengueros, algunos lerdos no aciertan bien el rebencazo en la cabeza del guanaquito y este queda herido en el campo con ese grito tan feo, que parece el llanto de una guagua. Pasó toda la noche y Santibáñez no regresó; al día siguiente salimos a buscarlo, y por la manta y el sombrero supimos que se lo había tragado una cangrejera, una de esas que, por debajo de las dunas, tienen comunicación con el mar.

»Muchos cazadores jóvenes, siguiendo el grito de los guanacos heridos, en las noches han perecido del mismo modo.

»Pero eso no es todo —prosiguió don Pedro—. Hace años llegó al puesto del cerro Redondo, el único que existe en la mitad del páramo, un tipo alto, que se decía norteamericano, muy amigo del comisario. Estuvo de puestero dos o tres años, daba alojamiento a los que venían a chulenguear y pasaba por ser un hombre bueno y dadivoso.

»Durante esos años aumentaron las víctimas del páramo; muchos cazadores se perdieron… hasta que uno descubrió la treta: el tipo los asesinaba para robarles las pieles y los sepultaba en las cangrejeras; había hecho casi una fortuna, que no le sirvió de nada, pues la aprovechó ese uno, su posible víctima, que le ganó el “quién vive”, lo degolló una noche, lo regó con parafina y le prendió fuego al puesto para despistar con el incendio…

La luna empezó a enhebrar una madeja de nubes que arreaba el viento alto, y mientras se entretenía en ello, disminuyó la luminosidad y el páramo se empavonó de negro.

Como si hubiera estado esperando ese instante de negrura, el alarido lacerante del

guanaco herido se elevó de nuevo en la lóbrega vastedad y se perdió con el mismo temblor que la vez anterior, desgarrándose en dos tonos, como una cinta, mitad llanto humano, mitad grito de bestia.

—Estos malditos traen mala suerte, será mejor que nos vayamos a echar sobre los cueros —dijo Lara, y prosiguió—: Usted, pues, don Pedro, como es medio veterano, duerme lo que apenas dura una noche de verano, pero nosotros seguimos de largo.

La rubia andariega de los espacios terminó de enhebrar la madeja de nubes con su hilo diamantino, y de nuevo la paz blanca del páramo renovó su encantamiento.

Cada cual extendió sus aperos: los bastos de cabecera, el cojinillo, el sobrepuesto, los peleros y hasta la carona en el suelo, y nos enfundamos en las gruesas mantas de guanaco, cara al cielo, con ese desasosiego y tranquilidad que dan las noches de campo afuera.

Yo me acomodé para dormir debajo de una mata negra, pero las estrellas pasaban sus hilitos de luz entre los tallos y me prendían los ojos cargados de sueño; puse entonces el sombrero sobre mi cara y me quedé dormido con la última visión de una estrella que se fue haciendo agua, jugando entre mis párpados.

VI

Un cuerpo blando se movió de pronto al otro lado de la mata negra y algo así como un polvillo de arena me rozó la cara. Atisbé y descubrí, casi confundido con la oscuridad de la noche, un puma gigantesco echado junto a mí; pero no me atreví a respirar. Pero, ¡diablos, esto no es un puma, sino un avestruz enorme que me asfixia con su plumón!… ¡Qué extraño, en la Tierra del Fuego no hay pumas ni avestruces! … ¡Ah!, no, es una foca, una gran foca que se me acerca, ¡caramba!…; pero si yo también estoy flotando en el mar del páramo, en el mar de betún, quieto, espeso, y no puedo nadar y la foca se me acerca con las fauces abiertas, los colmillos relucientes… No puedo contener un grito que se me sale de adentro, un grito inmenso; pero no, el grito no es mío… es de la foca, de un chulengo herido, ¡no, tampoco! ¡Dios mío, es el aullido de mi perro, de mi buen perro Ben, un aullido de dolor desgarrante!

El aullido pareció arrancarme el corazón, se filtró por mi cabeza, y me tiró de los cabellos… Entonces desperté de la terrible pesadilla, dando manotones en la mata negra. Pero no bien me había repuesto de aquel mal sueño, cuando sentí que el aullido de mi perro era real, que su grito de dolor era auténtico, angustioso y agónico.

De pronto, el aullido se extinguió. Don Pedro, MacBeans y Lara se habían puesto de pie de un salto y se miraban asombrados.

De súbito, vimos que una punta de ovejas corría campo adentro, que la tropilla disparaba despavorida, que el piño se arremolinaba y que la red del corral de aguante era arrastrada por una fuerza poderosa, mientras los perros corrían en todas

direcciones, tratando de contener la animalada.

Todo esto ocurrió en un instante; en un instante también Lara desató las maneas del caballo guardiero, le puso las riendas y partió a pelo a rodear la tropilla; MacBeans y yo tentamos nuestros cuchillos incrustados en la caña de la bota, y don Pedro extrajo de entre sus pilchas su viejo Winchester del 44, que jamás abandonaba en los arreos.

Nos internamos en dirección adonde tironeaban la red. Caminábamos serenos, preocupados solo de la causa de tan extraño accidente.

—¡Esto no está en mis libros! —profirió don Pedro.

La luna se había corrido hacia las cordilleras de Carmen Sylva y la aurora austral empezaba a pintar de violeta el lejano lomo del Atlántico.

Avanzábamos con cautela, cuando al llegar al borde de un zanjón, don Pedro levantó la carabina y nos detuvo, gritando: «¡Cuidado!».

Los tres quedamos estupefactos: en el fondo del zanjón, con las fauces abiertas y los enormes colmillos reluciendo, tal como lo había visto en el sueño, un monstruo blanco de más de cuatro metros de largo nos esperaba envuelto entre las redes del corral de aguante. A su alrededor había seis o siete ovejas muertas y mi perro Ben, abierto de una dentellada.

—¡Es una foca blanca! —dijo don Pedro, y repitió—: ¡Esto no está en mis libros! Hay que tener cuidado; estas tienen muy buena puntería y con el hocico tiran piedras con mucha fuerza.

El capataz, baquiano en la caza de lobos, se puso al flanco del animal, buscó el punto vulnerable y disparó.

El eco de la detonación resbaló por las lejanías. La bestia marina se incorporó sobre sus aletas traseras, la piel tersa y blanca relució cual un mármol; su pecho, con dos prominencias como senos de mujer, se irguió poderosamente; en un instante semejó la escultura de una diosa griega; bella y monstruosa, iluminada por las luces de la luna y del amanecer; movió la cabeza; destapó los grandes belfos, un ronco bramido pareció hacer temblar el páramo y se desplomó entre los estertores de la muerte.

Me acerqué al cuerpo de aquel hermoso ejemplar. No pude contener el deseo y le pasé la mano por la suave y sedosa piel. Después recogí el cuerpo de Ben, hice un hoyo entre las piedras y le di sepultura.

Palo al medio

I

El sol reverberaba sobre los pastizales de coirón como en un mar gris amarillento, apenas rizado por la leve brisa de la mañana de verano. El joven avanzaba por las suaves hondonadas al galope de su caballo alazán.

Germán Vásquez nunca había sentido, como en aquella mañana, la sensación de juventud y vida que venía de los pastos, del cielo azul y brillante, del sol directo y, sobre todo, del vigoroso andar del Chico, un hermoso alazán de regular alzada, tres patas blancas y un lucero en la frente. Una especie de poni, de galope extendido y elástico, señalado delicadamente, con tranquilo placer, sin el alboroto fanfarrón de los redomones de su edad.

La liviana montura inglesa permitía sentir el juego de los músculos de aquel lomo de animal joven, aprisionado entre las piernas del jinete, y una corriente sensible de vida se establecía entre el hombre y la bestia, cual si hubieran nacido juntos para galopar siempre hacia esos iluminados horizontes de las llanuras fueguinas.

De vez en cuando el jinete se detenía en lo alto de una loma, se alzaba sobre los estribos, recorría la lejanía con la mirada, acariciaba con la mano la llameante melena del alazán y volvía a galopar.

«A pesar de todo —pensaba—, esta Tierra del Fuego no es tan dura. Sus inviernos son cerrados de nieve, pero sus veranos, aunque breves, están abiertos de luz; el sol es sol y no ese farol amarillento que rodea la llanura cansadamente».

Se sintió atraído por la tierra. Los nacidos en la isla, quienes vivieron mucho tiempo en ella, vuelven allí a dejar sus huesos al fin de la existencia.

Se le vino a la memoria el conocido caso del viejo Mackenzie, carrero de la estancia Herminita, que habiendo heredado una cuantiosa fortuna en Escocia, colgó las riendas para ir a gozar de sus riquezas en su patria; pero al cabo de dos años apareció de nuevo en la Tierra del Fuego y terminó sus días de viejo recorriendo las llanuras orientales de la isla, en dos caballejos tan blancos como sus barbas.

Él hacía varios años que se había venido de la ciudad de Punta Arenas a trabajar de *jackeruse*. De mozo poblano, imberbe e inútil, se había convertido en un hombronazo dominador de esa naturaleza agreste.

Era segundo capataz de la sección Río Raro, cincuenta mil hectáreas de llanura, donde pastoreaban alrededor de treinta mil ovejas. Debía su nombre a una extraña formación provocada por la actividad erosiva del mar.

En efecto, en medio de la pampa, en la parte en que menos podía esperarse, se encontraba un curioso canal o río encajonado: era el Atlántico que penetraba zigzagueando kilómetros y kilómetros pampa adentro.

En la vaciante el cajón se secaba. Con una red en la desembocadura podíanse obtener a veces grandes cantidades de róbalos. En la marea alta, los lobos subían tras los cardúmenes, y era un espectáculo extraño oírlos bufar en el corazón de la pampa junto a los balidos mismos de las ovejas.

Algunas noches de luna el lugar adquiría contornos fantásticos cuando las manadas de lobos ascendían, con sus cabezas relucientes y sus bigotes destilantes, que les daban un aspecto de perros humanos.

Río Raro era evitado por los recorredores de campo, a pesar de que nunca ocurrió nada extraordinario en sus aguas ni en sus contornos; pero lo aplastado del lugar, la presencia de la estrecha lengua de océano en la pampa, los pequeños lobeznos que algunas veces salían a curiosear arrastrándose por el pasto, daban la impresión de algo no muy normal, y un desasosiego invadía a quienes cruzaban por sus márgenes.

El objeto de la galopada mañanera de Germán Vásquez era encontrar a José Arredondo, el capataz de la sección, que regresaba al campo después de un merecido permiso de tres meses al cabo de tres años consecutivos de trabajo.

Al bordear el extremo de la entrada de mar, lo divisó a lo lejos. Se acercaba con el característico trote largo de los jinetes acostumbrados a recorrer grandes distancias.

—¿Cómo está Punta Arenas que no veo desde hace cuatro años? —interrogó el segundo, después de saludar al capataz.

—¡Bien!, ¿y la sección?

—¡Sin novedad! La marca dio un resultado magnífico: ciento veinte por ciento. Llegas a tiempo para iniciar la esquila.

Los dos amigos iniciaron el regreso a la sección al tranco de sus caballos; pero a poco andar el segundo inquirió a su compañero:

—Te noto muy alegre y cambiado. Tú, que generalmente te lo pasas como caballo prendido, traes ahora una risa que se te sale por los ojos —cordialmente, continuó—: ¡Cuidado!, las ciudades hacen cambiar a las gentes.

—Lo que es a mí —replicó el capataz—, no me cambia; al contrario, encuentro a las gentes de la ciudad preocupadas de pequeñeces, de cosas irrisorias; parece que uno las estuviera contemplando desde lo alto de un cerro, como en el momento de rodear los piños. Cuando se las mira de alto a bajo, fijamente, les bailan los ojos. Mi alegría se debe a otra cosa. Por desgracia, solo se encuentra en la ciudad.

El segundo pensó en lo más extraordinario que le puede ocurrir a un campesino y le gritó:

—¿Te casaste?

—¡Sí! —contestó jubilosamente el capataz, y agregó: ¡Con la mujer más hermosa de Punta Arenas!

—¿Quién es?

—¡Ya la conocerás, no te apresures! Mañana su fotografía iluminará y reinará en nuestro comedor chico. Además, una vez que la administración me arregle la casa, la traeré a Río Raro.

II

El capataz de Río Raro y su segundo, compañeros de trabajo, eran dos amigos que formaban yunta en las labores camperas.

Se habían unido desde una controversia al palo al medio, al poco tiempo de conocerse. Pocas veces un hombre de campo de pone a competir en esta brusca prueba, característica de aquellas tierras, porque el que sale vencido queda ante el otro con un complejo de inferioridad física para toda la vida, y allá esto tiene mucho valor.

Estos encuentros se efectúan, generalmente, entre dos tipos parejos, a los cuales la gente obliga a medirse después de haber comentado durante mucho tiempo la superioridad de uno y otro.

El carácter del ovejero es reservado; no le agrada y es de mal tono andar haciendo demostraciones de cualquier clase; pero cuando se ha convertido en la curiosidad campesina, tampoco encuentra cómodo hacerse rogar y un día cualquiera anuncia que se va a colocar palo al medio.

El día que Arredondo y Vásquez lo hicieron, casi toda la estancia los rodeó. Se sentaron en el pasto, uno frente al otro, estiraron las piernas, se afirmaron recíprocamente en las plantas de los pies, tomaron con ambas manos un palo, lo pusieron a la altura de la punta de los pies en posición horizontal, y cuando el juez dio la señal pegaron el formidable estirón.

Sus espaldas se encorvaron, los brazos desnudos semejaban calabrotes de nervios estirados, prontos a reventar; crujían los huesos, el sudor empezó a perlar las frentes y ninguno levantaba al otro una sola pulgada del suelo, lo que hubiera significado la derrota.

Agotados, descansaron en dos ocasiones, y después de media hora de lucha, al terminar las tres embestidas reglamentarias, el juez dio fallo en empate.

—¡No creí que me ibas a resistir! —dijo Arredondo, mirando a su joven contendor, que parecía menos vigoroso.

De pie, se estrecharon las manos, y ante una insinuación de la concurrencia para que definieran el empate, se repitieron ambos este compromiso:

—¡No, no probaremos nunca más al palo al medio!

Y lo cumplieron no solamente en el palo al medio, sino en todos los aspectos de la vida. En el trabajo se daban la mano mutuamente, y si alguna vez habían de competir en algo, jamás lo hicieron por vanidad.

Llegaron a constituir una pareja temida en toda clase de faenas, y la amistad que cultivaron causó respeto y benéfica influencia en el ambiente; era una amistad viril, basada en el respeto mutuo, en la capacidad y la comprensión.

Sin embargo, estos hombres no se conocían más allá de cierta superficie, porque el campo no promueve complicaciones, más bien las aquieta. «La ciudad cambia a las

gentes», era una vieja y sabia sentencia campesina…

Trasladados a la sección, hicieron de aquel páramo un vergel. Los ovejeros y peones vieron en sus capataces dos hombres que los sobrepasaban en toda labor y aprendieron de ellos un culto a la lealtad, a la cooperación fraternal y al desinterés.

Llevaron por primera vez a Río Raro el cultivo de las hortalizas que pueden desarrollarse en ese clima hostil; criaron cerdos, aves y, por primera vez también, se compró una red y se pescó en la entrada del mar, todo lo cual contribuyó a variar la monótona comida de carne y legumbres conservadas, usual en las estancias. La sección Río Raro floreció en manos de estos dos hombres y se hizo famosa en toda la parte oriental de la isla como un ejemplo de que la vida podía dulcificarse en esas desoladas tierras.

III

A la mañana siguiente, en los corrales, el capataz esperaba con cierto júbilo la impresión que causaría a su joven compañero la fotografía de la dama, ya puesta en una pared del comedor chico.

El segundo se levantó con sus aperos de campo afuera, y al pasar frente a la fotografía quedó espantado. No podía creer lo que contemplaban sus ojos.

¿Era posible tan curiosa coincidencia, es decir, tan mala jugada del destino?

Avanzó para verla más de cerca, y un estremecimiento desconocido lo hizo encogerse, apretar los puños y contraer el entrecejo. Un oscuro e indefinido dolor lo conmovió entero.

—¡Dios mío, es ella misma! —balbuceó y entró en su pieza bastante aturdido.

Serenado, recobró su reciedumbre y se dirigió a sus labores.

A su paso por el corral el capataz le preguntó:

—¿Qué te pareció?

—¡Muy bien! —contestó reprimiendo cierto temblor en la voz.

Terminadas las faenas del día, al atardecer, el joven segundo se presentó vestido de viaje en el comedor chico.

—¿Qué pasa? —le interrogó extrañado el capataz.

—¡Me voy! —dijo el segundo con cierta gravedad, y continuó—: Tengo lista mi tropilla particular para partir, las mantas están en los cargueros y mis perros esperan.

—¡Pero esto no puede ser tan de repente; algo te ha sucedido y me debes una explicación! —dijo el capataz avanzando cerca del que se iba.

El segundo, vestido con traje de cuero y gorra de piel de guanaco con orejeras para el viento, miró a través de la ventana el paisaje lejano, volvió la mirada, agachó la cabeza y, golpeándose las botas con la ancha lonja del rebenque, dijo:

—¿Te acuerdas de que una vez te conté la razón por la que me había venido a la

Tierra del Fuego? —y como el otro quedara aún estupefacto, continuó—: Pues bien, voy a repetírtelo: fue porque desde niño, al otro lado del estrecho, veía siempre un extraño color de cielo detrás de las estribaciones de la isla. Mirada desde esa orilla, parce una gigantesca serpiente echada sobre el mar. Siempre el cielo estaba más luminoso en este lado, y me anunciaba tierras nuevas, ignoradas y buenas, adonde se tendían mis anhelos de andanzas. Fui mayor y me vine. Ahora esas luces se han cambiado para otro lado y hacia allá parto.

—¡Los que han vivido mucho tiempo aquí, como tú, tienen que volver a la Tierra del Fuego! —le habló con voz apagada el capataz, conmovido por el inesperado acontecimiento.

—¡Posiblemente! —replicó, y agregó sonriendo con una rara risa ligera—: ¡Pero no a Río Raro!

—¿Por qué?

—¡Porque romperíamos el compromiso y tendríamos que disputar otro palo al medio! —y estrechando la mano de su amigo se dirigió al palenque, donde lo esperaba reunida su tropilla de cinco caballos y sus tres perros ovejeros.

Montó en un doradillo malacara, echó los cargueros adelante, lanzó un silbido y partió seguido de sus tres perros, a trote largo, por la huella polvorienta, como esos eternos vagabundos de los campos fueguinos, en dirección al oeste, donde efectivamente se encendían otras luces, las últimas del ocaso.

El capataz quedó pensativo. Veía el grupo entre velos de polvo y de sombras, levantados por los cascos de los caballos y por la noche que empezaba a galopar también hacia occidente.

Entró, cerró la puerta, y en la penumbra se puso a contemplar el bello rostro de la fotografía, pero no con la jubilosa alegría de antes. Murmuró con un suspiro:

—¡Hay cosas que uno no alcanza a comprender!

El último contrabando

Después del temporal corrido a palo seco, el cúter del viejo Tomás entró a fuerza de remos en una estrecha ensenada del canal Murray, esa correntosa desembocadura por la cual el canal Beagle recoge y lanza sus aguas hacia el cabo de Hornos.

El desmantelado *Júpiter* hacía poco honor a su retumbante nombre de dios de los juramentos marineros: estaba convertido en un «perro apaleado», después de la furiosa lucha que durante dos días y una noche, había sostenido con el tempestuoso mar austral.

—¡Que el diablo te lleve! —exclamó el viejo Tomás, amenazando con el puño a una nube negra que corría desgarrándose entre los altos picachos, como postrer vestigio del temporal.

Después de la tempestad viene la calma; pero más que la calma, una jubilosa alegría de renacer y luego una paz tierna que a veces reblandece al más duro hombre de mar.

Contra el reblandecimiento luchaba el viejo Tomás cuando dijo:

—¡Aquí anda alguno con la *jetta*; yo quisiera descubrirlo para echárselo a los cangrejos! —y miró a Délano y a Mikic, que largaban el ancla sobre una playa rocosa.

Tomás Aravena, dueño y patrón del *Júpiter*, era un viejo español que algunos tenían por loco; lo que él no se tomaba el trabajo de desmentir, porque detrás de su aparente locura ocultaba muy duchamente su sagacidad de pequeño pirata de esos mares. Bajo, moreno, un atado de nervios arrugados sobre duros y salientes huesos, una nariz prominente y cartilaginosa, mostraban en la superficie el genio de la raza.

Había sido un famoso capitán de altamar, conocido por sus audacias y pericia. Poco a poco fue cayendo vencido por el alcohol y la juerga. Pero un día quedó botado definitivamente en las playas de Punta Arenas, como otros tantos marinos viejos que de diferentes latitudes han venido a anclar al final de la jornada en el cosmopolita puerto chileno, asentado en la costa norte del estrecho de Magallanes.

El viejo, excapitán de primera clase, terminaba sus días con un cúter de cinco toneladas, tan golpeado por el mar como él, dedicándose primero a la caza de nutrias y lobos, y luego, a medida que sentía disminuírsele las fuerzas, pero no las agallas, a negocios un poco vedados por los reglamentos marítimos.

Se sabían de él y de su *Júpiter* aventuras casi legendarias. Así, por ejemplo, en una ocasión en que durante mucho tiempo estaba prohibida la caza del lobo de dos pelos en las costas de las islas Malvinas, que están bajo dominio del imperio británico, y abundaban en sus roqueríos las manadas de estos animales de fina piel, el viejo Tomás burló la vigilancia de los guardacostas y de la propia escuadra inglesa, pintando su cúter por un costado de color negro y por el otro de blanco.

Frente a Fort Stanley, donde estaban ancladas las unidades británicas, pasó una tarde como el blanco *Albatros*, y hecha la buena cosecha de pieles, volvió a pasar

unos días después convertido en el oscuro *Júpiter*.

En la capitanía de puerto tenía un grueso archivo de sumarios por sus fechorías. Cuando lo sorprendían le aplicaban fuertes multas; pero los marinos de la Armada de Chile, encargados de juzgarlo, le guardaban secretas simpatías por ser uno de esos extraordinarios ejemplares, que solo produce el mar con la libertad de sus leyes.

Solo una vez se vio en serios apuros ante las leyes de los hombres: lo culpaban de la muerte de un marinero.

Frente a los jueces, su declaración fue patética.

—¡Sí —dijo con su marcado acento—, yo le puse la carabina en el pecho, pero no lo maté! Se lo llevó el mar, y yo no voy a responder por todo lo que este haga. ¡Cóbrenlo a él!

—Declare tranquilamente cómo ocurrió el hecho —lo apaciguó el fiscal.

—Nos acercamos a la Piedra del Finado Juan —continuó—. Éramos los dos únicos tripulantes y había necesidad de amarrar el cúter a la piedra para iniciar la cacería. Allí es mar afuera y las olas gruesas rompen peligrosamente contra el acantilado. ¡Esto lo sabemos todos los loberos, y no por eso dejamos de cazar lobos!

»—¡A la piedra! —le grité cuando llegamos al borde y el Pepe no se movió—. ¡A la piedra! ¿No oyes? —le grité de nuevo, ya con rabia, porque habíamos perdido una hermosa levantada de la ola, y el Pepe no se movió.

»—¡Salte usted, si puede —me contestó—, lo que es yo no salto!

»El Pepe era un buen muchacho, fuerte y ágil; había navegado otras veces conmigo, pero no sabía que era cobarde —se interrumpió en su narración el viejo, un poco enternecido por el recuerdo de aquel instante.

»—¡No es por cobarde ni por viejo que no salto —le contesté—, sino porque soy el patrón del cúter y la responsabilidad de mi puesto está a bordo, carajo!

»Hubiera saltado —volvió a interrumpirse el viejo en voz baja—; no estoy tan fregado para no hacerlo; pero había necesidad de mantener la autoridad y la disciplina a bordo, y no salté.

»Fue inútil que se lo ordenase, no quiso obedecerme.

»Entonces, lleno de rabia, me lancé por la escotilla, subí con la carabina en las manos, la preparé frente a sus ojos y, poniéndole el cañón en el pecho, le grité:

»—¿Vas a saltar a la piedra?

»El muchacho me conocía bien y sabía que si se demoraba un segundo más yo le disparaba a boca de jarro; saltó, pues, pero su cobardía, su indecisión, lo perdieron: resbaló en el borde de la roca y el remolino de una ola se lo tragó para siempre. Eso es todo.

—Y si no salta, ¿usted lo hubiera muerto? —interrogó el fiscal.

—¡Como que hay Dios, sí, lo hubiera muerto! —contestó el viejo español, secándose el sudor que le perlaba la frente.

Todo el tribunal estaba compuesto por hombres de mar; se miraron un instante y se notó cruzar por ellos una ráfaga de emoción ante la categórica respuesta del viejo

capitán.

Estos hechos hacían que el viejo Tomás no encontrara muy fácilmente tripulantes para su *Júpiter,* y generalmente solo los conseguía entre los vagabundos del puerto y los desesperados por falta de trabajo.

Ahora iban con él dos de los primeros, Mikic y Délano, un lento yugoslavo y un napolitano hablantín, que se pasaba la mayor parte del tiempo bebiendo y jugando brisca en los bares de marineros y pescadores de Punta Arenas.

El cúter también era otro vagabundo que acompañaba al viejo en sus postreros días; descascarada la pintura, algunas roturas cercanas a la línea de flotación peligrosamente mal calafateadas, la mayor amarillenta y ennegrecida por el uso, la trinquetilla y el foque desflecados eran las características de este barquichuelo harapiento que se atrevía a cruzar el paso Brecknock y asomar la nariz por el cabo de Hornos.

Era triste ver a ese viejo marino empecinado en no abandonar el mar.

«¡A mí no me bota la ola!», solía decir a sus camaradas más cuerdos que, apoltronados en la bahía, fumaban las pipas de la vejez, viendo cómo arribaban y zarpaban los navíos del puerto, y daba órdenes con voz estentórea, como si se encontrara maniobrando en una cuatro palos; izaba el pique, los deshilachados foques, y emprendía la ruta mar adentro, corriendo los temporales entre dos aguas.

El marinero Mikic echó al mar la chalana que venía atrincada sobre el castillo de proa y con un tarro parafinero se dirigió en busca de los choros que abundan entre las rocas.

El marino es supersticioso, tal vez porque, entregado a una realidad tan dura como la furia del mar y otros elementos, necesita algo en qué fijar su esperanza para resistir a la muerte que va y viene sobre las olas. En realidad la mala suerte o *jetta*, como el patrón decía, había perseguido al *Júpiter* desde su salida de Punta Arenas. Primero fueron las constantes descomposturas del motor auxiliar y luego las calmas desesperantes alternadas con las borrascas del viento ya cercano, todo lo cual había retardado el itinerario en varios días. Pero, por lo demás, todo aquello estaba compensado con la pingüe ganancia que iba a dejar el contrabando de aguardiente que el pequeño barco llevaba como tesoro escondido en la umbría de su bodega.

Pasada la noche y con los primeros despuntes del alba, el *Júpiter* levó su pequeña ancla, voltejeó hacia el canal Beagle y ya en él, cazando el viento por la aleta de babor, navegó de un largo hasta anclar en la bahía de Ushuaia.

La blanca y delicada ciudadela penal se recuesta en la falda de uno de los últimos contrafuertes andinos, donde termina la Tierra del Fuego. En el centro se destacan los cuarteles de la prisión y a su alrededor las casas donde viven los funcionarios del presidio y la población civil que se mueve con el pequeño comercio que produce el penal.

Los dos marinos preparaban un buen rancho de puerto y pronto empezaron a alzarse desde el mar los murallones de sombras que, junto con las moles

cordilleranas, levantaron la noche austral, pesada y silenciosa.

El patrón estaba un poco inquieto, y junto con levantar la nariz para olfatear el aire de la noche, repitió:

—¡Ah…, si supiera quién de ustedes ha traído la *jetta*!

En ese mismo instante, tal vez al conjuro de las palabras, un tablón de luz horadó la espesura de las sombras. «¡Al cubichete!», gritó el viejo Tomás, y los tres tripulantes se embutieron por el breve cubichete que daba entrada a la pequeña cámara. Era el reflector de la policía marítima.

El tablón de luz pasó rutilante sobre los techos de la ciudadela dormida, recorrió los alrededores y fue a detenerse con un temblor paralítico en el corazón de la floresta. Las hojas verdes del robledal, movidas por la brisa, hacían variar la luz del reflector y el rayo semejaba un taladro, cuya punta en combustión horadaba el corazón de la montaña.

El haz de luz volvió a moverse como una gigantesca varilla rozada por alguien en un extremo descuidadamente; alumbró rocas, oquedades y robledales. Un espectáculo extraño producía esa luz verdeante en medio de esa tierra salvaje y solitaria. Luego descendió a la costa, recorrió un gran sector de playa y minuciosamente entró en el mar y fue a detenerse junto al *Júpiter*, que se balanceaba con placidez, y lo encerró en una esfera de luz.

—¡Nos vigilan! —observó el patrón.

El rayo luminoso se detuvo implacable unos instantes sobre la embarcación, y luego se recogió de súbito en su nido hasta desvanecerse.

—Después de la medianoche nos dejará tranquilos —exclamó el patrón Aravena. Dio un suspiro de alivio y continuó—: Habrá que aprovechar entre ronda y ronda para sacar los barriles a tierra.

Efectivamente, la ronda de luz se realizó de tarde en tarde en la forma ya descrita, y después de la medianoche pareció suspenderse de forma definitiva.

A bordo del cúter empezó una curiosa faena de desembarco. Los barriles de veinticinco y cincuenta litros de aguardiente eran sacados de la bodega por Mikic y Délano, sujetos a una adecuada maroma, y echados al mar junto a la chalana en cuyo bordo escoraba el viejo Tomás, quien amarraba uno a uno los chicotes de la maroma en las salientes de las cuadernas. Al rato, una veintena de barriles flotaban entre dos aguas sujetos alrededor de la chalana. Los dos marineros subieron a su vez a la chalana, y a una orden del patrón emprendieron con vigorosas remadas el avance hacia la costa. El andar era lento, pues la flotilla de barriles sumergidos contenía el poderoso impulso que imprimían a sus remos los dos bogadores.

Era una de las estratagemas del contrabandista español no sospechada aún por los guardias marítimos de Ushuaia: si la chalana era sorprendida por el reflector en medio de su camino hacia la playa, remolcando su flotilla de barriles, la luz resbalaría simplemente sobre la superficie del mar sin descubrir nada, y si la lentitud del avance levantaba sospechas, un dispositivo especial permitiría zafar la pesada carga y

mantener un contacto con ella a través de un disimulado cable.

Ya en la playa el asunto entraba en la zona más peligrosa.

Cada uno tomó un barril y con el cuerpo encogido empezaron a hacerlo rodar, ribera arriba, hasta el lugar acordado con el comerciante clandestino, en las afueras de la población.

La tarea era fatigosa y se hacía más angustiosa aún por la constante inquietud de que el reflector volviera a aparecer de un momento a otro; felizmente no fue así, y después de algunos viajes con éxito, los contrabandistas se olvidaron de la poderosa pupila de la policía marítima.

Solo el viejo Tomás estaba embargado de un extraño desasosiego, que trataba de atenuar hablando por lo bajo:

—¡Ah…, si yo supiera quién de ustedes anda con la *jetta* lo echaba a los cangrejos!

Pero precisamente la *jetta* la llevaba el propio patrón.

Cuando sus compañeros más jóvenes y vigorosos lo esperaban en el lugar de la entrega de la mercadería, el haz de luz surgió de pronto como una contestación a la maldición del viejo contrabandista.

A la vista del reflector empujó de manera apresurada el barril y agarrándose a él se apegó en una oquedad del acantilado.

Rápidamente el tablón de luz bajó a la costa y empezó a recorrerla zigzagueando.

Esto dio algunas esperanzas al viejo y, en efecto, en dos ocasiones el haz luminoso se acercó adonde él se escondía con su barril, pero a un metro de distancia cambió de dirección y siguió hacia otra parte.

El patrón miró desesperadamente los alrededores sin poder atisbar entre las sombras un escondite más adecuado. Tampoco se atrevía a levantarse y echar a correr, por temor a ser cazado por la luz. Decidió, pues, continuar donde estaba, apegado al suelo como una rata, con la esperanza de que a la distancia, a pesar de la potente luz del reflector, lo confundieran con el color pardo de la tierra, con un montículo o una piedra.

El haz de luz de pronto tomó la línea divisoria del acantilado y el viejo esperó su llegada como quien espera el filo de la muerte. Estaba acostumbrado a esperarla con la mano firme en la caña del timón, emproando a su *Júpiter* contra una de esas montañas de agua, donde podía venir la muerte envuelta; pero, ahora, en vez de la ola era una inquietante faja de luz la que venía, sin fuerzas ni volumen, pero extremadamente poderosa, sutil y lacerante.

«¡Si el mundo reventara y se hiciera trizas —pensó—, sería una salvación al lado del encuentro con esta luz!».

Y la luz, de pronto, lo enfocó: lo enfocó y se detuvo sobre su cuerpo traspasándolo. El viejo concentró su máxima energía para no temblar. Se mantuvo quieto, pero bajo una angustia tan atroz, que estuvo a punto de levantarse y echar a correr.

El haz de luz no se movía, y esta inmovilidad daba la sensación de una cosa sólida, de un torniquete en el pobre cuerpo del viejo contrabandista de tal manera, que al durar unos instantes más pensó que moriría aplastado como un insecto contra el duro suelo.

Un tableteo seco resonó de repente en aquella terrible soledad, semejante al que producen las primeras trizaduras de los hielos en la primavera, y el haz de luz se convirtió en una cosa aguda, en un dolor que penetró por el costado.

La luz del reflector siguió su ruta; el viejo contrabandista continuó apegado a la tierra, pero ya no por su propia voluntad: una bala de la ametralladora de la policía marítima, que había hecho solo un tiroteo preventivo, había dado en el blanco del azar.

Cuando los dos marineros volvieron de la población, inquietos ante los disparos y la tardanza del viejo, lo encontraron agonizante y abrazado a su barril de aguardiente.

—¡Mikic! —le dijo—, lleva el último barril adonde el Negro Rivas y cobra lo convenido… Y tú, Délano —prosiguió balbuceante—, arrástrense hasta mi *Júpiter* y…

Ya no pudo continuar, se tocó el costado humedecido por la tibia sangre, miró a través de la oscuridad a sus dos marineros que, agachados, lo asistían, y profirió en un estertor:

—¡Ah…, si yo supiera quién de ustedes anda con la *jetta*!…

El vellonero

I

Cuando el pequeño Manuel Hernández despertó después de una pesadilla, en que le pareció andar por un camino polvoriento entre nubes de tierra que le picaban las narices, se encontró en el suelo junto a los camarotes de los peones, sobre los tres clásicos cueros lanudos de oveja que se usan de cama en las estancias, doblados y ajustados con esa maestría campesina que los convierte en un mullido colchón.

Sentándose, vio que se hallaba en medio de una pieza grande en la que había seis u ocho hombres durmiendo en literas adosadas a la pared, como en la tercera clase de los barcos de pasajeros.

El acre olor a cuero de oveja y el tibio y algodonado del sudor humano, que flotaban con pesadez en el ambiente, le recordaron, patético, el sueño del camino polvoriento, cuyos remolinos de tierra atascaban sus narices.

Las primeras luces del amanecer le hicieron adquirir más conocimiento del lugar; en las literas se destacaban los cuerpos de los hombres cubiertos, la mayor parte, con pieles de guanaco con el pelaje para adentro para producir más calor. La carnaza verdoso-amarillenta del cuero, estriada de líneas pálidas donde habían estado los hilos vitales del animal, daba a aquellos cuerpos dormidos una impresión cadavérica. Dibujábase en tal forma la estructura de la huesambre humana, especialmente en los que dormían con las piernas encogidas y las rodillas en alto, que a no mediar el ruido de las respiraciones silbantes o roncas hubiéraseles creído momias reconstruidas en un museo.

El niño miró un momento sin pensar; tan extraña era su situación, que se sintió como despegado de su cuerpo, mientras sus dos ojos volaban como dos moscas por sobre las cosas. Un impulso de levantarse y echar a correr lo conmovió. Luego, al aquietarse, se dobló en congoja, tuvo deseos de llorar y no pudo, embargándole una angustia de orfandad y desolación.

La claridad del día entró de lleno por un tragaluz, y con ella un poco de confianza llegó a su espíritu. Se envolvió en las mantas, acurrucóse y empezó a recordar su viaje a la estancia.

II

En el día sentimos una sensación más primitiva de estar en la tierra. Pero en las noches, especialmente cuando en un cielo brillante distinguimos con claridad los

astros, nos damos más cuenta de que habitamos solo una isla perdida en el espacio, pues la tierra se pierde, caminamos con los ojos fijos en la Vía Láctea, y corazón, alma y cerebro vuelan por el cosmos para bajar de nuevo, hasta caer un día definitivamente bajo las cuatro paladas de tierra.

El pequeño Manuel recordó cuando en la pampa infinita, cuya superficie parecía combarse con la redondez de la tierra, surgió de pronto una llamarada grandiosa, y al rato una bola de fuego sanguínea, monstruosa, fue levantándose en el horizonte con gravidez. Los pastizales quietos se cuajaron de oro; una oveja levantó la cabeza dorada; los alambrados se convirtieron en hilos de luz, y las lejanías azules empezaron a palpitar como espejismos.

Recordó el recogimiento de su cuerpo en un rincón oscuro del automóvil, asombrado, y cuando luego avanzó la cabeza, levantó una punta de la capota y sus ojos, tímidamente, se anegaron en el espectáculo que por primera vez veía: una salida de luna sobre la Tierra del Fuego.

El auto avanzaba sobre la huella dilatada, desde la estancia Bahía Inútil hacia la de San Sebastián, con un rumor poderoso y estremecido por el tubo del escape libre, e iluminado por la luna parecía una cucaracha extraña sobre la costra del planeta dormido.

Después, cuando en una hondonada apareció el bello conjunto de las casas de la estancia, simétricas, trizadas de luz y de sombras, fue para él un oasis de cordialidad en medio del paisaje hermoso pero estático, frío e igual.

El cocinero salió a abrirles y los llevó a la cocina, donde comieron las tradicionales chuletas, pan y café caliente.

—Ese muchacho que me ha pagado solo medio pasaje. Viene de vellonero a la estancia —dijo el chofer, refiriéndose a Manuel, que comía ávidamente su pan.

¡Ah, si superan su treta! ¡El corazón le saltaba de angustia y creía ver en todos los ojos una mirada de desconfianza, como si ellos supieran que era un mentiroso!

Los latigazos de la arpía de su tía y las patadas del hombrote de su marido habían marcado ronchas en el espíritu del niño, moretones en su corazón tembloroso de adolescente, y así, en cada adulto, mujer u hombre, sus doce años atormentados le hacían ver un verdugo y una azotadora.

¡Qué alivio cuando desapareció el cocinero con su cara de rata molinera, y el mozo coloradote, que habíase levantado para probar el pisco que convidaba el chofer! Este lo llevó a la casa de los peones. Él mismo le acondicionó los cueros contra el suelo y le arregló las mantas.

III

Después de despachar al último peón, el capataz de la estancia, un gringo

espigado con cara de borracho, con la cachimba entre los dientes y las manos a medio entrar en el pantalón de montar, quedóse mirando distraído las vegas lejanas.

Manuel se hallaba a tres metros de su lado. Se encontraba bajo esos característicos cobertizos donde se guardan los tractores y otras maquinarias de la estancia. La espera del niño era terriblemente larga y angustiosa. Hubiera querido interrumpirle con un «¡Señor…!», pero qué frialdad emanaba del acero del tractor y de la ventisca que remolineaba bajo el cobertizo revolviendo unas virutillas hostiles. ¡Y aquel hombre silencioso, torvo, más horrible que la arpía de la tía y el hombrote de su marido!

De pronto, el capataz se dio vuelta, levantó el ceño y preguntó intrigado al niño:

—¿Y tú…?

—Vine a buscar trabajo de vellonero.

—No hay trabajo de vellonero; están todos los puestos ocupados.

—No tengo adónde ir.

—Que te lleve el que te trajo.

—No tengo más dinero.

—¿Tienes libreta de seguro obrero?

—No me la quisieron dar en la oficina de Magallanes.

—¿Por qué?

—Porque tenía que llevar una papeleta firmada por mi patrón… y como todavía no tengo patrón no pude hacerlo.

—¿Te mandaron tus padres?

—No tengo padres; me mandaron mis tíos. Supieron que muchos niños de las escuelas, a mi edad, salían en las vacaciones a trabajar de velloneros a las estancias y que ganaban trescientos treinta pesos mensuales.

El capataz lanzó una gruesa interjección en inglés y continuó:

—Ustedes ya vienen siendo una peste como los caranchos en las estancias. Cruzan los alambrados en manadas como los chiporros, cuando pierden la madre en tiempo de marca, tiritando de frío, hambrientos y balando en las tardes. Y lo peor, que dan lástima. No se les puede echar a la huella como a los hombres; son tan débiles. ¿Adónde te voy a echar a ti? ¡Y si te doy trabajo sin libreta, las leyes multan a la sociedad y esta me larga a mí también! Dime: ¿qué hago contigo?

El muchacho agachó la cabeza entristecido, pero hipócritamente, pues su pequeño corazón ya saltaba alegre y su instinto le decía que ese hombre, rudo por fuera, era bueno por dentro y que le ayudaría.

—¡Bueno, anda a tumbear entre tanto a las casas! —dijo el capataz, mientras volvía a ensimismarse en las vegas lejanas.

IV

El galpón de esquila vibraba con un ruido ensordecedor. El «¡oh!, ¡oh!» de los corraleros y breteros se mezclaba con el ladrido de los perros, el bochinche de los tarros con piedras de los encerradores y el estridente silbido de los ovejeros.

Como un mar gris de lenta corriente, el ganado entraba jadeante por una manga al corral más amplio del galpón, luego a los más pequeños y finalmente a los bretes, de donde eran sacadas las ovejas por los agarradores y llevadas a manos del esquilador. Estos, sudorosos, sentaban el animal entre sus piernas y hacían resbalar la máquina esquiladora desde el cogote hasta el cuarto trasero, levantando el espumoso vellón. Después largaban al animal trasquilado, blanco y huesudo, por un portalón que daba a otros corrales desde donde serían reintegrados a sus campos.

Allá en el fondo de un ala del galpón, cuando cesaba el infernal ruido de la aprensadora, se oía monótona la voz del clasificador de la lana de las fábricas británicas, el cual, en un inglés cerrado, iba repitiendo, a medida que unos muchachos le presentaban sobre la mesa los vellones:

Quarter!, three quarter!, a half!

Los velloneros parecían ardillas corriendo desde las guías esquiladoras hasta el mesón de clasificación. El galpón jadeaba como un monstruo; mientras por un extremo entraba una cinta grisácea de ganado por el otro salía blanca, plateada, después de una extraña elaboración en su vientre gigantesco. Era víspera de Año Nuevo, la esquila llegaba a su fin; se detendría solo para festejar la entrada del nuevo año y luego continuaría hasta terminar la faena, que dura más o menos un mes.

De uno a otro extremo los velloneros, peones, esquiladores, aprensadores, embretadores, fueron reuniéndose en grupos.

—¡Subiabre, Katunaric, Véliz, Díaz, Vidal! —se llamaban los velloneros. El mes de trabajo los había cambiado; ya no se gritaban los nombres, sino los apellidos, como corresponde a verdaderos «hombres de campo».

—¡Qué programa tienen para mañana, gauchitos! —exclamó uno de los muchachos.

Lo mismo se decían allá en otros rincones del galpón los hombres. Unos irían a chupar ginebra y whisky al boliche del Tuerto Santiago, al otro lado de la frontera, a una cuarta de Chile; algunos a los puestos lejanos a visitar a los amigos, y otros, los más, se quedarían tumbados en sus camarotes dando vueltas a su aburrimiento.

V

Un grito como de guanaco herido estalló en la huella, traspasó los turbales y fue a perderse allá en el páramo.

Manuel Hernández detuvo su cabalgadura. El niño volvía del boliche del Tuerto Santiago. Un caballo y una montura prestados; insistentes invitaciones; un «aprende a

ser hombre», y ya el whisky había quemado por primera vez sus entrañas y su alma adolescente.

Nuevamente el grito vibró sobre los pastales bajo el cielo de plomo. Ahora supo de dónde venía; de atrás, de la huella. Era el Guachero. Venía dándole alcance a todo el correr de su caballo y lanzando esos gritos muy suyos, resabio de algún antepasado que trotó por esas mismas pampas corriendo a los chulengos, o a los onas.

—¿Por qué te arrancaste, Mañungo, si estaba tan buena la fiesta? —gritó al sentar de una tirada a su zaino nervudo, junto a la cabalgadura del niño, a quien trató de dar un abrazo, que este esquivó con una agachada de cabeza.

—¡Cuidado, Guachero; vamos juntos para la estancia, pero estás borracho y puedes botarme del caballo!

—¡Y para qué tenís piernas entonces, chulengo! —exclamó con voz aguardentosa el Guachero, y pasando el brazo derecho por la cintura del niño, trató de arrancarlo de la montura, como hacen los jinetes ebrios por la huella, bromeando, mientras se pulsean las fuerzas y la embriaguez por si sobreviene la contienda.

El muchacho se agarró del cojinillo que cubría los bastos, tomó el rebenque por la lonja con la cabeza en alto, iba a descargar el golpe, cuando el asaltante lo soltó.

—¡No seas bravo, vamos como buenos amigos! —continuó apaciguado el Guachero.

Ahora marchaban al tranco. El niño nunca supo por qué le llamaban Guachero, término campero que venía de aguachar, domesticar animales, aquerenciar, criar guachos. Era un mestizo bastante repulsivo, chato, ñato y con un cuerpo de rana, vigoroso. Sus compañeros de trabajo no lo estimaban. Uno de ellos le había dicho un día al niño Hernández: «¡Guarda, cuidado con ese; cuando se emborracha en las noches se arrastra por los camarotes como una babosa inmunda: lo han dejado medio muerto a patadas y no escarmienta!». Tampoco Manuel entendió claramente esto. Recordó solo que su cara de cascote le había sonreído una vez con expresión estúpida y que su única gracia era imitar el relincho de los guanacos.

Por la imaginación del muchacho pasaron con rapidez los dramas de las huellas patagónicas, leídos junto a la estufa en las informaciones de *El Magallanes*. Aquel compañero de huella que degolló al otro en la soledad de la pampa para quitarle el tirador con el dinero de una faena. Otros muertos a cachazos de rebenque por unos cuantos cueros de chulengos. Pero él no tenía dinero ni cueros y no comprendía la agresividad del Guachero.

Este, de pronto, empezó a mirarlo de hito en hito, con ojos de perro apaleado, sedosos y vengativos. La cara color de teja se iluminaba de vez en cuando; se volvía siniestro el brillo de los ojos y resbalaban hacia el campo y las matas negras, que parecían guardar la complicidad de estas miradas. Algo extraño se ocultaba en los pastizales de coirón. Del gris del día, grávido, de la pampa tendida, surgían un anhelo y una angustia primitivos. En el corazón del niño invitaban a correr, a huir, y en las sombras del mestizo se convertían en reflejos malsanos, en bestialidad y crimen.

De súbito, el niño largó riendas, pegó un fuerte rebencazo y su caballo saltó disparado en loca carrera. Tomó una delantera de diez metros, mientras el Guachero se lanzaba a la carrera también.

Los pingos, recalentados, corrieron desbocados. El muchacho llevaba las ventajas de la partida y del menor peso; pero el zaino del Guachero era superior y empezó a acortar la distancia.

Lastres atávicos revivieron en el alma del mestizo, desde cuando el patagón, montado en pelo y con arco y flecha en una mano, atravesaba las tolderías para raptar doncellas.

El perseguidor emparejó al otro animal, y de un tirón, hacia atrás, arrancó de la montura a su presa y, desviando el corcel de la huella, cortó pampa adentro.

Con una torcida brutal atravesó el débil cuerpo del niño sobre su montura; este se debatía furiosamente, entablándose una dura lucha en plena carrera.

El niño sintió un bofetón más fuerte que los otros y gritó: «¡No me mates!». Con una mano, desesperadamente, alcanzó a tomar por el pelo al mestizo y lo inclinó hacia un lado; pero luego sintió que un brazo de hierro le doblaba la espalda. Oyó más cerca las resolladas de su victimario, sintió la humedad sudorosa de su rostro asqueroso y…, en un instante, dos ojos negros, fríos y opacos, como los de algunos sapos de los pantanos, se clavaron en los suyos. Fue un instante supremo. Tembló como la carne que presiente el helado filo del cuchillo; pero, en un arrebato, su cuerpo se azotó en forma increíble. Ambos se desprendieron del caballo y cayeron…

El niño se levantó del suelo medio atontado y vio que a la distancia corría el zaino desbocado, arrastrando al Guachero prendido del estribo.

Al otro día encontraron el caballo en medio de un pantano con su macabra carga al lado. El cadáver estaba completamente destrozado, y la pampa, como siempre, infinita y silenciosa.

* * *

Cuando la campana del liceo llamó a los cursos para la primera formación del año, allá en un rincón del patio, un muchacho cabizbajo que estaba sentado sobre su bolsón de libros, como un viajero abandonado por su barco con un equipaje inútil ya, fue interrumpido por el grito dichoso de un compañero:

—¡Eh…, vellonero, vamos a clase!

Cururo

I

Galopaban los jinetes a través de la noche, sobre una meseta azotada por la nieve, apedreada de granizos, herida por el viento. Iban cinco ovejeros sobre unos caballos oscuros, altos y vigorosos, seguidos por ocho perros que trotaban en grupos de a pares al lado de las patas de las cabalgaduras de sus amos.

Aquel grupo de hombres y bestias avanzaba como una extraña sombra en la noche tormentosa. Los ponchos negros aleteaban encima de las grupas relucientes de los corceles, al compás del galope, como las banderas de un raro escuadrón, y el grupo todo parecía otro montón de sombras que ondulaba con los aullidos del viento, entre las notas sordas, las gélidas bocanadas y los estremecidos apretones de la tempestad que hacía temblar los recios cuerpos.

De pronto, un jirón se desprende del grupo fugitivo. Es un jinete. Revuelve su caballo hacia el camino andado y se lanza veloz. Y es insólita su actitud. Parece que con él se ha vuelto el grupo todo, y los cuatro jinetes que siguen galopando en la distancia solo semejan el verdadero jirón de la unidad que es este hombre, que se ha vuelto como un reto a embestir la fiera noche, entre las oleadas de nieve, de agua y de negruras…

Este extraño jinete que empieza a desandar las tres horas de intenso galopar que llevaba sobre la meseta más alta, la que protege de los vientos del norte a las tres casas de la sección Trece de la estancia Baja en la Tierra del Fuego, es Subiabre. Va sin perros. Y la causa de su súbito regreso es un repentino pesar, un remordimiento por haber abandonado al perro más querido en su vida de ovejero, muerto valientemente cuando trataba de salvar un piño en la jornada de ese día.

Son tiernos los recuerdos, es tan impetuoso su arrepentimiento, que le invade una honda ternura; pero un huascazo de viento y nieve le hiere los ojos, y algo que quiso ser tal vez lágrima se le vuelve para adentro, en un atoro amargo y le va inflando dolorosamente el pecho hasta casi hacérselo reventar. Aprieta rechinando los dientes, empuña con más fuerzas las riendas, hunde con las rodajas los poderosos ijares y atraviesa como un fantasma la tempestad.

¡Oh, Cururo…! ¡Qué gran perro había perdido! ¡Si valía más que todos los miles de ovejas que en piños obedientes tomaban las rutas señaladas en las campiñas fueguinas por su claro y potente ladrido!

El Cururo había sido todo en su vida. Aquel compañero de trabajo significaba para él más que todo el mundo, ya que a nadie tenía en este.

Hombres rudos, solitarios, amansados por la dura caricia de la escarcha, del filoso carámbano; ventilados de todo humor por el fuerte viento de la pampa, que de una

hilacha hace un nudo, y de ese nudo, un arma… Estos hombres aman a sus perros como a la vida misma y no porque solo estén olvidados de la ternura, sino porque esos perros son únicos en inteligencia, y la cercanía con la vida primitiva les ha enseñado que a veces un perro es mejor que un hombre, al menos no tiene tantas mudanzas.

El caballo color de azabache, paletudo y fuerte, galopaba levantado. El hombre emponchado en su negra manta de castilla empezó a soñar con el pasado. La noche y la tormenta caían sobre los cuerpos y sobre las almas.

Al final de la meseta arrasada por el vendaval, en el cañadón Tres Guachos, estaría aún Partiera, su otro perro viejo, escarbando en la nieve para encontrar a Cururo. Y él como hombre, más ingrato naturalmente, los había abandonado… Pero a tiempo llegó aquel huascazo de nieve y viento a los ojos; ahora volvía a buscarlo, a ayudar en la tarea fraternal que por su cuenta había empezado el viejo Partiera. Ya no volvería a cruzar esa meseta hasta encontrar a Cururo, y no lo dejaría olvidado, como lo había hecho, para pasto de las aves de rapiña en la primavera…

¡La primavera…, la época en que las llanuras fueguinas convierten su caparazón de nieve en hililIos de plata que rielan hacia las vegas; cuando los cadáveres aparecen intactos y después, roídos por los aguiluchos y caranchos, muestran sus huesos blanqueados por el sol! Fue en esa época cuando el buen perro se ligó a la vida del hombre.

Y como una línea llena de altibajos, Subiabre empezó a recordar, como en un sueño, la vida de su gran perro desde el día en que lo halló cachorro, gateando entre las matas de pasto coirón, campo afuera, como uno de esos característicos roedores de la isla: los cururos.

II

Fue una tarde de domingo, cargada de luz y de pereza, hinchada de vida.

Después de almuerzo la existencia se volvió monótona en la estancia. Algunos peones, calzados con esas anchas alpargatas campesinas, jugaban a la taba; otros dormitaban sobre las pilchas de los camarotes, oyendo los tangos gimientes de las vitrolas o acordeones, que traían recuerdos de las casas rosadas de Río Grande o Porvenir, de las noches en que se fundían todos los pesos ahorrados en años de duro cinchar, de borrascas del alcohol, de mujeres vestidas de rojo y de risas destempladas. Otros, en fin, se descueraban jugando al monte y al truco.

Subiabre, ajeno a la pesada rueda del destino de estos hombres, ensilló su Tostado particular, tomó unos aperos que le había encargado el gringo Mac y se encaminó con suave galope al puesto más lejano de la estancia.

En el campo denominado Veintitrés, en los comienzos del río Chico, allá cerca de

las cordilleras, vivía Mac, un puestero solitario, un gringo que la guerra había dejado un poco averiado, medio loco a veces, y que tenía la costumbre de echarse al cuerpo unas botellas de ginebra o whisky para olvidar su soledad desde el sábado en la tarde hasta el lunes.

Fuera de esta interrupción semanal, Mac era un buen puestero. Vivía sin ideas, entre sus perros, caballos y ovejas, la existencia apagada de los seres solitarios que vigilan de puesto en puesto los enormes piños de «oro blando» en las dilatadas pampas de la Tierra del Fuego y de la Patagonia. Solo, toda la vida solo, con un vaso de alcohol al fin de la semana para sobrellevar tan dura existencia.

Subiabre, a trote aliviado, fue ascendiendo las suaves lomas en que grandes extensiones anunciaban las sierras en la parte oriental de la Tierra del Fuego.

Las huellas serpenteaban entre las matas negras que cubrían la cabalgadura hasta el morren delantero, y allá, al final, se encajonaba hasta la misma cresta del cerro para abrirse en una puerta desde donde se contemplaba una maravillosa visión de la naturaleza. Con una repentina depresión del terreno, desde la cumbre misma, parte un valle que avanza kilómetros como un mar de verdura, hasta chocar con las colosales estribaciones azules en la lejanía. Allí, en ese valle junto al río Chico, que acalla sus aguas para no turbar la paz de esa soledad, se levantaba la casa de techos rojos del Puesto Veintitrés.

En ese portillo de la cumbre, Subiabre detuvo su caballo, y hombre y bestia echaron a rodar los ojos en la inmensidad dilatada y verde como una esperanza. Olieron la brisa que exhalaba el valle, y luego, al tranco, empezaron a descender las lomas en dirección al puesto. El sol acariciaba los cuerpos y los campos con la ternura de las caricias que se prodigan de tarde en tarde. Ya en la vega, fue todo un vaciarse de dorada luz. Un entusiasmo de vida recorría la sabana verde-amarillenta del pasto coirón. En la distancia, suspendidos por rayos de luz como en una fantasía oriental, los guanacos cruzaban plácidamente en caravanas de garbosas siluetas de ritmos cadenciosos. Más cerca se veían los pichones de caiquenes sembrando el suelo de puntillos pardos, corriendo locamente alrededor de las hembras, que aleteaban imitando las alas rotas, para atraer sobre sí, fingiéndose heridas, a los enemigos de sus polluelos. Las patas, más astutas, escondían sus pichones de plumilla de oro, y luego rengueaban arrastrando una extremidad que parecía quebrada, con el objeto de desviar al hombre o enemigo, al fin lo mismo, y salvar a los tiernos hijos.

Subiabre bajó del caballo a levantar una oveja caída y se dispuso a montar cuando vio que del hueco dejado en la tierra por el casco de un caballo salió una avecita del porte de un canario, que encerdada, erizada como una fierecilla, corrió hacia él y empezó a picotearle con braveza en las gruesas botas; el hombronazo sonrió con su faz serena y fue a ver curioso qué era lo que guardaba tan valiente pajarillo; se agachó a ras del suelo, hizo a modo de pantalla con las manos y descubrió en la leve oscuridad del fondo del hueco tres ínfimos pollitos sin emplumar sobre unas frágiles briznas.

«Este es el amor de madre», pensó, y siguió camino del puesto en medio de aquel valle que era como una canción de vida, como un abrazo inmenso del cielo a la tierra y de la tierra al sol.

Algunos cisnes bogaban río arriba moviendo su blancura. Al borde de una laguna azul dormitaban los flamencos cuajados de rosas. Y, de pronto, algo extraño que se movía a ras de tierra detuvo su vista: un cuerpo negro manchado de blanco gateaba sin dirección. Se acercó a verlo y se encontró con un cachorro de perro ovejero de un mes, que gimoteaba escondiéndose entre el pasto, como uno de esos pequeños roedores de las llanuras fueguinas: los cururos.

Asombrado del hallazgo, a media legua del puesto, recorrió los alrededores sin encontrar rastro de la hembra, a pesar de que no se ha dado el caso de una perra ovejera que haya parido lejos de las casas.

¿Cómo llegó hasta allí aquel cachorro que apenas abría los ojos? Sin poder responderse, el hombre siguió las huellas hacia el puesto. El perro había cesado de gemir y permanecía acurrucado en el blanco cojinillo bajo el calor de la mano protectora, de tranquila aspereza.

—¡Valiente puntero —le habló sonriendo el mocetón al cachorro—, nunca hay que largarse demasiado lejos sin antes echar un vistazo al aperado, sobre todo si es nuevo… porque siempre la intención nos deja feos!… ¡Vas a ser de ley —continuó hablándole—; tienes el hocico aguzado y los ojos saltones, lo que me dice que no vas a fallar! Te llevaré a la perrera de Partiera y cuando afirmes las cañas te largarás con él para que aprendas tu oficio. ¿Qué te parece si te pongo por nombre Cururo? ¿No te gusta?… ¿Es un poco feo, no es cierto? ¡Pero si cuando te divisé te parecías tanto a esas pequeñas ratitas sin rabo! ¡Además, a la gente pareja no le cae uno por el nombre ni lo lindo, sino por la manera y los hechos!

Así, desde esa tarde, ligó el hombre su vida a la del perro… Y el encuentro debió grabársele para siempre, por las sorpresas trágicas que en la casa del puesto le esperaban…

Una paz desolada rodeaba el modesto rancho del Puesto Veintitrés. Junto a su montón de rajones de leña renegridos, su pequeña caballeriza del guardiero y su corral de tropilla, de tablones burdos; todo enclavado a la vera de la huella, sin que los alrededores denuncien con la tierra apisonada por el andar humano, el pasto aplastado, un papel amarillento, una lata o una cacerola agujereada, la vecindad de una vivienda. Así son estos puestos, perdidos en las llanuras magallánicas, brotados de la pampa misma, sin color ni rostro humanos. Cuando aparecen al pie de una loma, sorprende que vivan personas en su interior, y al ver al puestero que sale al umbral, invitando con campesina hospitalidad a un rato de descanso y a un plato de comida, uno se siente extrañado de que un hombre normal pueda soportar tan extremo desamparo y soledad.

Subiabre fue acercándose al tranco. Desde el interior de las perreras guarecidas tras la casa, los perros empezaron a ladrar.

El hombre se conoce por sus perros y su caballo. El gringo MacKay los encerraba para que no se desgastaran en correteos cuando pasaban algunos días sin trabajar. Ni malo ni bueno era Mac con sus perros. Ellos, a su vez, respondían con igual normalidad en sus trabajos. Comida siempre a sus horas, y para un perro ovejero vale tanto una caricia como el mendrugo cotidiano…

El ovejero amarró su Tostado al palenque, sacó el cinchón, aflojó la cincha, removió el recado, puso al pequeño Cururo en el hoyo de sus grandes manos y tranqueó hacia la casa del puesto…

De pronto, se detuvo en seco: junto al montón de rajones de leña estibados en forma de ruca indiana, vio cuatro cachorros iguales a Cururo tirados por el suelo, con las cabezas reventadas, como si un ser monstruoso los hubiera muerto azotándolos contra los filudos rajones de roble seco.

¡Qué caso extraño! No le cupo duda de que el pobre Cururo había escapado por milagro de la bárbara exterminación de sus hermanos.

La cabeza se le iba y se le venía, pensaba y no pensaba en Mac. No podía ser, el gringo no era tan brutal y sabía también el valor de esos cachorros finos. A veces, es cierto, cuando se emborrachaba, le daban unos ataques de locura que no tenían más consecuencias que un intento de levantarse del banco donde estaba bebiendo y caer al pie del mismo y balbuceando un gangoso «*Faier!*» y otras vociferaciones en un inglés gutural, que terminaban con ronquidos…

El silencio, ahora pesado, seguía rondando la casa del puesto. Los pequeños cadáveres fueron tapados por la sombra del montón de leña que empujaba el sol, empezando ya a caer el ocaso. Todo quieto, ni una brisa que pasara enrareciendo el denso ambiente de misterio. Maleado por dentro y por fuera, Subiabre avanzó hacia la puerta; la empujó desde los sobados tientos y entró en la sala que servía de cocina… ¡Nada! Mac no estaba allí. Todo se encontraba en orden dentro de esas seis caras pardas de la habitación, de tablas gruesas, toscas, mostrando esa ruda limpieza de agua de balde y escoba con arena.

El mocetón agachó la oreja izquierda con gesto instintivo, acostumbrado a acomodarse para percibir lejanos ruidos de la estepa, y oyó en la pieza contigua una respiración agitada, fatigosa.

—¡Mac! —llamó Subiabre en voz alta, y a la voz, que sonó en medio del silencio como un tablazo, no contestó ni el eco. Entonces apegó el oído a la puerta de la habitación y percibió más fuerte una respiración baja, intermitente, cual un rasquido. Empujó, y algo como un cuerpo botado sobre el suelo detuvo la puerta con especial suavidad…

Al ovejero se le enturbió un poco la habitual serenidad, y fastidiado con tantos humos de misterio que no cuadraban a su reciedumbre, avanzó resuelto a chocar por fin con el bulto del asunto.

¡Duro fue el choque! El cuerpo siempre tiene un resorte, un músculo del instinto que lo levanta y lo coloca al momento en actitud defensiva ante lo inesperado, y a

veces es más fuerte la defensa cuando más sorpresivo ha sido el ataque; pero en las otras luchas…, en esas en que el cuerpo está fuera de peligro y, en cambio, tiemblan las fibras morales del ser, en esos serenos choques no hay un músculo que se adelante por su cuenta a la idea, al pensamiento que se va inflando de luces desconocidas y pavorosas, como un gran globo de agua y jabón, cuyo elemento, el aire, lo crea y lo destruye…

Así Subiabre vio todo. Al gringo Mac en el sopor más profundo de la borrachera, con una cara de bestia alcoholizada, la quijada rectangular, colgada y salidiza como la de un cadáver, y en la boca, en el grosero repliegue de los labios, una mueca asquerosa, repugnante, diabólica y bestial, algo así como una sonrisa detenida en un ataque de parálisis, que mostraba los dientes extraordinariamente descarnados, amarillentos, como los de una foca muerta. Las piernas estaban abiertas y una de ellas colgaba caída al borde del catre, en actitud tan independiente, que parecía estar despegada de aquel cuerpo infame. Y más allá, arrojado junto a la puerta, como un saco viejo, el cuerpo de la perra estrangulada, pateada…

De entre las cejas de Subiabre brotó una mirada como un punzón luminoso que fue avanzando cual un garfio con que se remueven escombros y miserias con la esperanza de hallar algo de valor que salvar y se encuentra ante un montón de podredumbre tal, que no se atreve a rozarlo por temor a aumentar las pestilencias.

El hombre avanzó con la mirada, parado en medio de la pieza, junto a un banco caído en la lucha. Por último, los ojos, desde su altura, fueron pasando por sobre aquellos cuerpos, por sobre aquel cuadro, como pasa el fanal de un faro rodando sobre la superficie del mar en noches tempestuosas, barriendo las sombras, hasta que se detuvieron un instante, sin expresión, en el detalle de una postal obscena, clavada solitaria, en el centro de la pared gris, y el ovejero salió con pasos lentos de la casa…

La noche fueguina empezaba a tender su oscuro ropón afuera.

Con gesto adusto, Subiabre apretó el recado, montó a caballo siempre con su Cururo en brazos y se largó huella adelante sin echar una mirada hacia atrás. Algunos tucúqueres y lechuzas atravesaban la ruta del jinete y ya la luna había cruzado la mitad de la comba estrellada del cielo cuando Subiabre desensillaba su Tostado en el corral de tropilla de la estancia.

La vida del cachorro Cururo en la estancia siguió siendo anónima, ignorada para el resto del mundo, pero muy bien sabida para su amo.

En los primeros tiempos se alojó en la perrera de Partiera; luego, más agrandado, tuvo su perrera propia.

Al fin de un otoño en el que Subiabre volvía de un largo arreo a Río de Oro, encontró a Cururo hecho un redomón y le brillaron los ojos de alegría al darse cuenta de la pinta incomparable del cachorro, que había crecido como la espuma.

Comentando después en la cocina, los otros ovejeros dieron cuenta de las barrabasadas que en la ausencia de su amo había cometido Cururo.

—¡Nada menos que el mismo futre lo encontró una tarde arreando un piño que

había juntado en el Campo Dieciocho! —dijo uno.

—¡Y eso que lo encerraba duro para que no se maleara antes de tiempo, trabajando guacho y sin amo! —contestó, como justificándose, otro ovejero, a quien Subiabre había encargado el cuidado del perro, y continuó—: Pero era inútil aguantarlo, es muy saltonazo. Menos mal que al capataz no le ha parecido mal; parece que el cachorro le ha entrado por los ojos al hombre; porque hace unos días, cuando todos íbamos al tranco para un rodeo, nos conversaba riendo: «¡Va a ser bueno el cachorro de Subiabre!». La otra tarde pasaba por el potrero de los carneros finos, cuando lo veo a todos rodeados por él. Los hacía ir y venir junto al alambrado, paseándolos alrededor del potrero; después los dispersaba y volvía a rodearlos. Trabajaba bien abierto, y el perro que desde chico trabaja abierto no estropeará un piño ni cuando se vaya quedando carraspiento de viejo.

—¡Así, no más, es —replicaba satisfecho Subiabre—, pero no hay que largarlos a trabajar tan pronto; se ponen bellacos y picadores!…

En efecto, Cururo era saltonazo. Su amo y el piño constituían sus únicas alegrías; a la vista del primero corría y saltaba de contento; ante el segundo apaciguaba los bríos, ordenaba inteligentemente los esfuerzos y se lanzaba de punta a punta como una huincha elástica, agrupando, empujando, sosteniendo, en fin, la dúctil masa de los piños. Se engrandecía como un general triunfador ante la vista de sus ejércitos; las ovejas aisladas no le interesaban, las miraba sin expresión.

Pero aparte de eso era un perro raro, solitario. Cuando el amo andaba ausente y le descuidaban la puerta de la perrera, salía por los campos a vagar; en sus venas corría tal vez sangre de algún perro errante, a quien su trágica madre se entregó en una tarde de amores sobre la pampa…

Los recorredores del campo habíanlo encontrado de vez en cuando rondando por los lindes lejanos de la estancia, por las playas, y husmeando los vientos que venían de más allá del páramo, desde el Atlántico afuera…

Por fin llegó el día de sacarlo al primer rodeo, la consagración definitiva de un perro ovejero. Ese ya no es un juego o una fiesta, sino la prueba máxima, decisiva, del verdadero valer, del físico que ha de resistir un día entero el tirón de los esfuerzos agotadores y continuados.

Ese día Cururo se reveló ante los ojos asombrados de los ovejeros. Se trataba de rodear un campo de siete mil ovejas en diez mil hectáreas de tierras malas, quebradas sembradas de riachos, esteros, enormes manchones de mata negra; aún quedaban al reparo de algunos cañadones traicioneros filones de nieve aguda, Subiabre trabajó de puntero con su Cururo y su buen Partiera.

En un rodeo, el cargo de puntero es el más duro y responsable. Se trabaja y se galopa fuerte junto al contorno de todo el campo, siguiendo los alambrados que parecen no terminar nunca.

Partiera hizo su trabajo y vigiló el de su veloz compañero; no le perdonó una imprudencia y le pegó más de un zamarrazo en la difícil tarea de juntar pequeños

piños y arrearlos por los valles hacia las vegas de concentración.

Al caer la tarde, cuando la vega fue poblándose de miles y miles de ovejas que venían llegando en piños de todas partes, arreadas a la distancia por los gritos de los ovejeros y los ladridos de los perros, las sobrias felicitaciones de los ovejeros cayeron sobre el gran Cururo y su afortunado dueño…

Subiabre, seguido de su caballo, avanzó hacia su Cururo y lo abrazó conmovido, con esa ternura de los ovejeros para con sus fieles camaradas de trabajo y de penurias. Jadeaba el pobre animal. El hombre lo tomó en sus brazos y lo puso sobre la montura, como la tarde aquella en que lo encontró gateando en su camino, igual a uno de esos animalitos de las estepas fueguinas.

Siguió famosa la existencia de Cururo, llena de triunfos, hasta una trágica tarde, la tarde de su desaparecimiento. La muerte le había echado el ojo desde el día en que naciera. Su elegante y vigorosa figura, de piel negra y lustrosa, manchada de gráciles blancuras, recorrió muy poco tiempo con su nota alegre las campiñas de la Tierra del Fuego.

¡Cómo se había mostrado aquel noble perro en su último día! Su vida no se apagó lentamente como las existencias vulgares. En sus últimos instantes se sobrepasó, fue todo un estallido de luz para perderse.

Fue un día de pleno invierno, blanco y azul de hielo. El puestero que recorría el campo que quedaba más al norte de la estancia avisó a la segunda administración que la majada entera habíase corrido hacia el noroeste, buscando la contra del viento, que en esos días había pasado huracanado, arrastrando gruesas nevazones. Siendo aquella la parte más quebrada y gravosa del campo, las ovejas en busca de reparo habían sido cubiertas por esas características montoneras de nieve, grandes cuevas de blanda y traicionera capa, en las cuales perecerían si no se sacaban a tiempo.

Poco antes de la mitad del trágico día llegaron desde la estancia cinco ovejeros con diez perros a trabajar en esa labor, en las tierras bravas que empezaban al pie del final de la meseta que Subiabre atravesaba ahora.

Montando y resbalando lomas avanzaron los ovejeros. Bajo el más confiado tranco de los caballos había a veces una depresión disimulada por la nieve, que hacía caer de golpe al pobre animal, con su jinete a cuestas; el hombre se arrastraba sobre la movediza superficie con el poncho en una mano. Tiraba de la otra al caballo, que salía a manotazos y estirones.

Después de la fatigosa lucha, llegaron a un cerro cercano a los piños, y allí fue imposible todo avance con las cabalgaduras.

A la distancia se veían alargados montones de nieve en forma de gigantescos cetáceos blancos, varados en una playa extraña, cubierta de dunas blanquecinas torneadas por los remolinos de los vendavales.

Los perros fueron ese día los héroes; los hombres eran casi inútiles, amagados por la nieve.

Cururo vio en el fondo de un cañadón un piño acorralado y se largó ladera abajo

rodando y patinando.

Las ovejas, presintiendo ya su destino, se habían agrupado en aquel hoyo gigantesco, estrechándose hasta no poder más, dándose calor unas con otras y comiéndose la lana. En el centro del apretado piño había muchas de ellas caídas, otras muertas, pisoteadas por sus compañeras.

El perro echó un vistazo inteligente por el contorno y no encontró salida posible, removió un poco al piño cambiándolo de posición, y en seguida se largó con veloz carrera a recorrer el fondo de la quebrada.

Volvió después de una larga recorrida, hizo avanzar el piño hacia donde los cerros se estrechaban en una garganta fragosa, empujando a las ovejas hasta con mordiscos en las corvas y las hizo desfilar por senderos extraviados hacia la parte alta y libre del campo.

Dos o tres ovejas quedaron en el fondo de la quebrada, perdieron de vista a sus compañeras y se retacaron estúpidamente, haciendo trabajar al perro más que el piño mismo. Fastidiado aquel, las dejó perdidas entre los cerros y se fue a dirigir al piño salvado.

Verdadera proeza. El trabajo lo había hecho el perro solo; Partiera, por otro lado, andaba cinchando de firme. El amo se arrastraba casi inútilmente entre las breñas.

Unos silbidos se estiraron con estridencia sobre la calma de los campos nevados. Subiabre llamaba a sus perros. Más lejos se oía el «¡oh, oh!» de los ovejeros y el claro ladrido de los perros arreando las ovejas por los cañadones.

Reunidos, Subiabre, Partiera y Cururo bajaron a la parte donde el alambrado y un pequeño cerro habían encajonado una gran cantidad de nieve llevada por el viento. Parecía desde lejos una gran loma blanca; loma que, tapando todo el alambre, había ascendido con suave contorno hasta el nivel del cerro, cubriéndose también y emparejando la depresión.

Para ojos que no fueran de ovejeros, nada interesante podría tener aquel solevantamiento de la naturaleza; pero Subiabre reconoció unos pequeños huecos que en gran cantidad aparecían a través de la capa de nieve, y Partiera y Cururo empezaron a oliscar junto a una mata negra que resistía semiaplastada el peso de la nieve, formando con sus ramas retorcidas un hoyo del tamaño de la boca de una cueva de coipos.

Y eso era: una cueva gigantesca, una caverna. En su interior guardaba más de doscientas ovejas.

Los animales se mantienen varios días en esas cavernas que la nieve ha formado lentamente sobre sus lomos, lamiendo y comiéndose la lana. Respiran por hoyuelos formados por su respiración caliente a través de la nieve, pero luego empiezan a caer y pudrirse en vida, o sucumben, aplastados por la capa de nieve que al fin no resiste el adelgazamiento producido por el calor de los cuerpos en el interior.

Subiabre volvía a reconocer aquellos hoyuelos para cerciorarse del aguante de la caverna, cuando oyó un ladrido como un eco devuelto por cañadones lejanos o

brotados de la profundidad de la tierra. ¡Y comprendió! El valiente Cururo se había lanzado al interior de la cueva, por el hueco de la coipera donde antes estaba oliendo en busca de las ovejas. Partiera, tal vez por viejo o por prudente, no había seguido afortunadamente a su impulsivo compañero.

Subiabre, previendo la desgracia inminente, corrió hacia el boquete y pasando cuanto pudo la cabeza lanzó con dos dedos en la boca el característico silbido de llamada de los ovejeros: uno largo y dos cortísimos que terminaban como una cadencia. Acto seguido, empezó a cuchillazos a agrandar el orificio. Deshecha la costra endurecida, sus manos fuertes empezaron a romper desesperadamente la nieve.

Silbó llamando, y al fino silbido contestó una especie de alarido, como la escalofriante risa de los zorros solitarios que siguen a los jinetes en las noches tenebrosas, y un rumor sordo, como un aplastar de nubes, apretó el corazón del hombre e hizo parar las orejas a Partiera… La caverna se desmoronaba.

Subiabre y el otro perro oyeron por último un murmullo de sonidos graves, cortos, iguales al «¡hu! ¡hu!» de los palomos en celo o a un murmullo gutural de ciertos mudos, bajo y estremecido; era le agonía del piño, el estertor de las ovejas, ese tierno animal que no sabe gritar su dolor ni en la muerte.

Y tras ese leve ruido, de ese blando preludio de muerte, que fue apagándose en las entrañas blancas de la caverna, siguió un aullido que llegó hasta la médula del hombre. Subiabre sintió que los huesos o la carne se le destemplaban. Partiera lanzó un aullido y agachó la cabeza a ras del suelo. Clavó las uñas con tanta fuerza en el nieve como si un azotón formidable intentara aventarlo.

Todo sucedió en un instante. Perro y hombre se miraron: Cururo, el camarada, había partido, arreando su última majada a la eternidad…

Su último grito no fue tal vez por él, sino por su piño que también se perdía bajo la cueva de nieve.

III

El viento arreciaba en la meseta, pasando a soplos gigantescos. La ausencia de una arista, de un obstáculo en que rasgarse y aullar sobre la limpia planicie, aumentaba su furia y la descarga en envolventes bocanadas de aire y nieve.

Los otros cuatro ovejeros habrían pasado a alojar en algún puesto lejano o ya estarían por llegar a la estancia. ¡Subiabre dejó de recordar!… Detuvo su caballo para revisar el aperado; desmontó, arregló la carona, acomodó los bastos un poco corridos por el fuerte galopar, dio un palmetazo acariciando en el cuello a su pingo y montó para seguir de nuevo como una sombra a través de la noche y la tempestad.

Llegó por fin al borde de la meseta y empezó a descender cuidadosamente, con la atención que requerían las traicioneras sombras, con las riendas firmes, alerta ante las

sentadas del caballo, que podía rodar de un momento a otro.

Dejó la cabalgadura con las maneas puestas y, cruzando otra vez las nevadas lomas, cortó en dirección a la caverna derrumbada.

Ya en el sitio mismo, halló a Partiera escarbando afanosamente la nieve y lanzándola atrás con vigor. Se quitó el pesado poncho y empezó a ayudar al perro, que ya había hecho un hoyo profundo en el sitio donde Cururo pareció lanzar su último alarido.

Una hora continuaría la labor desde la llegada del hombre, cuando Partiera, al terminar de escarbar, presintió por el olfato o el instinto la proximidad del cadáver de su compañero y aumentó los ímpetus de búsqueda, dando poderosos zarpazos a la nieve amontonada, hasta que rozó con su hocico el cuerpo del perro caído. Partiera se detuvo de una manera brusca. Quedó inmóvil, las orejas paradas, los ojos fijos y abiertos extrañamente sobre aquel cuerpo. Abrió la boca como para morder el aire y del tarascón se escapó un ladrido que sonó raro. Era la voz del perro perplejo ante los misterios de la muerte…

El hombre no estaba menos atónito. Llamó también. ¡Cururo!, dijo, y su voz, como la del perro, fue el mismo golpe sin respuesta en las cerradas puertas de la muerte.

Subiabre penetró en la excavación. Sacó el cuerpo de Cururo, se lo echó al hombro y con el querido fardo a cuestas avanzó hacia donde estaba su caballo. Partiera, con la cabeza gacha, seguía sus pisadas. El viento pareció detener sus bufidos, la nieve se enrareció y cayó ingrávida, acompañando al extraño cortejo. La noche terminaba y con ella la tormenta. Desde oriente las claridades mañaneras empezaron a disipar las brumas. El insólito cortejo recortó su silueta sobre la nevada estepa. El hombre acarició con la ruda mano la cabeza del cadáver que caía inerte sobre su corazón. Partiera marchaba detrás.

—¡Oh, Cururo querido, cuánto se iba pareciendo tu vida a la mía! —murmuró el ovejero—. ¿Por qué la acabaste tan pronto? ¿Acaso también me espera un cercano fin?…

Y Subiabre empezó a revivir su vida. Desde aquel día en que echaron a su padre de la estancia por viejo, por inútil. Ya se había quebrado todos los huesos en treinta años de trabajo matador al servicio de la compañía extranjera.

El pobre viejo, cobrado su último mes de sueldo, agarró a su vieja y a su arreo de chicos, hizo un atado con las pilchas miserables, largó un suspiro amargo hacia los campos donde tanto había sufrido y se largó adelante…, huella que el destino empezaba a ennegrecer.

Pero él, el pequeño Subiabre, nacido y criado en esas llanuras, hijo de esas tierras, se arrimó a un lado de la huella, acurrucándose junto a unas matas negras. ¡No! ¡Él no iría a la ciudad, que era como la muerte de todo! ¡Amaba demasiado con todas las entrañas esas llanuras dilatadas y esas serranías misteriosas!

Y se salvó de esa especie de muerte. Cuidándoles el puchero a los puesteros,

entrando las tropillas, hasta que, convertido ya en hombre, ingresó como un nuevo ovejero a la estancia, para continuar y repetir la historia de su padre…

¡Igual, igualito que su finado Cururo había sido él! ¡Un día cualquiera también acabaría su vida en una rodada traicionera del destino cruel! «¡Perro y hombre son casi lo mismo en estas tierras!», pensó.

¿Acaso sus compañeros no eran otros innumerables y anónimos Cururos que arreaban los piños de «oro blando» en las dilatadas regiones magallánicas?

—¡Sí, eso no más eran!

Y Subiabre, abrazando fuertemente el cadáver de su perro, como si abrazara a su vida, se sentó en un montón de nieve duro y frío como el corazón de los dueños de esa tierra.

El suplicio de agua y luna

Un rayo de luna reveló de nuevo la siniestra tosquedad del calabozo, y la mujer engrillada en un rincón no pudo contener el temblor que le producía el paso intermitente de la luz por la ventanilla de la improvisada prisión.

Las noches de diciembre en el estrecho de Magallanes son muy cortas. Después de un crepúsculo lívido y subyugante que dura hasta cerca de la medianoche, las negruras empiezan a tenderse indecisas, pero aún no han terminado su pintado de sombras sobre la tierra cuando ya por el oriente aparece el tenue resplandor de la aurora, que pronto emergerá plena y radiante con su enjoyado boreal.

Hacía bastante tiempo que la prisionera sufría esa sutil tortura de los rayos de la luna, que aparecía y desaparecía en un cielo jaspeado de claros profundos y de nubes velloneadas, cenicientas y oscuras, como las barbudas caras de los siete artilleros con que el feroz Cambiaso había iniciado el motín en la incipiente colonia penal.

Tortura sutil y a veces sobrecogimiento doloroso era para la joven aquel espectáculo, leve de luces y sombras en el desamparo del calabozo.

Existen personas tan especialmente sensibles, que sufren hasta con los cambios de colores; están placenteras cuando inundan sus ojos de verde o azul y sienten congoja cuando las aplasta el gris, el amarillo las irrita y las hiere el rojo. Como las hay que se dañan con la llegada del día o de la noche, ante la luz o la sombra.

La prisionera de Cambiaso no era ni lo uno ni lo otro, era algo más: una sensibilidad relajada. Pasaba desde la impasibilidad más absoluta con que contemplaba el degüello de un indio o de un blanco en El Peral, hasta el pavor más intenso causado por el ruido de los propios grillos que embarazaban sus blancas y hermosas piernas. Permanecía a veces en estado sobrehumano o subhumano; su entendimiento flotaba en medio de somnolencias, aturdimientos y cercanías de la locura. Solo cuando el tirano penetraba en el calabozo, con su cara de laucha melindrosa, a primera vista hermosa, pero luego antipática por los ojillos bribones y esquivos y la exagerada largura de la cabeza, acentuada por el gorro militar de estilo frigio, solo entonces recogía en su esfuerzo todas las cualidades dispersas, sus fuerzas maleadas y surgía enhiesta, magnífica la voluntad, negándose a los requerimientos amorosos del dios y señor de la destruida colonia magallánica.

Su exagerado amor propio donjuanesco había salvado a la prisionera de una muerte segura. Amador irresistible, raptador de mujeres a lo largo del país: una en Santiago, otra en Petorca, otra en Ancud, una cuarta en Valdivia y una quinta, que había venido siguiéndolo escondida en los balandros hasta Punta Arenas, consideraba, en mérito de este pasado, inaceptable tomar por la fuerza a esa francesita que había caído en sus manos.

Se lo había jurado en su amarga soledad de despechado: él, el relegado teniente Cambiaso, convertido ahora, por propia disposición, en general, rey de la baraja y el trago, que había derrocado y quemado vivo al gobernador, fusilado, ahorcado,

acuchillado a todo enemigo o al que él creyera enemigo, no se llamaría tal, si no conquistaba por puro amor a la francesita; «mi luciérnaga», como habíala apodado amorosamente con cierta ironía al sentirse acobardado bajo el resplandor iracundo que sus bellos ojos despedían al visitarla como un vasallo en los anocheceres.

Ella fue siempre un misterio en la colonia. Decíase que era de origen francés. Pudo haber venido oculta —hablaban— en la fragata *Phaeton*, buque de guerra de esa nacionalidad, que venía a tomar posesión del estrecho de Magallanes y que fondeó el 22 de septiembre de 1843 para cumplir su misión, cuando ya hacía un día que la bandera de Chile flameaba en las márgenes abruptas de Puerto Hambre, izada por los expedicionarios de la goleta *Ancud*, enviada a estas tierras por el previsor presidente don Manuel Bulnes.

Otros comentarios la hacían aparecer como una náufraga, posiblemente de aquel bergantín también de bandera francesa, encallado en la costa sur de la isla Campana del archipiélago Duque de Wellington, algunos de cuyos tripulantes se internaron por la Patagonia occidental, de donde volvió muchos años después, solo uno, medio loco, flaco, envejecido y harapiento, trayendo el relato de ciudades maravillosas. La francesa vivía bajo la especie de tutela de ese viejo loco, a quien llamaba «mi tío», a veces con cierta picardía.

Pronto dio quehacer entre los setecientos habitantes de la colonia; llegó a ser algo así como el terror de las gordas esposas de los bigotudos artilleros y causa de muchas reyertas entre la soltería.

Los jóvenes de la colonia que la habían visto subir en los días de nieve por la calle principal, la que partía del pequeño muelle, y escalar el repecho que hacía las veces de vereda, sostenido y cortado a plomo por una pared de postes de robles, hablaban deslumbrados de la blancura y contornos de sus piernas.

—¡Zanquea como una chara, hunde su pie calzado con botín de caña alta en la gruesa capa de nieve, de casi un metro, y para que no se le moje, levanta el pollerón hasta la rodilla y, ¡oh, delicias!, no se sabe si es más blanca la nieve o su piel, o si es más bella su pierna o la vida! —exclamaban, cuando, después de aburrirse de jugar a las barajas, eran conversación obligada las correrías de la francesita, que ponían una nota desacostumbrada en aquel páramo de la civilización.

El mismo don Benjamín, el gobernador, más de una vez asomó su digna cabeza por la ventana de la gobernación, imponente edificio que se levantaba en el centro dominando con sus tres miradores al pardo caserío, para contemplar a la *Madame*, como también la llamaban, cruzando el campo eriazo que servía de plazuela, emergiendo el grácil talle, ajustado por elegante chaquetilla de cuello alto, de la campanuda pollera, que levantaba de cuando en cuando con donaire al bordear los charcos, mostrando así el fino borceguí modelado en la bella pierna.

No era muy avara en sus dones; pero entre los que permanecieron alejados de sus favores estaba el apuesto conquistador y flamante «general» Cambiaso. Este fue el motivo para que desde la noche en que la hizo detener, como fuera, además,

decididamente en su amor, el tirano juntaba a sus ruegos inútiles la crueldad de hacerla obligada espectadora de sus horrores.

La joven fue llevaba cerca de El Peral (grueso tronco de roble donde se realizaban las ejecuciones, y cuyo nombre había sido puesto, en sentido figurado, por los macabros frutos que de él colgaban) cada vez que del madero iba a balancearse un nuevo supliciado.

Desde la noche del 26 de noviembre, en que el Nerón magallánico se dio el placer de destruir la colonia por el fuego y ella fue salvada de morir quemada en la cárcel gracias a la intervención de Nicanor García, nombrado a la sazón general de brigada por Cambiaso, desde aquella noche y durante dos semanas había presenciado las escenas más horrendas: cuerpos chamuscados retorciéndose en la pira levantada frente a El Peral, baleados a mansalva, manos y dedos cortados, etcétera. En la tronchadera humana había blancos e indios, hombres y mujeres.

Los marinos ingleses de la *Elisa Cornich* y los norteamericanos de la *Florida* fueron fusilados después de haberse incautado de los barcos y de un gran botín, donde figuraban nueve barras de oro.

Casi todo había sido arrasado por la extraña locura devastadora del cabecilla. Desaparecido todo el que había contrariado su deseo, solo quedaba en pie un ser opositor, el más débil y el más fuerte al mismo tiempo: la bella y joven francesa o la que suponían de ese origen, ya que de ello nada cierto se sabía.

Cambiaso hizo una legislación para sus súbditos. De esta legislación lo más curioso eran el procedimiento y las sanciones.

En este extraño código, para cada falta, o mejor dicho, para cada deseo del tirano, había un artículo; pero como todos los códigos, este también tenía un vacío fundamental para satisfacer la caprichosa voluntad del que lo había creado: no había artículo alguno en que estuviera considerado el caso de la francesa; en su arbitraria ley el cabecilla no había contemplado el delito de negarse a sus deseos amorosos.

Por eso la mujer tuvo un estremecimiento más violento cuando oyó los pasos de varios hombres que se acercaban a su calabozo. Hasta la fecha había venido solo él, trayéndole las viandas y sus repugnantes insinuaciones de amor. Ella habíase acostumbrado a resistirlo, y a las dos semanas de prisión, ya el ruido de sus pasos le era casi indiferente. Tembló al pensar que el tirano se había aburrido con su procedimiento, y ahora la mandaba a buscar quizá para qué clase de ultraje o suplicio. En esos casos no importaba la muerte, pero sí la certeza de cómo iba a entrar en ella. Una bala hubiera sido un placer.

Sonaron las cadenas que hacían las veces de cerrojos y cuatro bigotudos artilleros penetraron en el calabozo. Dos de ellos se arrodillaron junto a la mujer y, cuidadosamente, con un cortafierros, rompieron los grillos que atenazaban los pequeños y redondos tobillos. Los otros dos hombres la tomaron de los brazos y la condujeron fuera del calabozo. Era pasada la medianoche.

Había llegado la hora.

El trayecto se hizo en silencio. La mujer parecía no darse cuenta de todo cuanto la rodeaba.

El cielo era de azul oscuro y profundo, salpicado de estrellas y moteado de nubes blancas que corrían persiguiéndose, formando y deshaciendo extrañas caravanas, a través de las cuales cruzaba navegando la luna, rompiéndolas a veces con su proa de diamante.

Una luz blanquecina flotaba sobre los escombros de la destruida colonia, dando la impresión de un raro encantamiento bajo la noche clara, encantamiento que interrumpía de trecho en trecho la hosca sombra de algún caserón de madera que quedaba en pie.

El mar del estrecho estaba cruzado por una ruta brillante, camino de espejuelos movidos temblorosamente por la brisa helada del oeste, que venía de peinar el lomo de la península de Brunswick para rizar al mar.

Cerca de El Peral, a cuyo pie brillaba una costra de sangre humana, extendida sobre la tierra como una piel reluciente de lobo marino, había un cañón de artillería, junto al que conversaban tres hombres, destacándose la fina y alta silueta del feroz Cambiaso.

—¡Desnúdenla! —dijo el tirano cuando los artilleros y la mujer estuvieron al pie del cañón.

—¡No! ¡No! ¡Por Dios! —gritó ella, forcejeando violentamente.

Los dos hombres la estrecharon contra sus gruesos cuerpos, donde quedó aprisionado respirando fatigosamente.

Luego se acercaron los artilleros y empezaron a desprender las finas ropas, cumpliendo la orden del que ya miraba fuera de sí, como un poseso. Ese era el instante en que todos le temían, pues ya no parecía un hombre, sino el mismo demonio. Estiraba la cabeza como un felino, con los ojos brillantes, sedientos de crueldad.

De pronto, del oscuro grupo de hombre surgió una visión. Una visión que todos contemplaron con ojos desorbitados. Maravillosa, turgentes los muslos y los senos, como una sirena que hubiera brincado de la espuma del mar, apareció la mujer toda desnuda.

Dieciséis ojos viraron hacia la visión; dieciséis ojos vidriosos, animales, febriles e idiotizados, quedaron clavados en aquellas carnes hermosas y luego fueron rodando por las formas del cuerpo, que eran una sola forma palpitante, vívida, con toda la aspiración suprema del espíritu hecha realidad y la angustia de la pobre y miserable condición humana.

Anhelantes, indecisos, quedaron los ocho chacales. La luna brilló en lo alto y su rayo potente esmaltó de luz fría y blanca los contornos de la hembra. La mujer se irguió, desafiante la cabeza, como si no estuviera avergonzada de su desnudez. No era una hermosura frágil y delicada, sino una belleza potente que surgía desde la planta de los pies, envolviendo aquel cuerpo.

Los hombres estaban como petrificados. El movimiento airoso de aquella cabeza los inquietó un poco y luego parecieron revivir. Los bigotes se les movieron como antenas heridas. El instante era supremo. Cambiaso comprendió el peligro y súbita, desesperadamente, gritó:

—¡Al cañón con ella!

Los artilleros, acorralados sorpresivamente en el subconsciente, se removieron como bestias huasqueadas, tomaron a la mujer en vilo, la tendieron de espaldas sobre el grueso cañón con la cabeza hacia la cureña, amarrándole los pies cruzados en el vuelo de la boca y los brazos alrededor de la masa fría de bronce. La supliciada parecía estar sonámbula; cerró los ojos y dobló en el bello hombro la cabeza, en espera de su destino.

Entonces, de un barril cercano, uno de los artilleros sacó un balde de agua y se acercó al cañón.

—¡Ya!… —gritó uno, y el baldazo de agua cayó como un ancho latigazo sobre el blanco cuerpo, que se encogió tiritando.

Cambiaso, rodeado de su séquito, miraba impávido el espectáculo. El que había dado la orden se acercó al oído de la mujer y dijo: «¡Mi general dice que en cuanto diga que "SÍ" se suspenderá el castigo y será tratada como una reina; mientras tanto, hasta que no haya más agua en toda la colonia!».

La supliciada no contestó; los baldes de agua se sucedieron con breves intervalos. El cuerpo, estirándose y encogiéndose, brillaba como un Cristo de nácar, un Cristo pagano y extraño, un Cristo-mujer, bello e imponente.

Ahora el cruel tirano podía llamar a la crucificada «mi luciérnaga». Una luciérnaga enorme, hecha de agua y luna, fosforescente y magnífica, palpitante de perlas de luz que corrían a esconderse por entre las sombras de las armoniosas curvas.

Este era el artículo que faltaba al curioso código: ¡La mujer que se negase al deseo amoroso de Cambiaso sufriría el suplicio de agua y luna: el agua castigará el cuerpo, la luna penetrará con su azote hasta el alma!

La mujer resistió los primeros baldazos de agua. Aunque helados, los hubiera preferido continuos, como una ducha o un río, pues en verdad sufría más cuando la luna patinaba sobre su cuerno con su infinito esquí de luz, mostrándola a los ojos de sus sensuales verdugos, que cuando la lengua de agua la cubría.

Luego fue sintiendo como si el baldazo la desollara de un tirón. Después pareciole que se deshacía toda, en pausada inanición.

—¡Basta!… —gritó de pronto Cambiaso, y se acercó presuroso al cañón.

El bello cuerpo se había puesto lívido y aterido. Después de observarla un momento, el cabecilla exclamó:

—¡Está muerta!

Por orden del tirano, un artillero trajo una lona y cubrió el cuerpo de la víctima sin desatarlo del cañón.

—¡Nunca lo hubiera creído! —exclamó apesadumbradamente Cambiaso, y

continuó—: Jamás pensé matarla. Cuando muchacho sumergí durante horas un cachorro en una tina de agua hasta que murió temblando en mis manos. Creí que ella iba a resistir más. ¡Bien, mañana le daremos una sepultura más digna que a los otros!

Pero cuando al día siguiente fueron los artilleros a buscar el cadáver por orden del amo, casi se fueron de espaldas al comprobar que ya no estaba sobre el cañón, del cual solo colgaban las sogas desatadas…

—¿La pobre mujer sufrió, además, un horrendo ultraje después de muerta? —pregunté a la viejecita casi centenaria que acababa de narrarme en forma trunca y poco coherente esta extraña historia de la antigua colonia de Punta Arenas—. ¿O acaso —continué inquiriendo— se desmayó en el cañón y solo estaba sin conocimiento cuando la creyeron muerta, huyendo después, por sus propios medios, de sus terribles verdugos?

—¡Estos pobre ojos, que ya no ven, han visto tantas cosas que nada me extraña! —me respondió con su voz apagada y vacilante, y siguió—: ¡Sé de fondeados que en el fondo del mar han roto las amarras que los ataban a los pesos muertos, y han salido con sus propios pies por la playa! Dicen que hace poco, en la huelga Grande y en la de Santa Cruz, los hombres eran fusilados a montones, y que después, en la noche, algunos salían escarbando de debajo de la tierra y ganaban corriendo el monte para guarecerse. ¡La brasa derrite a veces la nieve y no se apaga! —terminó la anciana y levantó con un gesto aún ágil una hebra de plata de sus cabellos que había caído sobre sus ojos. Sobre sus ojos diminutos y azules como dos chispas de cielo, en el fondo aún parecía arder entre la ceniza de la ceguera, tenue y lejana, alguna brasa de la pasada juventud de esta vieja, que bien pudo haber sido la heroína de aquella historia de la colonia.

Perros, caballos, hombres.

I

—Así es la vida, compañeros; para todos igual; al fin, como la de estos capones que arreamos de la estancia para el frigorífico; con la diferencia de que a los capones los engordan y después sus carnes van arregladitas en latas de colores a Europa, mientras que nosotros, cinchando toda la vida, boleados y pisando las maneas a cada tranco, vamos a dar con nuestras pobres carnes al barro podrido, y a veces, por variar, a uno de esos carneos de hombres que arman los ricos entre los países, los que ni siquiera se toman el trabajo de engordarnos como los estancieros a sus ovejas, y adonde iremos a parar tal vez muy pronto. He oído decir que estos animales son para una próxima guerra.

—¡No es para tanto, don Pedro! Aunque yo preferiría ser cualquier cosa, siempre que no le hicieran a uno lo que les hacen a estos pobres animales para llamarlos capones; así no deben dar ganas de vivir…

Los otros hombres rieron por la respuesta que Onofre, mocetón alegre, dio como una cortada a las comparaciones que hacía el viejo ovejero, sentado sobre el recado, en medio del triángulo formado por la abertura de la carpa, de cuyo fondo oscuro su busto emergía como un relieve, iluminado, matizado por los aleteos de la llama de la hoguera y por la sombra de la noche patagónica, ambas batidas por el viento de la pampa.

Una extraña demanda de productos en los frigoríficos, que no terminaron sus faenas en marzo como otros años, hacía que se arrearan en pleno invierno enormes piños de ovejunos por las dilatadas huellas magallánicas, cubiertas de una gruesa costra de nieve y escarcha.

Las predicciones de una guerra mundial llenaban las bocas, y no era raro que hasta los campesinos supieran que los animales conducidos a los frigoríficos iban a alimentar más tarde a los hombres llevados a los mataderos humanos por arrieros más irresponsables que esos humildes ovejeros; como tampoco era raro que aquel viejo curtido por la vida se desdoblara fácilmente en razonamientos y viera las cosas del modo que enseñan a verlas estos campos australes, donde el hombre es fuerte y grande algunas veces, levantándose de su pequeñez en medio de las sobrecogedoras visiones de esta dura naturaleza.

Habíase detenido el grupo de perros, caballos y hombres, con sus cinco mil ovejunos, en un enorme hoyo de paredes abruptas, que daba comienzo a un valle; allí se hallaban «los corrales de aguante» que, frente a la nieve lanzada por el viento desde la pelada loma, aseguraban la majada. La noche era fría. Los hombres habían instalado la carpa en un rincón guarecido. Afuera reinaban el viento, la nieve y la

desolación.

A veces un cachorro inquieto efectuaba su ronda por detrás de los corrales, mientras los perros más viejos descansaban de la faena del encierro. Los caballos, menos felices que sus compañeros de trabajo, buscaban las matas de pasto coirón, un poco descubiertas de nieve, ya que su característica negligencia no les permitía encontrar el buen pasto que rebuscaban escarbando las ovejas. En el puesto en que se alojaron en la noche anterior tuvieron unos comederos llenos, pero una vez satisfechas las ansias del ayuno, les repugnó el olor y el gusto que el pasto adquiere durante sus entierros invernales en las grandes sepulturas alargadas y negruzcas de las parvas. Así, hombres y bestias, refugiado de la nevada, ni siquiera descansaban de una fatiga que no pudo darles la corta jornada del día y, a pesar de estar acostumbrados a esas monotonías anonadadoras, se sentían cansados por dentro, miraban los corrales atestados de ovejas, sin ver nada en esa masa blanquecina como una montonera de nieve sucia, quieta y triste, indiferente al viento y a la nieve.

¡Sí, las ovejas son como montículos donde la lana crece sola, como el pasto! Y ni siquiera tienen el alma de las sementeras que gimen y ondulan en esas mismas noches de vendavales, cuidadas también por hombres; pero en otras tierras más felices, donde el sol vierte risas y no lágrimas de escarcha.

Un silbido largo terminó en dos cadencias monótonas, atravesando las barridas del viento, y un cachorro emergió de las sombras…

—¡Ah, Envido, las ganas de trabajar que te han entrado ahora que sentiste el olor de la churrasquiá! Si siempre he dicho que estos perros son lo mismo que los hombres: los hay de todas layas: tumberos, macaneadores y parejos; pero entre perros, y no es por ofender, hay más parejos que entre los hombres.

—¡Dele y dele, don Pedro: parece, y no es por ofender, que se hubiera criado entre animales, para mirar con tan malos ojos a los hombres! —dijo Onofre.

—¡Porque los pobres somos como hermanos de ellos, Onofre! —contestó el viejo ovejero, y continuó—: Cuando niño recibí una tremenda paliza por defender a un gato en una ocasión.

—¡Pero ya habrá visto que son desagradecidos los gatos, don Pedro! —se le atravesó otra vez Onofre.

—¡Sí, son desagradecidos! Cuando nos echaron de una casa, los gatos se quedaron en ella. ¡Y qué les va a hacer uno! No son animales de amo, se encariñan con la casa en que viven, con los braseros que los calientan. Así como el perro se encariña con uno y lambe la bota que lo patea, así nacen y así hay que dejarlos; pero no así nosotros, que aunque nos han puesto uso de razón, somos más ingratos que los gatos y lambemos botas que nos patean duramente.

Un ovejero levantó la cabeza para sonreír al viejo, sin aprobar ni demostrar desagrado en esa sonrisa que más bien era un descanso de la tarea de trenzar la cacha de un rebenque. Siempre que Reyes se sentaba a la orilla de un fogón debía tener un tejido de aperos entre manos, como un entretenimiento en las largas noches

invernales. Era un gaucho parejo, tocaba la guitarra y cantaba, un caballero del cuchillo; solía darse el gusto de bellaquear sobre los reservaos que no aguantaban una pelusa en el lomo.

Reyes se hallaba mal arreando ovejas. Él había lucido su baquía, sus lazos y sus pingos en las haciendas de vacunos, floridas como jardines, luchando cual un Ursus con los terneros, hasta caer ambos revolcándose en el polvo de los corrales olorosos a bestia caldeada, sangre y pelo quemado en los días de señalada o librar de una corazonada al manco embestido en una apartá por la cachada de una vaca celosa… Aquello era vida; pero ahora, gritar, silbar, meter ruido y todos los días mirar los traseros amarillentos en las tímidas y estúpidas ovejas, que avanzaban como un lento mar gris y monótono.

Algunas veces, por suerte, el capataz lo enviaba de encargado en los rodeos de la yeguada cerril, donde los jinetes cambiaban hasta tres caballos por día, agotados de tanto correr por valles y montañas. Pero era un extremo demasiado violento; en esos rodeos era preciso emplear mucha energía con esos inalcanzables potros salvajes que cruzaban como visiones las praderas y montañas. ¡No, ya no era como la vaquilla que, por más ligera que resultara, se la paleteaba briosamente cualquier pingo! Eran bestias cuyas fauces no habían sido tocadas por el roce de ningún lazo. Burlados y en ridículo quedaban los jinetes y montureros ante la potencia de un potro libre, puro nervio e instinto, husmeador inteligente de la celada tendida por el hombre y el hermano sometido, de naturaleza perdida.

Cuántas veces ya al caer la tarde, acorralados en los esquineros disimulando tranquera, rodeados de una veintena de jinetes preparados e inquietos ante una posible atropellada, un potro de pinta, después de otear el peligro, latiéndole las fosas nasales como dos corazones potentes, iracundo y bello, irrumpía sobre el círculo, para caer cual un héroe envuelto en una lluvia de lazos y boleadoras.

¡Pobre bestia; tres bolas amarradas a una cuerda por el indio primitivo bastaban para darle aquel tremendo zamarrazo! ¡Quién la vio antes y quién la ve después! Si hasta pena daba mirar esa cosa tan poderosa, tan viva, arrollada y vencida por aquella friolera de la boleadora.

¡Caía el atrevido animal, pero salvaba a la potrada que se lanzaba feroz por diez puntas distintas hacia la tierra libre, campo afuera! Quedaban los hombres vencidos, su trabajo deshecho, mascullando y escupiéndose las maldiciones y la culpa, hasta sonreír con desprecio de sí mismos y del grupo de algunas yeguas tontas que no alcanzaron a huir con el resto que se desparramó y se perdió entre las sierras, junto con el sol que allá en la lejanía, detrás de la azulada cumbre, parecía estar aguaitando con un ojo malicioso y bizco la feliz escapada de los que se criaron bajo su caricia plena.

Reyes no era hombre que se enterneciera con «leseras para hacer llorar mujeres», ni veía las cosas como don Pedro. Según él, cada hombre y cada bestia nacían para lo que era: unos para mandar y otras para cinchar; los caballos para montarlos y las

ovejas para criar lana y comerlas, y así en el resto de las cosas. ¡En balde se les saca el cuerpo a los charcos de la vida cuando las lloronas del destino nos hunden las costillas! ¡Había que meterse, no más!

Era hombre rudo y, sin embargo, ese rodeo de cerriles no le agradaba. La matanza de potrillos y potrancas, para dejar pasto a los elegidos, le repugnaba, le hacía tragar saliva, esa saliva tragada en una congestión amarga de la garganta, que reemplaza a las lágrimas en los hombres que tienen los ojos duros para llorar. Sola se les desviaba la vista, a veces, cuando el gringo Jackie, campañista de la estancia, se acercaba cuchillo en mano, con su rara sonrisa, y asestaba desde abajo la cuchillada en el tierno pecho del animal, que caía arrollado a sus pies. Era rápido Jackie. Con su gran brazo blanco estriado de sangre secaba y hundía la hoja del Eskilstuna reluciente que sembraba la muerte en el corral lleno de vidas. El matador hacía sus chistes, que celebraban algunos empujando las carcajadas. Después, como en una lobería, quedaban los cuerpos de lindo pelaje, inertes, cubriendo el suelo del corral de aparte, de cuyo barro de sangre emanaba un olor siniestro que el sol levantaba para metérselo en la nariz a los hombres, solo en la nariz, pues a sus corazones no llegaba la crueldad del espectáculo.

II

Año tras año, Reyes se repetía el peculiar consuelo campesino: «Ya pasará el invierno y buscaremos otro acomodo»; mas los inviernos pasaron y el hombre sosegó sus inquietudes y aprendió a andar sin esperanza detrás de la masa sin alma de los piños…

Algunas veces y «pa no espiantar el habla», como él decía, rasgaba las bordonas y entonaba quejumbroso un sentimiento en la calma de las tardes.

Esta noche de arreo, bajo la carpa, cual una solterona allá en la ciudad entre cortinajes amarillentos, amarraba sus ilusiones al tejido cuidadoso de un rebenque.

El viejo don Pedro y el charlatán Onofre seguían respondiendo el uno y preguntando sin fin el otro.

El Ñato, un ovejero de instinto, un poco estúpido, con la mirada echada sobre el fuego, jugaba levantando y aplastando montones de ceniza. Parecía a veces un enorme perro el Ñato; hasta ladraba para hacer correr las ovejas. No tenía buenos perros ovejeros, porque el trabajo de los inteligentes animales lo hacía todo él.

El viento, por encima del cañadón, pasaba arreando las negruras de la noche.

Don Pedro volvió a hablar:

—Hay que aguantarse a mirar las cosas un rato, amigo, y entonces aprenderemos mucho; por lo menos lo poco que vale a veces un hombre, lo que sirve un caballo y el valor de un perro. Fijarse, no más, cómo los animales tienen modos al igual que uno:

se quieren, se odian, ser perdonan, se vengan. ¡Qué raros son los unos y los otros los bichos esos! ¡No se han dado cuenta cómo miran los perros a veces! ¡Parece que lo estuvieran cachando bien adentro a uno y después se rieran los diablos de los lesos que somos!… Yo me los he pillado. ¿Y quién hace el trabajo en estos campos sin ellos? ¿No les andamos estorbando algunas veces? ¿Y cuando a uno lo reciben en una estancia, no es acaso por la fama de sus perros? ¡Es que no queremos darnos cuenta, amigos!

Lió el viejo un grueso cigarrillo de la tabaquera hecha de vejiga, olorosa a caporal, el mejor tabaco crespo; tomó un tizón y lo encendió, y como un remate a la noche del arreo en la huella contó una historia triste…

Fueron dos compañeros de su vida: el Chico, un caballo alazán dorado, de ojos grandes, que miraban como los de un niño, circundados de pestañas y enormes ojera negras. ¡Si era su cabeza como la de esas mujeres rubias que pintan en las tapas de las revistas! Y Pial, su perro favorito, vivaracho, inteligente, de hermosa estampa ovejera.

Cuando el hombre tomaba sus copas en el boliche ubicado a la vera del camino, en las tardes de domingo, el Chico, aperado de fiesta, y Pial, con las manos cruzadas sobre las riendas, esperaban al amo. A veces se aburría el caballo y empezaba a tranquear por entre los matorrales hasta que el perro mordía las riendas y con la invitación de un suave tirón le hacía recordar que el amo estaba adentro y que podía necesitarlos de un momento a otro.

Nunca quiso entrar en una perrera; prefería dormir sobre los aperos que tenían los humores de los tres: perro, caballo y hombre.

Fama de bueno le daban en la estancia. «Le faltaba hablar solamente», decían los muchachos.

Cuando su amo le lanzaba un silbido especial desde la otra punta del piño, Pial miraba al capataz que estuviera vuelto hacia otra parte y en la ocasión más disimulada, pegaba el mordisco a la testaruda oveja que no quería caminar. En cambio, era tierno con los corderitos recién nacidos, los lamía, los levantaba y los hociqueaba como una madre, para que desentumeciera sus patitas en las ateridas mañana de recorrida. ¡Con qué furia perseguía a los caranchos y gaviotas que se acercaban a los cuerpos tiernos para arrancarles los ojos! Era, eso sí, el terror de los pichones de caiquenes y de patos; le gustaba correrlos a grandes saltos de un lado para otro, pero sin causarles daño. Los patitos, como graciosos copos amarillentos, rodaban sobre el verde césped hasta esconder la cabeza bajo una margarita florida. Entonces Pial, blandamente, les echaba el hocico encima, acariciándolos con su aliento tibio, envolviéndolos, hasta que, embelesado, dejaba correr a la aterciopelada bolita que con pavor se lanzaba en medio de alguna laguna.

Por la tarde, corrían caballo y perro a lo largo de la vega asoleada, donde pastaba la tropilla particular; relinchos y ladridos de júbilo marcaban el encuentro cuando la ausencia había sido larga.

Grande amistad, la vida con sus altibajos los había trenzado. Alegría y dolor de la huella, hambres comunes a perro, caballo y hombre.

Cuando el hombre recogía las pilchas por haber mandado al diablo al futre o al capataz y se lanzaban los tres en busca de trabajo por la infinita huella tumbeando de estancia en estancia, lamiendo los peladeros reservados a los caballos de los trabajadores errantes, entonces sí que quería el hombre a sus dos compañeros…

O cuando la tarde y la tormenta de nieve los traicionaban, alejándoles como un paraíso perdido el puesto acogedor, y la noche preñada de fríos y tristezas se les venía encima, se arrimaban juntos a la tierra inclemente, apretando bajo los pechos fuertes toda la amargura del desamparado. Entonces el hombre quería a sus hermanos. Pasada la mutua tragedia, ni se notaba la ingratitud…

Aquello sucedió en la Tierra del Fuego. Sabido es que los hombres de la Patagonia no se acostumbran en la isla y viceversa.

Un día brumoso de fin de invierno, de esos en que el viento del oeste se queda dormido detrás de las lejanas estribaciones, Pial apacentaba un piño cerca de la vega de la tropilla particular. Los caballos parecían en la distancia montones de sombras confundidas con la neblina viscosa y fría. De pronto, el perro levanta las orejas avizoras y percibe quejidos y ruidos sordos, moviliza la maza deforme hacia un rincón del potrero, y en un impulso extraño, como si de súbito hubiera sentido un llamado, se lanza a la carrera, saltando alambradas, vega adentro.

Una enorme tembladera tragaba el cuerpo del Chico. Tenía el anca perdida en el fango, y medio recostado, perdida la estabilidad, daba manotazos desesperados en el barro pegajoso y chupador.

El perro dio un alarido al borde del pantano y se volvió en busca del hombre.

Cuando regresaron ambos, el pantano epilogaba su tragedia. El caballo, hundiéndose, resoplaba y se quejaba sordamente. El perro lanzaba ladridos de rabia y el hombre miraba impotente entre el chocar de sus cejas congestionadas y el impulso del puño que se le quería ir con la armada del lazo apegualado al cinchador.

¡Paf!, rebotó la armada sobre el pantano y alrededor del cuello del animal; tiró despacio el corpulento caballo cinchador y la argolla se corrió apretando la garganta; pero fue peor: el caballo se deshizo en esfuerzos y estertores, y el barro removido lo chupó más aún.

—¡Maldita suerte! —gritó el hombre—. Ahora lo estoy matando yo —y cortó de una cuchillada el lazo; pero la cabeza del Chico se perdió en un hoyo negro, que fue cerrándose hasta que el pantano adquirió su quietud traicionera.

El hombre volvió al tranco, con la cabeza gacha, un tanto pesaroso; sentía haber perdido tan buen caballo… y también pensó en el lazo…, pero tuvo vergüenza de haber pensado en ese objeto y se sintió incómodo, como si algo no estuviera bien puesto en su ser.

El perro quedó silencioso a la orilla de la tembladera; mas, de pronto, lanzó un aullido lastimero y penetrante que hendió la bruma. El hombre se estremeció

nuevamente, esa vez sin saber por qué. Detúvose, llamó un rato con silbidos prolongados; pero el perro siguió aullando junto al pantano, donde acababa de perderse su compañero de trabajo.

Un remolino aventó la nieve hasta el interior de la carpa, y entre mate y mate, la sentida historia iba horadando la corteza inconmovible de los tres ovejeros.

Pasó el tiempo maltratando las cosas. El perro se puso viejo; ya no alcanzaba a detener las veloces puntas de los piños, y no le quedó otra cosa que arrear flojamente, como los hombres, de atrás…, o empujar ovejas con los peones embretadores, entre el bullicio de los tarros con piedras y el ladrido carraspeante de los perros viejos.

Y al hombre la vino la mala. Tierra del Fuego empezaba a echar a uno que no se había levantado de entre su fiera naturaleza. El hombre sabía aquello; la Patagonia no era así; acogía a todos. Pero esa isla endiablada arrojaba a los que no eran de ella y atraía a sus hijos y los guardaba. Hasta tenía su rincón en el interior del río MacLean, arriba, donde escondía con toda seguridad de las garras de la ley a sus hijos más duros, a los que le habían salido un poco matreros. Allí, entre selva virgen y baguales erraban seres libres, bandoleros y gentes sin patria y sin ley; todo lo que los hombres y bestias domésticas fueron arrimando en esa tierra bravía y acogedora como el corazón de la Tierra del Fuego. En sus cumbres pasaba la frontera y el cruce de un hito salvaba a unos y a otros. Ellos sonreían ante la ridiculez de que de la punta de esos pilotes dependieran sus vidas, allí donde la ley de un país terminaba y empezaba la de otro.

No había nada que hacer; aguantó algunos inviernos más cazando zorros; pero después hasta eso le falló; las quijadas abiertas de las trampas parecían reírsele cuando sobre la nevada estepa dirigíase al galope hacia el trapo rojo que simulaba la carnada donde el astuto zorro no cayó… Entonces puso las pilchas sobre el flaco carguero, llamó a sus perros buenos y se largó de esas tierras.

Pial, medio ciego y paralítico, quedó arrimado en la estancia lamiendo algunos huesos arrojados sin cariño, junto con un puntapié para que no estorbara, hasta que un día fue a echarse para siempre al borde del pantano, donde una noche aulló la muerte del Chico.

—¡Y qué se va a hacer; la vida es dura y le pasan tantas manos, que al fin uno se curte y le da lo mismo andar derecho o torcido por el mundo! —terminó el viejo ovejero, escupiendo el último pucho.

Un tifón de ventisca aventó de nuevo la llama, la lona de la carpa flameó sonando como un tambor desvencijado y la noche pesó un poco más sobre los cuatro arrieros en medio de la huella blanca y desolada.

La venganza del mar

—¡No toques más el acordeón, Iván! ¡El lobo puede venir esta noche a rompernos de nuevo la red! —dijo Aniceto a su compañero de pesca.

El corpulento Iván no escuchó su ruego y con la pequeña concertina bajo el brazo fue a sentarse sobre una tina de salar pescados y empezó a modular suavemente una mazurca.

Aniceto no pudo resistir la nostalgia que le invadía cada vez que Iván atacaba la consabida mazurca, y entrecerrando los ojos, se tendió cuan largo era, de espaldas, con las manos cruzadas detrás de la nuca, a evocar junto a la fogata del pequeño campamento pesquero a las muchachas de algunas casitas de vida alegre del cerro de la Cruz, en Punta Arenas.

Eran cerca de las diez y apenas la luz del día empezaba a palidecer con la caída prolongada de la noche magallánica. Poco a poco los pastizales ribereños de Cabeza del Mar fueron encendiéndose con los reflejos del ocaso y las primeras sombras empezaron a avanzar desde la lejana angostura por donde entran y salen las aguas del estrecho de Magallanes.

Cabeza de Mar, como su nombre lo indica, es una entrada del estrecho, tierra adentro, en el comienzo de la península de Brunswick, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad de Punta Arenas.

Es uno de esos curiosos caprichos de la geografía austral. El mar entra primero por un angosto paso y forma una enorme bahía que se denomina Puerto Zenteno; luego vuelvan a acercarse las costas hasta casi juntarse y cerrar la bahía, pero una estrechísima garganta frente a la estancia ganadera Fenton abre de nuevo el paso al mar, que penetra en el pleno corazón de la pampa y forma la otra gran bahía denominada Cabeza del Mar.

En sus aguas la pesca del pejerrey, de la sardina y el róbalo es abundante en los meses de verano, pues en invierno las neveras rielan hacia las playas, la superficie del mar se hiela a veces y los peces se retiran hacia el interior del estrecho de Magallanes, buscando la tibieza de las profundidades.

Aniceto, un chileno, e Iván, un yugoslavo, hacía varios años que habían formado sociedad para pescar. Pero eran unos pescadores totalmente diferentes de los que se dedican a este oficio. En vez de comprar y aparejar un cúter para la pesca, ocuparon el mismo capital en adquirir un camión, y conduciendo sus redes y una pequeña chalana dentro de él se dirigían por las costas llanas de la parte oriental del estrecho y por el seno Skiring a echar sus trasmallos.

Los loberos, pescadores y centolleros de Punta Arenas riéronse despectivamente de los nuevos «marinos en camión»; pero quedaron un poco sorprendidos cuando vieron que la competencia del camión estaba resultando mayor que la de un cúter. El camión no necesitaba de matrícula, de reglamentos marítimos ni de tripulantes, ni había que sufrir las zozobras de los temporales. Mientras uno de los socios

continuaba echando al mar las redes, el otro se dirigía a la ciudad en el camión a vender el producto de la pesca, en tanto los cúteres capeaban el temporal en algún lejano ancón sin poder arribar al puerto.

Los viejos pescadores se encolerizaban de envidia, pero no se atrevían a abandonar el orgullo y las tradiciones de hombres de mar para imitar a los displicentes y cómodos «tripulantes» del camión.

Sin embargo, los dueños de cúteres se vengaban con creces en el invierno.

—¡Qué dicen los bravos «marinos del camión»! —comentaban cuando volvían en las heladas mañanas invernales con el cúter repleto de pescados.

Los «marinos del camión» no podían hacer nada; sus redes estaban vacías, los peces se habían retirado mar adentro, hacia las aguas más profundas, y las costas permanecían frías y desoladas.

Pero no inquietaba mucho a Iván ni a Aniceto este contratiempo invernal; precisamente, ellos habían profanado las costumbres marineras y roto toda una tradición por holgazanería, más bien dicho, por cierto escepticismo que anidaba en sus rústicos espíritus y que los hacía reírse de los marinos y del mar.

—¡Qué va! —solían decir—. Para nosotros no reza aquello de que «quien quiera pescado que se moje el trasero». ¡Nosotros nos mojamos, pero poco!…

—¿Que el invierno es duro? ¡No! ¡Mientras la nieve tupe afuera nosotros estamos adentro, calientes en la casita, con las chicas, bebiendo las ganancias de verano! —decían, jactándose.

Aniceto era gordo, moreno y bajo; el objeto de su vida era comer y beber, sobre todo, beber. Iván daba el mismo fin a su existencia; pero, además, practicaba un arte: tocaba melancólicamente el acordeón, recordando sus días de pescador en el Adriático, en las costas de su querida isla Bratza, de donde era oriundo.

Los dos eran isleños; Aniceto había nacido en Chiloé, y tal vez por eso se entendían tan bien. Tal vez por eso mismo despreciaban al mar y se burlaban de él, arrancándole sus riquezas sin afrontar peligros.

En ese odio o desprecio había algo de despecho, porque en realidad no tenían pasta de marinos, a pesar de que en el fondo de ellos seguramente aleteaba el alma de algún valiente antepasado. En algunas familias de marineros se da a veces el caso de algún varón que nace con un miedo cerval al mar; producto, tal vez, de alguna noche tempestuosa cuyo terror quedó en la médula de un progenitor.

Iván era alto, blanco y rubio, con una cara redonda de luna, donde bogaban lentamente sus grandes ojos azules.

Nunca se esforzaba en nada. Cuando querían trabajar, trabajaban; cuando querían beber, bebían. Ambos estados los entrelazaban con una insensible etapa de languidez física y espiritual, en que los flojones se comprendían mutuamente, estimulándose con palabras, bien hacia el trabajo, bien hacia la ociosidad.

—¿Qué tal, Iván? —decía Aniceto descuidadamente.

—¡Parece que hoy no va a salir pescado! —replicaba el yugoslavo.

—¡Bien, no echemos la red entonces! —remataba Aniceto.

Y los dos se tendían placenteramente a dormir junto a la fogata.

Jamás hubo diferencia de opiniones entre ellos. Se conocían los gustos y costumbres y no les era difícil ponerse de acuerdo en el pensamiento antes de que llegaran a la palabra o a la acción.

—¿Volvemos para la ciudad, Iván?

—¡Te lo iba a decir! —respondía este.

Generalmente el de las iniciativas era Aniceto, e Iván solo aprobaba. A veces el yugoslavo entraba en un silencio que duraba un día entero. Aniceto, que era un tanto conversador, respetaba con cierta gravedad este ensimismamiento de su compañero.

Sus espíritus tan pronto andaban juntos como el uno muy lejano del otro. Iván se ponía a tocar, nostálgico, su acordeón a la orilla del mar y Aniceto se tendía a roncar a la orilla del fuego.

Así estaban aquella tarde cuando un hecho extraño había venido a interrumpir la placidez de los pescadores, y por primera vez había nacido una disputa entre ellos: durante dos noches un lobo había ascendido hasta Cabeza del Mar y roto la red en un extenso trozo por donde habían escapado los róbalos perseguidos. Habían cambiado el fondeadero del trasmallo, pero el lobo había vuelto a las andadas, rompiéndolo a la caza de los cardúmenes enredados.

Iván prolongaba y repetía monótonamente los acordes de la mazurca. Las notas se estiraban y parecían bogar sobre la tersa superficie del mar en medio de la paz de la noche que se acercaba.

De pronto, un rumor de aguas hizo que Iván suspendiera la serenata. Aniceto se incorporó junto al fuego.

El campamento estaba ubicado al pie de un pequeño acantilado y formado por cuatro planchas viejas de zinc apuntaladas a la manera del rancho, dentro del cual los pescadores dormían; alrededor de este circundaban varias matas de calafate que protegían del viento a la hoguera encendida cerca de la entrada.

—¡Es el lobo! —dijo el pescador arrastrándose a buscar su vieja carabina dentro de la casucha.

A cien metros del borde de la playa estaba fondeado el trasmallo, y con la luminosidad que reflejaba el cielo brillante con las últimas luces del ocaso, se distinguía, flotando sobre la tersa superficie, una larga hilera de puntos suspensivos: eran los corchos flotadores del trasmallo.

Sobre esa superficie, rasgada como un manto de seda, surgió de pronto la cabeza reluciente y negra del lobo. Aniceto hizo los puntos con la carabina, pero Iván, estirando el brazo, desvió el cañón del arma.

—¡No, es el lobo de la muerte! —dijo, y agregó—: Nos viene siguiendo hace tres días. En mi tierra cuando un lobo sigue a un pescador en esa forma, dicen que es la muerte que va detrás de él, y en vez de matarlo hay que tocarle o silbarle cosas agradables hasta que se vaya por su gusto.

—¡Pero si los lobos siguen cualquier silbido, Iván! —protestó Aniceto, y continuó—: En Chiloé, cuando muchacho, hacíamos que los lobos nos siguieran horas enteras silbándoles desde nuestros botes. Este va detrás de nosotros por los suculentos róbalos y las mazurcas con que tú le endulzas su digestión.

Por toda respuesta Iván empezó a arrancar delicadas melodías de su concertina.

Al poco rato volvió a emerger la reluciente cabeza del lobo nadando lentamente hacia la playa. A unos metros de la tierra empezó a zambullirse placenteramente, y su cuerpo aparecía y desaparecía entre las tranquilas aguas como un extraño pedazo de sombra de la noche.

—¡Haz lo que quieras! —profirió Aniceto, un poco molesto, y se dirigió al rancho a acostarse.

—¡Haré lo más cuerdo! —respondió Iván, y siguió arrugando su acordeón.

«Más tarde levantaré el trasmallo —pensó y nuestro querido amigo lobo no tendrá cena esta noche. Y si es la otra…, la que viene a buscar a alguno de nosotros, ya se aburrirá escuchándome tocar la concertina». Llegó la noche y junto a ella, al poco rato, surgió detrás de los cordones lejanos de la isla Tierra del Fuego una luna enorme y brillante que pintó de oro y plata a la pampa y al mar.

El lobo aparecía y desaparecía rasgando esa plateada superficie con su cabeza dorada ahora también por los reflejos lunares.

A veces daba un gran rodeo alrededor de la red y a ratos se acercaba a la playa en la dirección donde estaba Iván, y su cuerpo, en ágiles aleteos, arrancaba innumerables fosforescencias al mar, formando con ellas unos curiosos remolinos bajo el agua.

Iván seguía tocando placenteramente y a veces le parecía que los regueros de luz que producía el lobo en sus esguinces se hacían y deshacían, subían y bajaban al compás de las notas del acordeón.

El pescador evocó, de pronto, su infancia lejana, cuando echaba los espineles y anzuelos allá en el Adriático; su vida pesada y sin destino de marino de tierra adentro; la cargazón del alcohol y de la carne de los puertos, y se estremeció al recordar una superstición que dice que cuando se empieza a recordar la vida es porque la muerte anda cerca.

Cosas inasibles, melancólicas y nostálgicas venían y se iban de su espíritu, y un embrujo de luz fue inquietándolo de tal manera, que de buena gana hubiera entrado al mar y, acompañado del lobo retozón, se hubiera lanzado a nadar por las aguas luminosas y tranquila hasta perderse allá en los quietos mares de su infancia, a través de las ondas en que tantas veces bogó con su imaginación…

Y debe haberse ido Iván, porque al día siguiente, cuando Aniceto despertó, no halló a su compañero por ninguna parte. Solo después de haber recorrido tres kilómetros de costa encontró la chalana vacía, sin remos, y en la popa la concertina estirada como un extraño y arrugado pez.

Al tercer día fue encontrado el cadáver del yugoslavo envuelto en la red de trasmallo, varado en la desembocadura de Puerto Zenteno.

¿Habría caído de la chalana perdiendo pie en un vaivén? ¿Se habría suicidado? ¿Fue acaso la sugestión del mar?…

Los comentarios, por fin, coincidieron en la suposición más lógica que determinaban los detalles de la desgracia: Iván, al recoger el trasmallo, se enredó en él; el lobo seguramente hacía en esos momentos su pesca de róbalos dentro de la red, y con la extraordinaria fuerza que estos animales poseen sumergidos arrastró el trasmallo y al pescador mar adentro.

Siempre la muerte de los ahogados en el mar está rodeada de un halo de misterio. Por eso la versión más cierta la dio el viejo Pascualini, comentando el caso en el bar de don Paulino en Punta Arenas:

—¡Fue la venganza del mar! —exclamó—. ¡El flojo Iván quiso sacarle el cuerpo pescando en camión, pero al viejo barbudo no se la juegan así no más, y si ese otro dormilón de Aniceto no anda con cuidado, también le va a llegar su hora!

Pero Aniceto recibió la muerte de Iván como un campanazo de anuncio en pleno corazón. Vendió redes y camión, compró dos caballos, algunos aperos, y se largó Patagonia adentro, lejos del mar.

La última vez que vio al «viejo barbudo» fue al cruzar el istmo frente a Cabeza del Mar. Al perderse en la pampa volvió la cabeza y, por última vez, divisó en lontananza las olas florecidas de espuma, exactamente como las luengas barbas de un viejo rizadas por el viento.

La gallina de los huevos de luz

—¡La gallina no! —gritó el guardián primero del fato, Oyarzo, interponiéndose entre su compañero y la pequeña gallina de color flor de haba, que salió cacareando desde un rincón.

Maldonado, el otro guardafaro, miró de reojo al guardián primero, con una mirada en la que se mezclaban la desesperación y la cólera.

Hace más de quince días que el mar y la tierra luchan ferozmente en el punto más tempestuoso del Pacífico Sur: el faro Evangelistas, el más elevado y solitario de los islotes que marcan la entrada occidental del estrecho de Magallanes, y sobre cuyo pelado lomo se levantan la torre del faro y su fanal, como única luz y esperanza que tienen los marinos para escapar de las tormentas oceánicas.

La lucha de la tierra y el mar es allí casi permanente. La cordillera de los Andes trató, al parecer, de oponerle algunos murallones, pero en el combate de siglos todo se ha resquebrajado; el agua se ha adentrado por los canales, ha llegado hasta las heridas de los fiordos cordilleranos y solo han permanecido abofeteando al mar los puños más fieros, cerrados en dura y relumbrante roca como en el faro Evangelistas.

Es un negro y desafiante islote que se empina a gran altura. Sus costados son lisos y cortados a pique.

La construcción del faro es una página heroica de los marinos de la Subinspección de Faros del Apostadero Naval de Magallanes, y el primero que escaló el promontorio fue un héroe anónimo, como la mayoría de los hombres que se enfrentan con esa naturaleza.

Hubo que izar ladrillo tras ladrillo. Hoy mismo, los valientes guardafaros que custodian el fanal más importante del Pacífico Sur están totalmente aislados del mundo en medio del océano. Hay un solo y frágil camino para ascender del mar a la cumbre; es una escala de cuerdas llamada en jerga marina «escala de gato», que permanece colgando al borde del siniestro acantilado.

Los víveres son izados de las chalupas que se atracan al borde por medio de un cabrestante instalado en lo alto e impulsado a fuerza de brazos.

Una escampavía de la Armada sale periódicamente de Punta Arenas a recorrer los faros del oeste, proveyéndolos de víveres y de acetileno.

La comisión más temida para estos pequeños y vigorosos remolcadores de alta mar es Evangelistas, pues cuando hay mal tiempo es imposible acercarse al faro y arriar las chalupas balleneras en que se transportan las provisiones.

Como una advertencia para esos marineros, existe millas al interior el renombrado puerto de Cuarenta Días, único refugio en el cual han estado durante todo este tiempo barcos capeando el temporal. Algunas veces una escampavía, aprovechando una tregua, ha salido a toda máquina para cumplir su expedición, y ya al avistar el faro se ha desencadenado de nuevo el temporal, teniendo que regresar al abrigado refugio de Cuarenta Días.

Esta vez la tempestad dura más de quince días. La tempestad de afuera, de los elementos, en la que el enhiesto peñón se estremece y parece agrietarse cuando las montañas de agua se descargan sobre sus lisos costados, porque adentro, bajo la torre del fato, en un corazón humano, en un cerebro acribillado pos las marejadas de goterones de lluvia repiqueteando en el techo de zinc, en una sensibilidad castigada por el aullido silbante del viento rasgándose en el torreón, en un hombre débil y hambriento, el guardafaro Maldonado, se está desarrollando otra lenta y terrible tempestad.

Era la segunda vez que el fortachón Oyarzo salvaba la milagrosa y única gallina de los ímpetus carnívoros de su compañero. ¡Porque la gallina había empezado a poner justamente el mismo día en que iba a ser sacrificada!

Los guardafaros habían agotado todos los víveres y reservas. La escampavía se había atrasado ya en un mes y la convergencia de los temporales no amainaba, embotellándola seguramente en el puerto de Cuarenta Días.

Como por milagro, la gallina ponía todos los días un huevo que, batido con un poco de agua con sal y la exigua ración de cuarenta porotos asignada a cada uno, servía de precario alimento a los dos guardafaros.

—¡Toma tus cuarenta porotos! —dijo Oyarzo, duramente, alargando la ración a su compañero.

Maldonado miró el diminuto montón de fréjoles en el hueco de su mano. «¡Nunca —pensó— su vida había estado reducida a esto! ¡No —ahora recuerda—, solo una vez ocurrió lo mismo en el faro San Félix, cuando al naipe perdió su soldada de dos años, y convertida en un montón de porotos pasó de sus manos a las de sus compañeros!».

Pero eran tan solo dos años de vida y ahora estos porotos constituían toda su vida, la salvación de las garras del hambre, que en su ronda se acercaba cada día más al faro.

«¡Y este Oyarzo —continuaba en las reflexiones de su cerebro debilitado—, tan duro, tan cruel, pero al mismo tiempo tan fuerte y tan leal!». Se había ingeniado para racionar la pequeña cantidad de porotos muy equitativamente, y a veces le pasaba hasta unos cuantos más, sacrificando su parte. Hasta la gallina tenía su ración: se los daba con conchuela molida y un poco recalentados para que no dejara de poner.

Cada día y cada noche que pasaban junto al estruendo constante del mar embravecido, la muerte estaba más cerca y el hambre hincaba un poco más sus lívidas garras en las grietas de esos seres.

Oyarzo era un hombre alto, grueso, de pelo tieso y tez morena. Maldonado era delgado y en realidad más débil.

Si no hubiera sido por aquel hombronazo, seguramente el oro ya habría perecido con gallina y todo.

Oyarzo era el sabio artífice que prolongaba esas tres existencias en un inteligente y denodado combate contra el hambre y la muerte, que ya se colaba por los resquicios

del hambre. ¡La gallina, el hombre y el hombre! ¡La energía de unos diminutos fréjoles que pasaba de uno a otros! ¡El milagroso huevo que día a día levantaba las postreras fuerzas de esos hombres para encender el fanal, seguridad y esperanza de los marinos que surcaban la temida ruta!

Maldonado empezó a obsesionarse con una idea fija: la gallina. Debilitado, el hambre, después de corroerle las entrañas como un fuego horadante y lento, empezaba a corroerle también la conciencia y algunas luces siniestras, que él trataba en vano de apagar, empezaron a levantarse en su mente.

Por fin llegó a esta conclusión: si él pudiera saciar su hambre una sola vez, moriría feliz. No pedía nada más a la vida.

Sin embargo, no se atrevía a pensar o llegar hasta donde sus instintos lo empujaban. ¡No, él no era capaz de asesinar a su buen compañero para comerse la gallina!

«¡Pero qué diablos!», se decía, y se ponía a temblar, y se daba vuelta, asustado, como si alguien lo empujara a empellones al borde de un abismo.

El mar seguía en su ronco tronar, envolviendo el faro; la lluvia con su repiqueteo incesante contra el zinc y el mugido del viento que hacía temblar la torre, en cuya altura seguía encendiéndose todas las noches el fanal gracias al huevo de una gallina y a la reciedumbre de un hombre que lo convertía en luz.

Las tempestades del mar no son parejas, toman aliento de cuatro en cuatro horas. En una de estas culminaciones, una noche arreció en tal forma, que solo podía compararse con un acabo de mundo. El trueno del mar, el aullido del viento y las marejadas de lluvia que se descargaban sobre el techo, estremecían en tal forma el peñón, que este pareció desprenderse de su base y echándose a navegar a través de la tempestad.

Adentro la tormenta también llegó a su crisis. Maldonado, sigilosamente, entre las sombras, se dirigió puñal en mano al camarote de Oyarzo, donde este guardaba cuidadosamente la gallina milagrosa, por desconfianza hacia su compañero.

Maldonado no había aclarado muy bien sus intenciones. Angustiado por el hambre, avanzaba hacia un todo confuso y negro. No había querido detenerse mucho a determinar contra quién iba puñal en mano. Él iba a apoderarse de la gallina simplemente; una vez muerta, ya no habría remedio y Oyarzo tendría que compartir con él la merienda; pero si se interponía como antes… ¡ah!, entonces levantaría el puñal, pero para amenazarlo solamente.

¿Y si aquel lo atacaba? ¡Diantre, aquí estaba, pues, ese todo confuso y negro contra el cual él iba a enfrentarse atolondrado y ciego!

Abrió la puerta con cautela. El guardián primero parecía dormir profundamente. Avanzó tembloroso hacia el rincón donde sabía que se encontraba la gallina, pero en el instante de abalanzarse sobre ella fue derribado de un mazazo en la nuca. El pesado cuerpo de Oyarzo cayó sobre el suyo y de un retorcijón de la muñeca hízole soltar el puñal.

Casi no hubo resistencia. El guardián primero era muy fuerte y después de dominarlo totalmente lo ató con una soga con las manos a la espalda.

—¡No pensaba atacarte con el cuchillo; lo llevaba para amenazarte no más en caso de que no hubieras permitido matar la gallina! —dijo con la cabeza agachada y avergonzado el farero.

Al día siguiente, estaba atado a una gruesa banca de roble, con las manos atrás aún.

El guardián primero continuó trabajando y luchando contra las garras del hambre. Hizo el batido del huevo con los porotos y con su propia mano fue a darle de comer su ración al amarrado. Este, con los ojos bajos, recibió las cucharadas; pero, a pesar del hambre que lo devoraba, sintió esta vez un atoro algo amargo cuando el alimento pasó por su garganta.

—¡Gracias —dijo al final—, perdóname, Oyarzo! —Este no contestó.

El temporal no amainó en los siguientes días. El alud de agua y viento seguía igual.

—¡Suéltame, voy a ayudarte; te sacrificas mucho! —dijo una mañana Maldonado, y continuó con desesperación—: ¡Te juro que no volveré a tocar una pluma de la gallina!

El guardián primero miró a su compañero amarrado; este levantó la vista y los dos hombres se encontraron frente a frente en sus miradas. ¡Estaban exhaustos, débiles, corroídos por el hambre! Fue solo un instante; los dos hombres parecieron comprenderse en el choque de sus miradas; luego los ojos se apartaron.

—¡Todavía lucharé solo; ya llegará la hora en que tenga que soltarte para el último banquete que nos dará la gallina! —dijo Oyarzo con cierto tono de vaticinio y duda.

Las palabras resonaron como un latigazo en la conciencia del farero. Hubiera preferido una bofetada en pleno rostro a esa frase cargada con el desprecio y la desconfianza de su compañero.

Pero la milagrosa gallina puso otro huevo al siguiente día. Oyarzo preparó como siempre la precaria comida. Iban quedando solo las últimas raciones de fréjoles.

Otra vez se acercó al prisionero con la exigua parte de porotos, levantó la cuchara a medio llenar, como quien va dar de comer a un niño; pero al querer dársela, el preso, con la cabeza en alto y la mirada duramente fija en su dadivoso compañero, exclamó rotundo:

—¡No, no como más; no recibiré una sola migaja de tus manos!

Al guardián primero se le iluminó la cara, como si hubiera recibido una buena nueva. Miró a su compañero con cierta atención y, de pronto, sonrió con una extraña sonrisa, una sonrisa en que se mezclaban la bondad y la alegría. Dejó a un lado el plato de comida y, desatando las cuerdas, dijo:

—¡Tienes razón!, perdóname; ya no mereces este castigo; otra vez Evangelistas tiene sus dos faros.

—¡Sí, otra vez! —dijo el otro, levantándose ya libre y estrechando la mano de su compañero.

Cuando se terminó la entrega de los víveres y el comandante de la escampavía fue a ver las novedades del faro, le extrañaron un poco algunas huellas de lucha que observó en la cara de los dos fareros. Miró fijamente a uno y otro; pero antes de que los interrogara se adelantó Oyarzo sonriendo, y acariciando con la ruda mano la delicada cabeza de la gallina flor de haba que cobijaba bajo su brazo, dijo:

—¡Queríamos matar la gallina de los huevos de oro, pero esta se defendió a picotazos!…

—¡La gallina de los huevos de luz, querrá decir, porque cada huevo significó una noche de luz para nuestros barcos! —profirió el comandante de la escampavía, sospechando lo ocurrido.